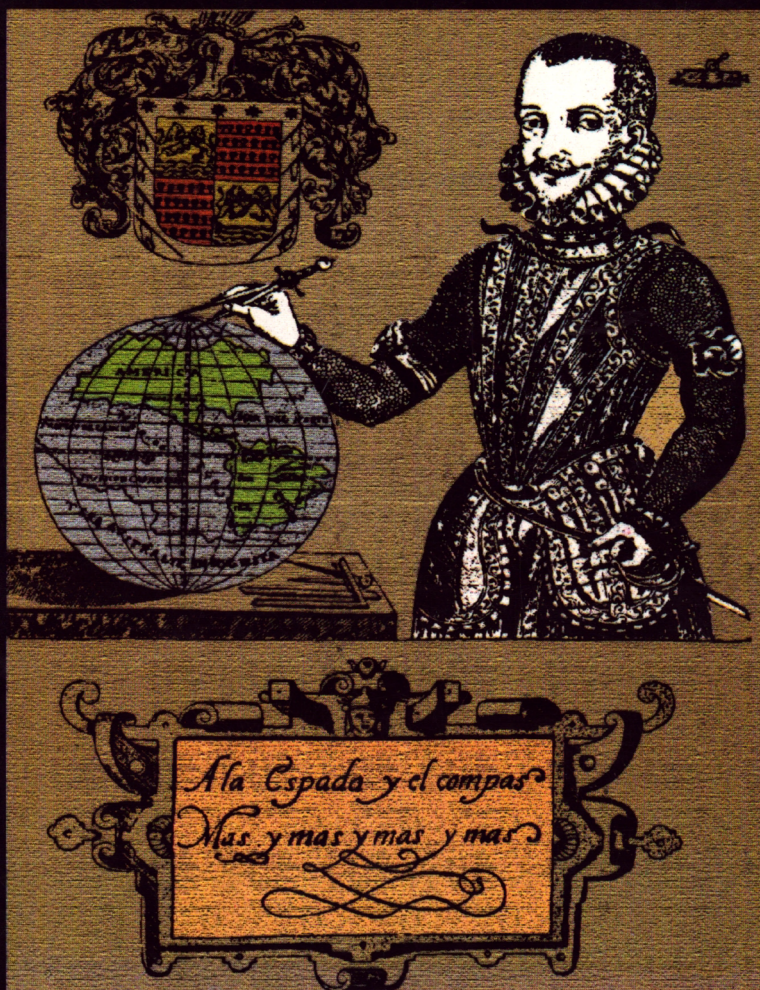


Daniel Vidart

El Uruguay

visto por los viajeros

II: "Tierras de ningún provecho"



LECTORES DE BANDA ORIENTAL

“TIERRAS DE
NINGÚN PROVECHO”

DANIEL VIDART

EL URUGUAY
VISTO POR LOS VIAJEROS

Tomo II

“TIERRAS DE NINGÚN PROVECHO”

A-2711. VS. L710. 1999



L.442.216



EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL
MONTEVIDEO

L.442.216.

Jey, 2000



*Para Gabriela María,
mi nieta argentina.*

Carátula: Portada del libro *Milicia y descripción de las Indias* (1599)
de Bernardo Vargas Machuca

Diseño:
Isabelino Villa

ISBN 9974-1-0082-8



SALA URUGUAY
BIBLIOTECA NACIONAL

©
EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL S.R.L.
Gaboto 1582 - Tel.: 408 3206 - Fax: 409 8138
11.200 - Montevideo, Uruguay.
E-mail: [ebo @ chasque.apc.org](mailto:ebo@chasque.apc.org)
Queda hecho el depósito que marca la ley
Impreso en el Uruguay - 1999

Mendoza en “el país del hambre”

El Río de la Plata, antes de ser la temida “tumba de los navegantes”, fue el sepulcro de las ilusiones. Por su amplia escotadura resultó imposible llegar hasta el Océano Pacífico, como lo intentaron los primeros exploradores, pues era solamente el vertedero de dos grandes ríos, el Paraná y el Uruguay. De idéntico modo esos ríos no conducían hasta las entrañas argentíferas de América, donde se levantaba la legendaria Sierra de la Plata, sino que sus nacientes discurrían entre bosques tropicales, dilatados pantanos y arcaicas murallas graníticas. En esas tierras vivían tribus de “indios desnudos”, cuyos géneros y estilos de vida nomádicos los diferenciaban de los “indios vestidos”, los creadores y a la vez portadores de las altas culturas serranas.

Dice Francisco Morales Padrón, un historiador español contemporáneo, que “*con respecto a otras penetraciones continentales, en el Río de la Plata se nota una acción algo tardía en el tiempo*”¹. En realidad, las primeras expediciones llegaron tempranamente. Claro que no venían a desbravar el territorio: tanto Solís (1516) como Magallanes (1520) buscaban el paso que permitiera acceder desde el Mar del Norte (Atlántico) al Mar del Sur (Pacífico) —así de caprichosas eran las nociones y denominaciones geográficas por aquellos tiempos— y desde allí navegar hasta el Maluco, codiciada cuna de la Especiería.

Tampoco llegan tarde Gaboto y García de Moguer (1527), quienes desviaron sus primitivos rumbos hacia el Lejano Oriente para buscar, con desesperado empeño, el camino fluvial que los acercara a la Sierra de la Plata. Es cierto que Gaboto fundó, en su marcha hacia el Norte, minúsculos y fugaces establecimientos humanos en las riberas de los grandes ríos de la Mesopotamia platense, pero todos ellos tuvieron el signo de la precariedad y el abandono.

Basados en estos tímidos intentos de colonización, nuestros manuales escolares, y aun otros libros que reclaman valía académica,

mica, han llegado a decir, remitiéndose a las palabras finales de la carta de Luis Ramírez, comentadas por Bauzá y otros historiadores compatriotas, que en las comarcas aledañas al río San Salvador ondularon las primeras espigas de trigo de nuestra historia. No obstante, les falta precisar que dicha actividad laboral, por otra parte irrelevante, configuraba una excluyente muestra de la tradición agraria de Occidente. Y digo así porque no se celebra con idéntico encomio los plantíos de *abatí* (*Zea mays* en el lenguaje de los botánicos, *mahiz* en arawaco, *sara* en quechua, *tlaolli* en nahuatl), otro de los prestigiosos “cereales de civilización”, que rendían granadas mazorcas a los guaraníes, uno de los grupos indígenas que poblaban estos no tan desolados ni desiertos territorios. Ellos, junto con otros aborígenes de las selvas y las montañas de América, habían domesticado un importante número de plantas alimenticias, entre las cuales se destacaban, además de la mandioca o yuca tropical, el ubicuo maíz y la papa andina. Estos dos últimos, el grano y el tubérculo, le mataron el hambre a los campesinos europeos a partir de su aclimatación en el Viejo Mundo. La contribución de los vegetales americanos al acervo universal fue cercana al 20% de las plantas cultivadas y sobre ella me extendí largamente en una obra anterior referida a los “cinco siglos de América”².

La ocupación y colonización del Río de la Plata reviste caracteres singulares. La conquista no es fulminante ni está a cargo de un solo gran capitán de fortuna, como sucediera en los casos de México y Perú. Es lenta, se arrastra a lo largo del siglo XVI e intervienen en ella múltiples personajes. Algunos son tan importantes como los vascos Irala y Garay, antecesores de los desvelos colonizadores y las propuestas visionarias del criollo Hernandarias, al par que otros, los más, forman parte de un conjunto de tenaces capitanes que, con el propósito de “pacificar”, esto es, de desbaratar y escarmentar a los indígenas —aquellos empecinados integrantes de la barrera humana tendida ante la codicia de los españoles— recorrieron las llanuras y cuchillas luchando sin pausa contra las tribus belicosas. Y todos ellos, los eminentes y los oscuros, protagonizaron los sucesos de una atormentada historia que condenó a los conquistadores y conquistados a un dialéctico padecimiento de “hambre y desnudeces” para los primeros, y de atropellos, muertes y violaciones para los segundos.

Los desbravadores iniciales de la tierra y sus habitantes nativos constituían la cabeza de puente de una empresa modesta, guiada por los aún difusos ideales del asentamiento y la colonización. Aposentados en el solar guaraníco de Asunción, se proyectaron, al igual que el estallido de una granada, hacia comarcas para ellos ignotas, mixturados con sus hijos de ojos rasgados y pelos hirsutos, aquellos bien llamados “mancebos de la tierra”*. De tal modo sembraron a su paso islotes colonizados por señores encomendados y gentes del común, cuyos nombres se perpetuaban en los toponímicos de los nacientes pagos. En derredor de los pueblos y las estancias de su aureola pululaban los hijos del espacio y los entenados del tiempo, es decir, una caterva ingobernable e itinerante de mestizos rebarbarizados cuya dispersa comunidad ecuestre ya no corría tras la Quimera de Plata sino que se contentaba con los modestos pero seguros rendimientos de la ganadería cimarrona. Pero no nos adelantemos.

Los que vinieron del otro lado del Atlántico —Mendoza, Ayo-las, el Irala de los primeros tiempos— en pos de la conquista y colonización de un territorio llano, apenas ondulado, surcado por dos gigantescos ríos, uno de los cuales, el Paraná, se creía que llevaba hacia la codiciada plata del Alto Perú, fracasaron en su intento de arribar al corazón argentífero de los Andes. No obstante sus correrías por un indiferenciado camino —pues no era otra cosa esa terrenal extensión, ya empastada, ya pedregosa, ya árida, que expandía sus horizontes llenos de espejismos desde la Patagonia al Chaco, pasando por las dos pampas, la seca y la húmeda— los exploradores primerizos no pudieron con el azote del hambre, con los demonios de la distancia, con la chambonería de la improvisación, con la resistencia de los indios.

Por su parte, estos indios errabundos no estaban rígidamente jerarquizados como los aztecas, los incas y los chibchas, quienes se desmoronaron irremisiblemente cuando los amos de los arcabuces y los caballos abatieron a Moctezuma, Atahualpa y los reyezuelos de Bogotá y Tunja. Los aborígenes del Cono Sur se agrupaban en pequeñas bandas movedizas e invertebradas: cuando caía un jefe ya había otro de recambio encabezando la resistencia. Además, y esto ha sido señalado hasta el cansancio, sus armas de

(*) Véase el Apéndice al final del libro.

combate predilectas, las temibles boleadoras, sosegaron, de modo sorpresivo para los europeos, las ínfulas de los caballeros y el empuje de sus bestias galopantes.

Cortés escribió a Carlos I de España que su triunfo sobre los aztecas se debía en primer lugar a Dios y luego a los caballos. Acá, en el Sur, ese Dios de los ejércitos cristianos sin duda que se hallaba muy lejos y los caballos cayeron lastimosamente al ser derribados por los charrúas, los querandíes y otros indígenas integrantes de la macroetnia pámpida. En cambio, los protagonistas del bumerán colonizador que sobrevino luego de los fracasos iniciales, provenían de Asunción y sus grandes fábricas de mestizos, lo que supone una previa convivencia y connivencia con los guaraníes, amén de una adaptación a los ambientes naturales. Dichos empeñosos caballistas fueron sembrando ciudades, establecimientos ganaderos y humildes sementeras en su marcha hacia el Atlántico —la colonización del Guairá—, hacia el Norte —la fundación de Santa Cruz de la Sierra por Nufrio de Chaves— y hacia el Sur, en la que sería la colonización más importante en su proyección hacia el futuro. En efecto, luego de haber intentado establecerse en San Juan, en la Banda Oriental, y asentado las bases edilicias de Santa Fe, refundaron en 1580 la abandonada Buenos Aires. Este nuevo núcleo poblado reemplazaría la escuálida aldea levantada en el año de 1536 por Mendoza y sus huestes bisoñas, en las que figuraban, entre algunos ardidos soldados, un hato de inútiles y emplumados señoritos ignorantes de la agricultura y las artes de sobrevivir en situaciones límite, carencia que los convirtió en fáciles presas de los indios, los yaguaretés y el hambre.

Los colonizadores que marcharon desde Asunción hacia el Plata ya conocían las costumbres indígenas y estaban amañados al medio. Gracias a ello lograron la instauración de una sociedad horizontal, donde no triunfaban los más linajudos sino los más aptos, cuyos representantes decidieron ocupar las tierras "del Sin Fin". Para lograrlo con buen éxito perdurable montaron los dispositivos de una cultura montaraz merced a los auxilios de una frugal visión del mundo y de la vida, corroborada por una tecnología rústica y a la vez ingeniosa. Con muy pocos elementos materiales y un indomable espíritu de empresa se fueron definiendo los rasgos de una caudillesca democracia a cielo abierto. De tal modo se instauraba, entre galopes y merodeos, siempre en pugna con los indígenas

bravos, la axiología del jinete. Se inauguraba premonitoriamente un nuevo *Lebensraum*, es decir, un espacio vital donde cumplirían su ciclo histórico los futuros “campestres” de Azara y desplegaría sus alas igualitarias el “naides es mas que naides” de la ética criolla.

Así procedieron, a tientas pero persistentemente, Irala y sus sucesores, enraizados en el paisaje paraguayo y desde allí proyectados, geopolíticamente, hacia un accesible contorno. Asunción, la sede de aquella múltiple cruzada, al cabo resultó ser la constructora de una pragmática e itinerante concepción del «Nosotros». En efecto, esas comunidades dinamizadas por el espíritu andariego, fabricaron una aureola cultural de utensilios “a la mano” y visiones del “más acá” que viajaron hacia el Sur en un movimiento de diástole social no señalado con la necesaria insistencia por los manuales de historia. Es también en ese meollo mediterráneo donde, a principios del siglo XVII, se instalan las Misiones Jesuíticas, unos islotes teocráticos de origen europeo cuyas empresas de cristianización, destribalización y tecnificación tanto iban a influir en los destinos de una región capilarizada por el deambular de los hombres y los ganados. Los rasgos naturales de esos territorios estaban caracterizados por un relieve, un clima y unos ecosistemas compartidos, excepto en el caso de la vegetación arbórea, sensible al gradiente de los climas que se sucedían desde el trópico de Capricornio hasta las regiones subtropicales y marítimas.

Baste este esbozo para introducirnos a lo que vendrá. Pero sepamos desde ya que nos saldrán al paso las crónicas y los cronistas de un espacio terrestre y un drama histórico donde los paisajes se encadenaban casi sin soluciones de continuidad; donde los pueblos coexistían por encima de lo que serían las futuras fronteras; donde los indígenas y criollos, en permanente y osmótica pugna, inauguraron un tipo de civilización que los futuros estados nacionales se encargarían de reclamar como propia.

Uno de los medios para comprender los alcances y sentidos de aquel pasado común es volver a escribir la historia de un escenario y de unos actores que constituían una unidad natural y cultural, cuyos acentos originarios y originales trataré de poner en claro, buscando tras el aparente caos de los hechos, y la consiguiente confusión de los cronistas, un perdido acento de identidad solidaria. Estoy hablando, entiéndase bien, de la humanidad triétnica que poblaba la porción continental abarcada por el Paraguay, Santa Fe,

la Mesopotamia y la Pampa argentinas y el Sur del Brasil. En dicho territorio también figuran, con peculiares acentos, el torso geográfico y las humanidades pretéritas de este Uruguay que nos provoca y que nos duele, a fuerza de evocarlo en tanto que integrante de aquella superior y perdida entidad política —la Liga Federal— soñada por Artigas. En efecto, la topía, y a la vez utopía, de las Provincias Unidas, concebida por la mente premonitoria del Protector y fugazmente materializada por sus desvelos (¿y por qué no también por su mano fuerte?) se desmoronó al ser atacada por los enemigos de afuera y los disconformes de adentro.

No obstante los derrumbes de realidades e ideales políticos operados en esta desventurada historia decimonónica, los momentos fundacionales vividos y transmitidos por los protagonistas y/o espectadores de los siglos XVI y XVII nos ayudarán a comprender las razones de Artigas para luchar por una unión de “Pueblos Libres” organizados en una “Liga Federal”.

A esta altura de la introducción al tema el lector comprenderá que estoy preparando su ánimo para que considere como “nuestras” las empresas, y las narraciones de aquellas, cumplidas en el período que va desde el fracaso de Mendoza hasta los exitosos emprendimientos de Hernandarias y las Misiones Jesuíticas, cuya fase intermedia, el nexo entre el ayer de la conquista y el mañana de la colonización, correspondió al semillero de proyectos y al haz de iniciativas incubados en el solar paraguayo.

El Uruguay como tal, insisto en ello machaconamente, no existía entonces. Había una gran provincia territorial y cultural rioplatense cuya antepasada cifra interrogaremos a partir de los relatos de los viajeros que vivieron aquellas peripecias primerizas, de las cuales son tributarios los actuales pueblos del Brasil meridional, del Paraguay, del Oriente argentino y de nuestro territorio patrio.

Mendoza, el Primer Adelantado del Río de la Plata³ armó, gracias a su fortuna personal y al mandato de su amigo Carlos I de España y V de Alemania, una poderosa expedición integrada por alrededor de 1.500 hombres y catorce embarcaciones. Se le había concedido un área territorial enorme —“La Provincia Gigante de las Indias” fue llamada luego—, que se iniciaba en el Pacífico, efectuaba un ángulo recto en la cuenca platense y desde aquí, remontando las aguas del Paraná y el Uruguay, se hincaba en las florestas del Amazonas.

Según la concesión y mandato reales, venía a poblar, aunque no traía consigo agricultores; a evangelizar, aunque solamente lo acompañaron unos pocos frailes mercedarios; y a expandir la población europea, aunque solo embarcaron una docena de mujeres, la mayoría como soldaderas. Pero también lo empujaban otros propósitos, algunos explícitos y otros secretos. Al Monarca español, en primer lugar, le preocupaba poner coto a los intentos portugueses de asentarse en el Plata, como se trató en el volumen primero de esta obra al referirnos a la fracasada expedición colonizadora de los hermanos Lopes de Sousa. Por su parte a Mendoza le interesaba encontrar el rumbo que lo llevara hasta la mítica Sierra de la Plata y, además, intentaba curar la sífilis que contrajera en Italia mediante la milagrosa planta de guayacán. No tuvo suerte en ninguno de sus personales deseos. Los indios y el hambre le cerraron el paso hacia el Norte argentífero. A su vez, como el guayacán es una planta tropical y por estas latitudes no lo había, el morbo gálico, llamado así por los italianos, o el mal napolitano, llamado así por los franceses, lo devoró en pocos meses, obligándolo a retornar a Europa. Pero murió en alta mar, y su cuerpo, invadido por las bubas, fue arrojado al Océano.

Para seguir los pasos a las aventuras y desventuras de don Pedro de Mendoza y su gente voy a recurrir a tres testigos de los hechos. Uno es el lansquenete alemán⁴, Ulrich o Utz Schmidel, diminutivo de Schmied, que significa herrero al igual que el italiano Fabbro, el francés Lefèvre, el inglés Smith y el castellano Fabricio. Los otros dos son españoles: el expedicionario Francisco de Villalta y la mujer de Pedro Esquivel, la valerosa Isabel de Guevara.

Del libro de Schmidel he consultado un facsímil⁵ de la segunda edición del año de 1602 —la primera es del año de 1599— publicada por Levinus Hulsius (*Warhafftige Historien. Einer Wunderbaren Schiffart welche Ulrich Schmidel von Straubing von Anno 1534, in American oder Neuenwelt bey Brasilia und Rio della Plata gethan, o sea Verídica historia de una navegación maravillosa llevada a cabo por Ulrich Schmidel de Straubing, desde el año de 1534 hasta el año de 1554 en América o Nuevo Mundo, en el Brasil y Río de la Plata*). También me he guiado por las traducciones de Samuel A. Lafone Quevedo⁶ y Edmundo Wernicke⁷, ambas muy estimables, dado que el texto, escrito en el dialecto bávaro y mechado con voces de otros idiomas, es de difícil manejo.

En cuanto al breve y denso documento de Villalta, usado por Antonio de Herrera en su famosa historia*, figura, íntegramente transcrito, en los apéndices de la traducción de Lafone Quevedo. En la misma obra e idéntico sitio se ofrece el texto completo de la carta de Isabel de Guevara, un documento de veras emocionante, que destaca la abnegación y valentía de las mujeres que acompañaron a los expedicionarios.

Pero vayamos ya a los dramáticos episodios enumerados en las crónicas escritas por los participantes y a la vez testigos de aquellos.

* * *

El relato de Schmidel es el más extenso y abarca un lapso de veinte años, es decir, desde el de 1535, cuando embarcó en Amberes, hasta el de 1555, cuando pisa de nuevo los muelles de ese puerto. Advierto al lector que las fechas establecidas por el soldado alemán están atrasadas en un año con respecto a las de los sucesos reales. “¿Cómo se explica entonces la diferencia? Muy fácilmente. Para un Bávaro, que escribía o dictaba en Baviera, y probablemente valiéndose de un clerical, el año de 1535 duraba hasta el 28 de febrero del que para nosotros... sería el de 1536”⁹. Precisamente por este error es que Schmidel señala que Buenos Aires fue fundada en el año de 1535.

Luego de referirse a las diversas vicisitudes del viaje, entre las que figura el inicuo asesinato ordenado por Mendoza en Río de Janeiro del joven Juan de Osorio “*un hombre piadoso y recto que siempre supo dar buen trato a los infantes*”, Schmidel relata la llegada del grueso de la flota a nuestras costas:

“Desde allí zarpamos hasta el *Rio delle Platta* y nos encontramos con una corriente de agua dulce que se llama *Parnaw Wassu* [Paraná Guazú] cuya desembocadura, donde deja de ser mar, tiene cuarenta y dos leguas de camino, y desde *Rio Genna* [Río de Janeiro] hasta esta corriente de agua hay quinientas leguas. Arribamos allí a una bahía que se llama *Sannt Gabrielhel* [San Gabriel] y los catorce navíos [esta cantidad ha sido controvertida, así como la de los que embarcaron, que se calculan, según los autores, de 1.300 a 2.500 expedicionarios] echaron anclas en este Río Paraná. Acto seguido nuestro general *thon Pietro Manthossa* [don Pedro de Mendoza] ha ordenado y

dispuesto que los marineros desembarcaran a la gente de bordo que se encontraba en las naves mayores pues estas deben anclarse a un tiro de arcabuz de la tierra. Para esto se utilizan pequeños esquifes que se llaman *podel o poet* [batel o bote]. Así, pues, con el favor de Dios y en el día de Todos los Tres Reyes desembarcamos en el Río de la Plata en el año de 1535 [léase 1536].

Allí nos encontramos con un *flecken* [lugar poblado] de indios llamado *Zechuruas* [charrúas] que vienen a ser alrededor de dos mil *mansz pielt* hombre hechos, esto es guerreros, lo que excluye del conteo —¿acaso pudo efectuarlo Schmidel?— a las mujeres y a los niños, más tarde denominados por los españoles, con manifiesto desprecio, la chusma]. Ellos no comen otra cosa que no sea pescado y carne. [Esta afirmación, repetida una y cien veces por los primeros cronistas, desmiente la hipótesis de quienes suponen que los charrúas plantaban mandioca, raíz carnosa que no sobrevive a las heladas meridionales, y otros cultígenos, actividad que —según tal hipótesis— habría desaparecido al comenzar sus choques con los invasores europeos]. Al llegar nosotros habían abandonado el poblado con sus mujeres y sus hijos de modo que no pudimos dar con ellos. Los indios varones andan desnudos pero las mujeres tapan sus vergüenzas con un trapo de algodón que va desde el ombligo hasta las rodillas [Los charrúas no cultivaban el *mandiyú*, o sea el algodón del tipo *gossypium hirsutum*, propio de las zonas tropicales de Sudamérica. Sin duda lo obtenían por canje, debido a los frecuentes contactos con los canoeros guaraníes que descendían por el Río Paraná, asentados unos en las islas del Delta y otros aposentados ocasionalmente en nuestras costas]. Luego Don Pedro de Mendoza mandó a sus capitanes que reembarcaran a la gente y las condujeran a la otra orilla del Paraná, que se hallaba a ocho leguas de camino”.

La historia real es más compleja. A San Gabriel llegaron diez naves a cargo de Don Diego de Mendoza, hermano de Don Pedro. Este arriba desde el Brasil pocos días después con las cuatro restantes y en la pequeña isla cercana a la costa de Colonia toma posesión oficial de las que vendrían a ser, con el correr del tiempo, nuestras tierras rioplatenses. Luego las catorce naves y la totalidad de sus tripulantes se dirigen a la otra orilla. Schmidel nos lo cuenta así:

“Allí levantamos una ciudad que se ha llamado *Wonnaz Eiresz* [en otras versiones del manuscrito, como la de Hulsius, dice *Bonos*

Aeres (Buenos Aires)], lo que expresado en alemán viene a ser *gueter windt* [buen viento]. Traíamos de España en los ya nombrados catorce navíos setenta y dos caballos y yeguas. En esta tierra encontramos un poblado de indios llamados *Carendies* [querandíes]. Entre hombres, mujeres e hijos sumaban dos mil [en otras versiones del manuscrito se dice tres mil] y su modo de vestir [el paño de algodón que llevaban las mujeres] era como el de los *Zechuruas* [charrúas], desde el ombligo a la rodilla. Nos trajeron de comer carne y pescado. Estos *Carendies* no tienen un sitio fijo sino que vagan por la tierra del mismo modo que en Alemania hacen los gitanos. Cuando andan tierra adentro durante las sequías del verano, suelen caminar treinta leguas sin poder hallar una sola gota de agua que beber. De tal modo cuando lancean [*schiessen*] un *hirschen* [ciervo, que en este caso se trata de un venado] o cualquier otra pieza de caza, entonces le beben la sangre. También a veces hallan una raíz que llaman *cardes* [cardos] la que comen por la sed. Eso de beberse la sangre, debe quedar bien entendido, sucede cuando les falta el agua y no diariamente, pues la beben para no morir de sed”.

Detengámonos en este asunto de los cardos. Como se sabe, el cardo vino a nuestros campos, a los que inundó con sus hojas espinosas y sus semillas voladoras, desde el Viejo Mundo. Es una planta del área mediterránea, o sea euroafroasiática, de la familia de las compuestas y el orden de las cardúneas traída por los invasores que hicieron pie en estas costas rioplatenses. Hay muchas especies —*Carduus tenuiflorus* (el más común), *Carduus nutans*, *Carduus crispus*, etc.— y algunos ejemplares de la familia de las umbelíferas, como el Cardo azul, se asemejan tanto a las distintas variedades del *Carduus* propiamente dicho que se los confunde. Pero el caso es otro.

¿De qué planta se trata cuando los cronistas hablan de cardos? Este tema apareció en el tomo anterior, cuando Luis Ramírez contaba que los pobladores de San Lázaro aplacaban su hambruna sacándolos de “*hasta dentro del agua*” para comer sus raíces. Esto ha llevado a decir a ciertos intérpretes, quienes se basaron en las anotaciones de D’Orbigny cuando viajaba por Corrientes¹⁰, que el cardo de los cronistas y el caraguatá de los indígenas, ambas plantas de hojas espinosas, son lo mismo. El tema gira en derredor del consumo de unas misteriosas raíces por parte de los hambrientos

expedicionarios, pero lo que no se tiene en cuenta es que Schmidel no habla nunca de planta (*Pflanze*) sino de raíz (*Wurzel*, que él escribe *wurtzel*). Raíz, pues, equivale a planta. Hay quienes piensan que se trata de lo que en ciertas comarcas argentinas se denominan cardones, o sea cactáceas cuyos tallos contienen agua y en

7

Nach dem wir aber mit den grossen Schiffen auff ein Büchsen-
schuß weit vom Land bleiben mußten / hat vnser Oberster Don Pe-
tro Mendoza geordinirt vnd verschafft / daß die Schiffleuth das
Volk auß dem kleinen Schifflein / Pott oder Pottel genandt / so
allbereyt darzu verordnet waren / an das Land solten führen.

Anno 1535.

Zechur-
uas.

Seind also durch Gottes Segen / Anno 1535. in Rio della Plata
glücklich ankommen / allda haben wir einen Indianischen Flecken
gefunden / darinnen vngesährlich 2000. Mannsbild waren / welche
man Zechuruas nennet / die habt anders nichts zu essen / dan Fisch
vnd Fleisch / vnd gehet diß Volk gang nacket vnd bloß / ohn allein
die Weiber / die tragen ihre Scham bedeckt / mit einem kleinen
Baumwollen Luchlein / so ihnen von Nabel biß auff die Knie ge-
het / diese / als wir dahin kommen / haben mit iren Weib vnd Kin-
dern die flucht geben / vnd den Flecken verlassen.

Damals mandirte vnser Oberster Don Petro Mendoza, daß
man das Volk widerumb zu Schiff bringen / vnd auff die ander
seitten des Wassers Parana führen solte / allda der Fluß nicht mehr
als 8. Meil wegs breit ist.

Von der Stadt Bonos Aëres, vnd Carendies.

Cap. 7.

Buenas
Aëres.

72. Pferd.

Carendies.

In diesem orth / haben wir eine Stadt gebawet / welche
Mann genennet Buenas Aëres, das ist zu Teutsch / Guter
Luft. Wir herten auch auff den 14. Schiffen / zwey vnnnd
Siebenzig Pferd vnnnd Studien / mit auß Hispania gebracht.
Desgleichen haben wir auff diesem Landt einem Flecken gefun-
den / darinnen auch Indianisch Volk / welche mann Carendies
nennet / wohnet / deren Vngesährlich bey 3000. Mann gewe-
sen / sampt ihren Weibern vnnnd Kindern / welche gleicher gestalte
wie die Zechuruas vom Nabel biß auff die Knie bekleidet seind /
die haben vns Fisch vnnnd Fleisch zu essen bracht / diese Carendies
haben

último caso son alimenticios como todo vegetal comestible. Según el botánico argentino Parodi es posible que el misterioso cardo se refiera a las plantas del género *Eryngium*, que poseen raíces carnosas y de buen sabor¹¹. De todos modos, el asunto está abierto.

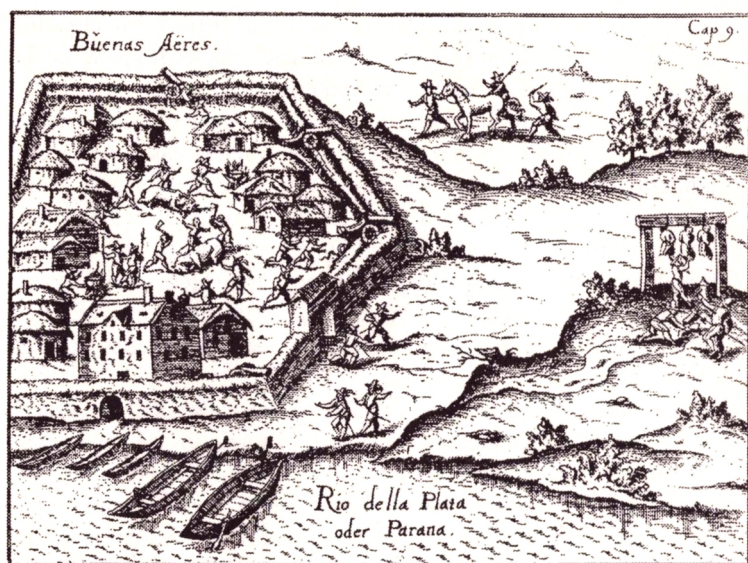
“Los tales *Carendies* nos trajeron diariamente y durante catorce puntuales días sus miserias de pescado y carne. Solo faltaron al día siguiente [el día quince] y entonces nuestro general despachó un alcalde llamado Johann Pabon [Pavón. En una variante del manuscrito se dice Ruiz Galán] y dos soldados de a caballo hasta los *Carendies* que se encontraban a cuatro leguas de nuestro real. Cuando llegaron donde estaban los indios se comportaron con ellos de tal manera [sin duda quisieron usar de la fuerza, pensando que sus abastecedores eran unas infelices y serviles criaturas] que fueron puestos de oro y azul [apaleados] y luego los dejaron volver a nuestro real. El Alcalde armó tanto alboroto al llegar que nuestro capitán *Pietro Manthossa* envió a su hermano carnal, Don Diego *Manthossa*, con trescientos lansquenets y treinta jinetes bien pertrechados. Yo iba con ellos y las órdenes eran de cautivar o matar a los antedichos *Carendies* y de apoderarnos de su emplazamiento. Cuando llegamos a su lugar sumaban unos 4.000 hombres porque habían llamado a sus aliados. [En la zona, donde tuvo lugar el combate del Luján, se concentraron los guaraníes de las islas, los beguá-CHANÁ del Delta nombrados por Pero Lopes de Sousa, los primitivos indios pampas —una etnia infiltrada primero y sustituida bastante después por la penetración araucana— y posiblemente también los charrúas. Estos eran sin duda los “aliados” de los valerosos querandíes]. Cuando nosotros los atacamos se defendieron con tanto ardor que nos dieron mucho trabajo aquel día. No solamente mataron a *thon* Diego *Manthossa* sino también a seis hidalgos de a caballo y a veinte infantes, a los que acabaron a tiros de venablo. De parte de los indios sucumbieron más de mil hombres [una cifra por demás exagerada]. Combatieron con tanta furia y valentía que nosotros quedamos harto escarmentados. Estos *Carendies* pelean con arcos de mano [*Handbogen*, que se tensaban a fuerza de músculo, contrariamente a la ballesta, *Armbrust*, o sea una *Wurfmaschine* tensada mecánicamente] y unos *dardes* [venablos]. Estos tienen la envergadura de una media lanza y están rematados por un *strael* [filo] de pedernal [o sea un pedernal afilado]. También tienen una bola de piedra atada con un cordel [tiento] largo, semejante a las bolas de plomo [¿balas de culebrina?] usadas en Alemania. Con di-

chas bolas enredan las patas de un caballo o un venado, haciéndolos caer. [Una sola bola, sin contrapeso, no se enreda en las patas de un caballo o un venado a la carrera. Son necesarias por lo menos dos. Quienes han vivido en el campo y boleado ñandúes con “las tres marías” —en este caso tres bolas de plomo retobadas con cuero y unidas entre sí por dos ramales largos que corresponden a las grandes y una “manija” atada a la chica, la cual se toma con la mano para revolver a las otras— saben que con una sola no es posible abatir a ningún bicho corredor, salvo que se le de, y muy bien, en la cabeza]. Con esa bola mataron a nuestro capitán y a sus hidalgos, que yo lo vi con estos ojos. También voltearon a nuestros infantes con los dichos *dardes*.

De tal modo, Dios que todo lo puede, nos concedió la divina gracia de vencer a los sobredichos *Carendies* y tomamos su plaza, aunque no pudimos apresar a ninguno pues habían hecho salir a sus mujeres e hijos antes de nuestro ataque. En el lugar solo encontramos cueros sobados de *nuederen* [nutrias] o *ytteren*, como se les llama; además había harina y manteca de pescado. Permanecimos allí tres días, antes de retornar al real y dejamos en el sitio alrededor de cien de los nuestros para que pescasen con las redes de los indios, que allí había mucha pesca, y de tal modo pudieran mantener a la gente”.

La relación sigue con lo poco que comían aquellos raleados expedicionarios y con el regreso a Buenos Aires. En la precaria ciudad se levantó un *Schloss* (castillo) que no era tal sino una “casa fuerte” para alojar a Mendoza con su concubina María Dávila, quien, no obstante haber sido contagiada por la sífilis, lo cuidaba tiernamente. También se construyó un muro de tierra de algo más de dos metros de altura, aunque “*lo que se levantaba un día al otro se venía al suelo*”. El relato de Schmidel adquiere aquí un tono trágico, pese al laconismo del soldado al evocar aquellos terribles momentos:

“...la gente se moría de hambre y su miseria era grande. Los caballos tampoco servían ya para nada. Fueron tales las penurias y el desastre de la hambruna que no bastaron ni ratas ni ratones ni culebras ni otras sabandijas”. El estado de necesidad llevó al canibalismo. En efecto, a tres españoles, ajusticiados en la horca por haber comido un caballo a escondidas, sus famélicos compañeros “les cortaron los muslos y otros pedazos de carne y se los llevaron a sus alojamientos para devorarlos”. Otro español



El hambre en Buenos Aires (Schmidel). Sacrifican a los caballos y devoran a los ahorcados.

se engulló el cuerpo de su hermano muerto, al que había escondido en su vivienda, para manducarlo a hurtadillas.

Un grupo de españoles desesperados por la falta de alimentos remonta el Paraná en busca de víveres. Piensan que los indios se los van a proporcionar. Pero ya toda la gente indígena sabe cómo se la gastan esos extraños y brutales invasores. Utilizan entonces la táctica de tierra arrasada, lo cual es juzgado como “*una bellaquería*” por Schmidel. Queman casas y alimentos y huyen. Furiosos y frustrados los expedicionarios regresan con la mitad de la gente pues la otra mitad se había muerto de hambre. Se encierran en su ruinoso reducto bonaerense y allí les sobreviene lo peor.

“Por ese entonces nos atacaron los indios con gran ímpetu y poder. Eran veintitrés mil hombres [una exagerada contabilidad, sin duda] pertenecientes a las naciones denominadas *Carandies* [querandíes], *Barenis* [guaraníes], *Zechuruas* [charrúas] y *Zechanais Diembus* [chaná-timbús]. Pensaban acabar con nosotros pero Dios Todopoderoso no lo quiso así pues de los nuestros solo cayeron unos treinta, incluidos los capitanes y un alférez. Mientras unos indios trataban de tomarnos por asalto otros comenzaron a lanzar flechas encendidas sobre nuestras casas, que tenían el techo de paja, menos la de nuestro

capitán general cuyo techo era de *Ziegel* [esto significa teja, pero tal vez se tratara de adobes chatos escalonados]. De tal modo nos quemaron la ciudad de arriba a abajo. Sus flechas son de caña y llevan fuego en la punta. También tienen otro palo con el que fabrican flechas. Estas, una vez encendidas y arrojadas no dejan nada. Con ellas nos incendiaron todo, pues las casas eran de paja”.

Como pudo leerse, también los charrúas andaban mezclados en esta acción guerrera. ¿Habían venido desde la otra Banda, llamados por los “humos” aludidos por Pero Lopes de Sousa? ¿O algunos grupos de esta etnia nomadizaban en la Banda Occidental del río Uruguay? Lo cierto es que en los momentos críticos los indios se unían para rechazar a los intrusos, como sucederá treinta y siete años más tarde con los guaraníes y charrúas en su guerra contra Ortiz de Zárate.

El relato de Schmidel narra luego la expedición de Ayolas y Mendoza en procura de la Sierra de la Plata, y después la del propio Ayolas, hacia el Norte, río Paraná arriba, viajes en los que el lansquenete participó. Su catálogo de las tribus es por demás instructivo. De este modo encuentra a los *Tiembus* [timbús] que se colocan *“en cada lado de la nariz unas estrellas de piedrecitas blancas y celestes. Los hombres son altos y bien formados pero las mujeres, por el contrario, tanto las viejas como las muchachas, son muy feas. Se arañan la parte inferior de la cara, que siempre está ensangrentada.* [No se trata de heridas sino de pinturas o tatuajes]. *La fuerza de los indios es mucha y no comen otra cosa que carne y pescado: en toda su vida no han conocido otro alimento”*.

Los timbús navegan de continuo en canoas labradas en el tronco de un solo árbol (monoxilas) que miden casi un metro de ancho por unos veinticinco de largo. En cada canoa viajan dieciséis remeros. Nada nos hace dudar de estos datos, inmediatamente registrados por los sentidos; en cambio, cuando dice Schmidel que los timbús de esa zona eran más de quince mil podemos sospechar que nuestro soldado exagera. Dichos indios reciben calurosamente a los exploradores y les proporcionan carne y pescado en *“divina abundancia”*.

La segunda navegación que el lansquenete realiza Paraná arriba lo lleva hasta más allá de Lambaré, el poblado indio en cuyas cercanías se fundará Asunción y, por el camino, va encontrando

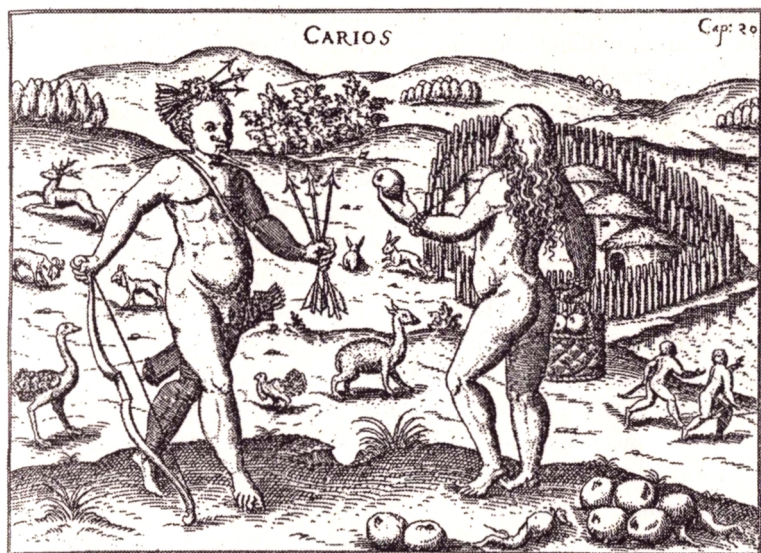
poblaciones indígenas cuyos representantes meridionales ocupaban también la Banda Oriental. Reitera, con algunas variantes, el nomenclátor tribal desarrollado por Luis Ramírez y Diego García de Moguer al par que ofrece mayores detalles acerca de las distintas parcialidades visitadas.

El propósito de los expedicionarios era llegar hasta el río Paraguay donde

“viven los *Carios* que tienen trigo turco [maíz] y una raíz llamada *manteochade* [mandioca] y otras buenas raíces que se llaman *padadesz* [batatas] y *manteoch propie* [mandioca poporí] y *mandeoch mandepore* [mandioca pepirá]. La raíz *padadesz* se parece a la manzana y tiene el mismo sabor; la *mandeoch propie* sabe a castaña. De la *mandeoch mandepore* se hace un vino [chicha] que beben los indios. También tienen los *Carios* pescado y carne y unas ovejas muy grandes [¿llamas o guanacos?] como las mulas de esta tierra [Alemania; no olvidar que Schmidel dicta sus memorias en su patria]. También tienen *wielde schwein* [chanchito de monte, llamado *pecarí* por los guaraníes y *zaino* por los arawacos] y otras salvajinas y avestruces; también tienen gallinas y gansos en abundancia”. [Ni gallinas ni gansos sino martinetas o pavas de monte y patos. La gallina llegó con los colonizadores hispánicos y se extendió entre algunas tribus indígenas decenios más tarde].

Lo que expresa Schmidel acerca de la mandioca es altamente instructivo. Esta planta, para prosperar, requiere climas parejamente cálidos. Las heladas, como dije, le impiden crecer. De tal modo sus cultivos selváticos, realizados en las *roças* que practicaban los guaraníes, arawacos y caribes mediante el palo de plantar o coa – *ibyrachacuá* en guaraní–, no pudieron prosperar en el pasado indígena de nuestro país como algunos sostienen entre nosotros. En este caso no se refiere el soldado cronista a la mandioca brava o mandiotín (*maniog até*), que necesita ser exprimida en el *tipití* – una prensa vegetal alargada que funciona por presión para extraer el venenoso ácido cianhídrico existente en ella– sino a la mandioca dulce (*poropí*) y la mandioca colorada (*pepirá*).

La anterior mención a los plantadores de mandioca, los *Carios* o guaraníes del Paraguay, está fuera del contexto temporal. Schmidel advierte que los hallarán al culminar la navegación aguas arriba por los ríos Paraná y Paraguay. La gente indígena que aparece ante los navegantes, que entre sustracción violenta o “rescate” pa-



Los carios, guaraníes del Paraguay. (Schmidel).

céfico de alimentos a los indios diseminados a lo largo del trayecto, terminaría levantando la “casa fuerte” de Asunción, pertenece fundamentalmente a la macroetnia litoraleña, constituida por los chaná-beguá-timbú, aunque, como se verá, surgirán otras parcialidades menores a lo largo de la ardua travesía.

A poco de zarpar los ocho navíos, los viajeros se topan con los *Karendos* (Corondá) quienes “*se mantienen de carne y pescado*”, hablan el mismo idioma que los timbú y son “*de cuerpo bien formado*”. En cuanto a los adornos faciales se repiten las estrellitas y las pinturas o tatuajes femeninos, que el alemán vuelve a confundir con arañones ensangrentados. Sobadores de cueros de nutrias e insignes canoeros, como los que encontró de Sousa en las costas uruguayas, estos corondá, a cambio de “*abalorios, rosarios, espejitos, peines, cuchillos y anzuelos compartieron con nosotros sus pobres raciones de carne y pescado, además de sus pieles sobadas*”. También les entregaron dos prisioneros Carios, cuya condición de intérpretes o lenguaraces les sería útil a los exploradores aguas arriba.

Los *Gulgeissen* (Quiloazas) que son descriptos luego se asemejan en todo a los timbú y a los corondá. Su lengua, su tipo humano, su alimentación y sus costumbres son la misma cosa. Se

trata de parcialidades de una sola “nación”. Durante dieciocho días no hallaron más indígenas hasta que avistaron a los *Machkuerendes* (Mocoretá), también muy parecidos física y culturalmente a los anteriormente visitados, aunque tenían más pescado y hablaban “otra lengua”.

Es en este sitio donde aparece la *sucurí*, o sea la anaconda, esa “serpiente extremadamente grande, que medía de largo veinticinco pies [ocho metros] y era gruesa como el cuerpo de un hombre. Era overa [amarillenta] con manchas negras”. La mataron con un tiro de arcabuz. Los indios jamás habían visto un reptil de ese tamaño, o por lo menos así lo manifestaron. Cuando estos se bañaban la constrictora los rodeaba con su musculoso cuerpo, los sumergía y luego los devoraba. Los mocoretá se vengaron entonces de los males causados por la gran *sucurí*: “la despedazaron, la llevaron a sus casas, asaron algunos trozos, cocinaron otros y se la comieron totalmente”.

Río arriba se topan con otra gente. Se trata de los *Zechennaues Saluaischco* (Chaná salvajes). Los antropólogos suponen que estos enigmáticos personajes son los sobrevivientes de aquellos lá-



Los españoles matan a la Sukurí (anaconda) que se engullía a los indios. (Schmidel).

guidos –me refiero al arcaizante tipo físico de Lagoa Santa– que ocupaban originariamente una vasta zona en el litoral argentino y en el Sur del Brasil. En dicha zona figuran como los *guayaná*, *gualachí*, *gualacho*, o los *camarao* nombrados por Luis Ramírez, en el ala occidental, y como los *goyaná*, *goaianaz*, *guayná*, *wayan-naz* e *ibirayará*, antepasados de los *kaingang* –un nombre inventado por un estudioso brasileño, y no de origen indígena– en el ala oriental, zona correspondiente a los estados meridionales brasileños.

Dice Schmidel que al igual que los guaraníes los cuerpos de los Chaná salvajes son “*bajos y rechonchos*”. No cultivan, son grandes consumidores de miel silvestre, comen cuises o apereás, venados, pecaríes y ñandúes, y andan “*así como Dios los lanzó al mundo, completamente desnudos hombres y mujeres*”. Tan pobres eran que nada tenían para comer cuando los encuentra el cronista, quien los compara con los europeos salteadores de caminos. No resulta difícil suponer, aunque no sea del todo seguro, que los actuales y diezmados *guayakí*¹² –un grupo indígena consumidor de miel, apegado al más crudo primitivismo y de continuo perseguido por los guaraníes, tanto ayer como hoy– quizás tengan parentesco con los chaná salvajes, aquellos indígenas menesterosos contemplados con desprecio por Schmidel y sus compañeros de aventura.

Sigue el viaje y aparecen más indios. Ahora son los *Mapenuss* (Mepenes), los que más canoas tienen entre todos esos navegantes fluviales, quienes se les cruzan en el camino. Pero no vienen en son de paz sino que lanzan sobre los expedicionarios quinientas canoas repletas de guerreros. Schmidel apunta que esa superioridad numérica –cada canoa llevaba veinte remeros, empuñando sus armas de combate– de nada les sirvió: “*les matamos a muchos con nuestros arcabuces*”.

Sin embargo, los intrusos europeos no pudieron apoderarse del pueblo, situado a una legua tierra adentro, pues lo circundaba una honda fosa llena de agua. Se desquitaron quemando las doscientas cincuenta canoas que estaban en seco a su alrededor, tal vez en vías de construcción o reparación, y retornaron a los navíos, temiendo un ataque, pues los mepenes “*sólo saben guerrear en el agua*”.

No he mencionado las cantidades fabulosas de integrantes que Schmidel atribuye a cada una de estas parcialidades. Alcance con



decir que a estos mepenes fluviales les adjudica nada menos que cien mil hombres. Se trata de locas exageraciones. Cuanto más sean los indios de la fábula, más brillantes resultarán los triunfos de un puñado de resueltos cristianos.

Aguas arriba los expedicionarios contemplan la desembocadura majestuosa del Paraguay en el Paraná y remontan la corriente de aquel río. Aparecen entonces los *curumías* o *curemaguás* (*Kueremagbeis* o *Kueremagwaisz* según las variantes entre los distintos manuscritos) que se alimentan con “*pescado, carne y poxhenlen* (cuernitos de cabra o Pan de San Juan)”. Estos cuernitos no son otra cosa que las chauchas de algarrobo. Hombres y mujeres son “*muy altos y corpulentos*”. Se horadan las narices y ponen en ese agujero una pluma de papagayo. “*Las mujeres se pintan la parte*



Ubicación de las tribus indígenas mencionadas por Schmidel.

inferior de la cara con largas rayas de color azul, que perdura para siempre". Estas rayas o tatuajes coloreados permiten suponer que se trata de indios de la etnia pámpida, emparentados somática y, en parte, culturalmente, con los *toba*, *guaycurú* o *abipones* chaqueños y los *charrúa* rioplatenses.

Aparecen luego unos indígenas relacionados con estas parcialidades. Son los *agaces*, que Schmidel denomina *aigeiss*. Se trata de pámpidos de la parcialidad *guaycurú-payaguá*, "*que también son altos y de cuerpos garbosos*". Acá las mujeres "*son lindas, se pintan y se tapan las vergüenzas con paños de algodón*". Los agaces enfrentan a los viajeros. Se les cruzan en el camino y comienzan a flecharlos. La reacción no se hace esperar y se inicia el combate con "*la mejor gente de guerra que hay por sobre todo el río*". Esta vez caen quince expedicionarios y como expresa el término alemán *erwuertgeten* empleado por el cronista, la matanza sufrida por los indios fue terrible. Se llevó a cabo toda una carnicería. Y cuando los españoles marcharon hacia el poblado "*para quitarles sus mujeres e hijos*" ya estos habían huido a campo traviesa. Los pobres imaginaron el atroz destino que les esperaba de haberse quedado en la toltería.

Terminan aquí los encuentros con gente indígena ajena a la etnia guaraní. Los coronda, quiloaza, mocoretá y mepenes son, según sostienen algunos antropólogos, producto del cruzamiento de los pámpidos que marchaban hacia el Norte con los láguidos arcaizantes que ocupaban la zona desde tiempos remotos. A su vez se supone que estos integrantes zonales de la macroetnia chaná-timbú-beguá recibieron de los pueblos arawacos, situados por entonces lejos de esas latitudes, una cerámica caracterizada por "*alfarerías gruesas*" –por ejemplo, el ñacurutú hallado por Francisco Oliveras, hoy exhibido en el Museo de Antropología de la ciudad de Montevideo– y apéndices zoomórficos, cuyos especímenes más frecuentes son representaciones de loros barranqueros. Por otro lado sus lenguas, impostadas "de papo" y dialectalmente separadas entre sí, estarían emparentadas con la de los querandíes y quizá con la de los charrúas.

Estas gentes de alta estatura, con cuerpos esbeltos, apenas si practicaban, en algunas áreas, una elemental plantación de maíz y zapallos. Eran fundamentalmente pescadores, canoeros avezados, habitantes de las riberas, amigos del mundo acuático que regaba el

área mesopotámica. Los guaraníes los proveían, mediante el trueque, de los hilados de algodón con que las mujeres cubrían "*sus vergüenzas*" al decir de Schmidel. También les habrían enseñado —por contacto, por imitación, por el influjo de los prisioneros— algunos rudimentos de cultivo. Finalmente, al igual que los charrúas, hacían sus viviendas con esteras, aunque eran mejor construidas que las de estos. Las divisadas por el marinero que enviara a nado Pero Lopes de Sousa para fisgonear en el campamento indígena ubicado en las costas de nuestro actual departamento de San José —tal cual se transcribió en el tomo primero de esta obra—, concuerdan con lo escrito por Fernández de Oviedo, quien fuera muy bien informado acerca de su construcción: "*sus casas son de esteras con sus apartamientos y bien hechas*"¹³.

Voy a finalizar la narración de Schmidel con el encuentro de los Carios, nombre dado a los guaraníes del Paraguay, que se transforma en *carijó* en otras zonas. Villalta, en la carta cuyos principales fragmentos se transcriben luego, los denomina caribes. Esta voz, como ya se explicó, denominaba a los caníbales, a los comedores de carne humana o antropófagos, fuere cual fuere el lugar del Nuevo Mundo donde habitaran. Según narra el padre Gumila, los caribes se denominaban a sí mismos los verdaderos hombres, esto es, *cariná*. Y los otros, los *itoto*, solo eran buenos para ser esclavos. Pero vamos al texto del jesuita que describió a las tribus del Orinoco, agobiada su mente por la carga de prejuicios consustancial al europeo de tez blanca y religión cristiana:

"Son los caribes de buen arte, altos de cuerpo y bien hechos; hablan desde la primera vez con cualquiera con tanto desembarazo y satisfacción, como si fuera muy amigo y conocido. En materia de ardi-des y traiciones son maestros aventajados, por lo mismo que de suyo son muy temerosos y cobardes. Preguntados éstos ¿de dónde salieron sus mayores? no saben dar otra respuesta que ésta: *Ana cariná róte*. Esto es, *Nosotros solamente somos gente* [o sea hombres]. Y esta respuesta nace de la soberbia con que miran el resto de aquellas naciones, como esclavos suyos; y con la misma lisura se lo dicen en cara con estas formales palabras: Amucón paporóro itóto nantó: Todas las demás gentes son esclavos nuestros. Esta es la altivez bárbara de esta nación caribe; y realmente trata con desprecio y con tiranía a todas aquellas gentes, rendidas unas y otras temerosas de su yugo"¹⁴.

Caribes y guaraníes, hermanos de raza (ambos pertenecían al tronco de los amazónidos) y de costumbres (ambos eran antropófagos) son al cabo la misma cosa. Para los intrusos hispánicos de la primera hora, el caribe, indistintamente, es el comedor de hombres aposentado en las islas de las Antillas, en la Tierra Firme o en las comarcas de la cuenca platense.

Según narra Schmidel en el capítulo XX de su libro, después de dejar a los agaces, los expedicionarios, en su viaje fluvial hacia el Norte, hacen contacto con los Carios.

Al describir su género de vida indica que:

"...estos *Caries* tenían trigo turco o *meys* [maíz] y *manndeochade* [mandiotín], *padades* [batatas], *manndeos perroy* [mandioca *poropi*], *mandeporre* [mandioca *pepirá*], *manduris* [manduví, o sea maní], *vachgekhue* [*mbocayá*, un fruto silvestre], también pescado y carne, venados, chanchos del monte [*pecari*], avestruces, ovejas de la tierra [guanacos], conejillos [*apereá*], gallinas [pavas de monte] y gansos [patos]. También abunda la miel, de la cual hacen vino. Hay plantado muchísimo algodón [*mandiyú*] en la tierra".

Sigue luego una minuciosa descripción de los *avá*, es decir, los hombres verdaderos, que así se denominaban a sí mismos los guaraníes al compararse con otras gentes extrañas a su etnia:

"Estos Carios dominan sobre un territorio muy grande, como de trescientas leguas de ancho y otras tantas de largo. Son gentes bajas y retaconas; tienen mayor resistencia para servir a otros [según traduce Lafone Quevedo] o para aguantar algo más que otras naciones [según Wernicke]. Los hombres se hacen un agujerito en el labio, donde ponen un cristal amarillo que es de largo como dos jemes [el jeme es la distancia existente entre los extremos de los dedos pulgar e índice, bien separados] y grueso como el canuto de una pluma. Se le llama *paraboe* [barbote o *tembetá* de resina].

Los hombres y las mujeres andan en cueros vivos, tal cual el Todopoderoso Dios los ha echado al mundo. El padre vende a la hija y el marido a su mujer si esta no le place; también el hermano vende a la hermana. Una mujer cuesta una camisa o un cuchillo de cortar pan, un hacha [o anzuelo según Lafone Quevedo, lo que parece más verosímil], u otras baratijas. Estos carios comen también carne humana y contaré cómo lo hacen. Cuando guerrear con sus enemigos toman prisioneros, sean hombre o mujer, y los ceban como se hace con los cerdos en Alemania. Si la mujer es joven y linda la

conservan un año más, pero si durante ese tiempo no les satisface la matan y la comen, celebrando entonces una fiesta. A las viejas y los viejos los hacen trabajar hasta que se mueren. Esta gente es la más caminadora del *Rio delle Plata*. Por tierra son grandes guerreros [en efecto, guaraní significa guerrero]. Sus poblados se levantan en las partes altas, a lo largo del río *Paraboe* [Paraguay]”.

Narra luego Schmidel la rendición de Lambaré, un poblado de los *carios*, y cómo los guaraníes entregan alimentos abundantes a los famélicos invasores y regalan a Ayolas seis muchachas en flor. Se iniciaba así lo que luego sería costumbre generalizada, es decir, la fundación del Paraíso de Mahoma*, epíteto que bien designa el gigantesco serrallo de mujeres de toda edad que cada conquistador tuvo para holgar en la cama y hacer trabajar en el huerto.

Los guaraníes son acreedores de un largo capítulo etnológico. Será esquematizado páginas adelante, al desarrollar el proceso de mixigenación que dio origen a los “mancebos de la tierra”. Como podrán comprobar los lectores, seguirán apareciendo indios y mestizos en las páginas de otros cronistas y viajeros que esperan su turno. Y con esto nos despedimos de Schmidel, quien residió muchos años más en estas regiones y cuyo libro “como el hueso de la cola, pelado pero sabroso”, incursiona luego en las épocas de Cabeza de Vaca y Martínez de Irala. En posteriores e intensos capítulos narra las aventuras y desventuras de estos jefes en pugna, a lo que suma una siempre renovada crónica sobre indios de otras latitudes, relatos que escapan al objetivo de esta antología. Casi veinte años, y siempre indemne al peligro, a la enfermedad y a la tentación de aquerenciarse, vive en estas tierras el soldado-cronista antes de retornar a su Alemania. Lo llama el sonajero nostálgico de la patria y a ella regresa para dictar a un escritor de postín sus aventuras, que conocerán larga fama, y muere, solterón siempre, en el año de 1581 a la edad de setenta y tantos años, y digo así porque se sabe que vino al mundo antes del año 1511.

* * *

La breve y concisa carta de Francisco de Villalta, que complementa la narración de Schmidel, no ofrece muchos datos acerca

(*) Ver el Apéndice al final del libro.

del universo indígena. Los naturales son la borra humana del paisaje: solo le interesan el derrotero de los jefes, la marcha de la guerra contra los indios, sus méritos de "conquistador viejo" tenido a menos. El historiador español Antonio de Herrera le sacó buen provecho a este ordenado documento en su obra sobre los "*hechos de los castellanos*" en América¹⁵ y Mitre y Lafone Quevedo la reproducen en su citada versión del viaje de Schmidel¹⁶.

Yo lo utilizaré para precisar algunos detalles del itinerario de las fuerzas españolas hasta Asunción, esa madre de ciudades que los libros de texto rioplatenses, lo repito por enésima vez, no destacan con el debido énfasis, habida cuenta de su misión civilizadora y su papel fermental en la forja de un destino criollo para las patrias aún no nacidas.

Villalta se dirige al rey Felipe II pidiéndole tierras para ir a poblarlas con cien personas y, en apoyo de esta demanda, le recuerda sus méritos como participante en la epopeya de heroísmos, hambrunas y sacrificios iniciada con la fundación de Buenos Aires en el año 1536 y culminada con el gobierno de Martínez de Irala en el Paraguay, quien dotó de fisonomía colonizadora a la primitiva conquista guerrera.

En los 78 párrafos que integran la carta al monarca, Villalta realiza un completo resumen de las distintas etapas del asentamiento de los españoles y sus luchas contra los indios de las distintas regiones. La comarca donde se asienta la primera Buenos Aires "*es tierra despoblada porque en más de 60 leguas no hay indios que sean amigos sino unos que se llaman Carabes. Estos comen carne humana y son enemigos de los cristianos y lo han sido en todas partes*". Se refiere aquí a los guaraníes, o sea los caribes, pero adviértase que la despoblación, que no es tal, a los ojos del conquistador aparece como cierta porque los existentes pobladores indígenas pertenecen a las ominosas huestes de El Otro. El caribe, el caníbal, el *chandul* o guaraní de las islas del Paraná no es un hombre, no es una persona: se trata de un ente maléfico al que se debe combatir y suprimir.

En los párrafos 4 y 5 expresa Villalta:

"Visto por el Gobernador la necesidad que la gente padecía [...] mandó a su hermano Don Diego de Mendoza que fuese a buscar indios para que trajeran bastimento y provisión. Este se topó con cierta gente que se llaman *Quirandres* [querandíes], los cuales an-

dan a noche y mesón [...]. Topados con ellos Don Diego de Mendoza hubo cierta diferencia entre los Cristianos y los *Quirandies* de tal manera que se fueron a las manos, y como los Cristianos estaban tan flacos y los indios eran pláticos [prácticos, diestros, conocedores] en su tierra, diéronse tan buena maña que mataron a Don Diego de Mendoza y a Pedro de Benavidez y a muchos más. Los demás huyeron, aunque eran de a caballo, y si no fuera por la infantería que venía detrás y los socorrió, todos hubieran quedado en el campo por ser los indios tan ligeros y tan diestros en atar los caballos con las bolas que traían”.

En el párrafo 6 el soldado cuenta que partieron algunas naves aguas arriba del Paraná para buscar alimentos entre los indios. Salieron 200 hombres y el hambre mató la *“tercia parte de la Gente”*. Nada hallaron a la ida, y a la vuelta, si no fuera *“por unas rozas [plantaciones practicadas en los calveros dejados por el incendio del monte] de indios que hallamos, las cuales ya estaban cosechadas y con ellas algunos encontraron maíz con el que se sustentaron”*, hubieran acabado todos los expedicionarios antes de llegar a Buenos Aires. Y a continuación agrega una dura observación, que se reitera en otras partes de la carta: *“...digo los soldados, porque los Capitanes y allegados, ellos nunca pasaron necesidad”*.

Relata luego en los párrafos 8 a 11 la otra salida en procura de alimentos realizada por Juan de Ayolas con tres navíos y *“90 Cristianos en cada uno”*. Se murieron casi 100 hombres *“de pura hambre”*. Esa *“gente flaca”* se mantenía con culebras, lagartos, ratones (apereás) y otras sabandijas, amén de los consabidos *“cardos”* y otras *“hierbas que de los campos se traían”*. Solo los capitanes *“como dicho tengo, lo pasaban bien”*.

Llegaron así hasta las tolдерías de los timbúes, quienes solo se mostraban activos si se les ofrecía *“rescate”*, esto es, trueque, para que les llevaran pescado. A veces ni esto bastaba y entonces se recurría a la amenaza, armas de fuego en mano e insulto en boca: *“otras veces de ser mal hablados nos lo daban”*.

En una posterior salida de Ayolas, aquella que lo llevó río arriba primero y tierra adentro después, para realizar una alucinante travesía en busca de metales preciosos, arrebatados al regreso por los indios payaguá, que le dieron muerte, el relato de Villalta cobra vuelo dramático. La precisa descripción, sacudida por un estreme-

cimiento de tragedia, que llega a reflejarse en el torpe estilo del cronista, se refiere a un viaje donde se pasaron muchas necesidades

“porque el camino fue largo y sin guía teniendo poca comida a causa de que la tierra por do pasaban era poco poblada y los indios huían al contemplar gente nueva que nunca habían visto, pues eran como salteadores y sus navíos muy pequeños [canoas] [...]. Con estos trabajos y algunos malos tiempos que tuvieron porque a esta sazón eran tan abominables y malos los tiempos que en esta tierra visiblemente parecía que en los aires hablaban los demonios”. (Párrafos 25 a 35).

Sigue el viaje contra la corriente del río revuelto y soliviantado hasta que llegan a la tierra de los guaraníes, una etapa intermedia antes de dar con los indios *payaguá*, más al Norte todavía. “*Estos indios Caribes [carios] salieron ante los Cristianos en son de paz y les dieron mucha comida de maíz y batatas y algunas habas [porotos] por su rescate porque es gente labradora...*”. Quedan atrás los guaraníes y los expedicionarios avanzan. “*Llegado a la tierra de estos indios [payaguá] determinó Juan de Ayolas de entrar tierra adentro en demanda y descubrimiento de la noticia de metal que se tenía hasta con ciento treinta cristianos y algunos indios paiajuaes que el Principal [cacique] de ellos le dio*”. Viene luego el encargo que hizo a Martínez de Irala y que este no cumplió, pese a lo aducido a favor del intrépido vizcaíno por otros cronistas e historiadores. Quiero que los lectores se asomen al fragmento tal cual fue escrito, y en esto escapo a la sistemática modernización de los textos hasta aquí practicada, para que lo aprecien en toda su expresiva tosquedad:

“Llegado Juan de Aiolas dejó mandando al Capitán Domingo Martínez de Irala en los Bergantines i con 30 mandó que de allí no se partiese i le esperase sino fuese que los indios amigos que le dejaba se levasen i le dexasen de probeher i que en tal caso pudiese des (cender) a los Indios Caribes a probeerse de bastimento y luego tornase a lo esperar do lo dexó, por quel había de acudir allí”.

En las Instrucciones escritas dadas por Ayolas a Irala le decía: “*entretanto procuráreis de hacer una estacada donde mejor os pareciera y, habiendo tiempo, mandar a los indios que os hagan una fortaleza*”. Le pedía además que cuidase bien de las naves y

que obligara a los indígenas a plantar sementeras “para que cuando volviese hallemos maíz de manera que no tengamos necesidad de ir a buscar más indios para tomar abastecimiento, tratándolos siempre muy bien para procurar su amistad”¹⁷. Nada de esto hizo Irala: “...ni respetar la mujer que Ayolas le había confiado, ni construir la estacada, ni levantar la fortaleza, ni cuidar los navíos, ni hacer sembrados, ni tratar bien a los indios, ni conservar su amistad”¹⁸.

Enrique de Gandía denuncia las andanzas de Irala y los suyos. “Enardecidos en la espera y en el sufrimiento, los fieros soldados no hallaban en aquellas soledades otro solaz que el amor de las pobres indias, que para ellos, como decía uno de los conquistadores, solo se diferenciaban de las mujeres de España en que iban desnudas. Irala comenzó por dar el ejemplo y traicionando la confianza que en él había depositado Juan de Ayolas, se estaba todo el día encerrado en la cámara del bergantín con la hija del principal de los payaguá, que Ayolas le había dejado en custodia, por lo cual los payaguá se solebantarón [sic] y terminaron por quitársela. Entonces Irala y un puñado de valientes, dando prueba de una extremada afición por la carne oscura de las bellas guaraní, abandonaron el puerto de la Candelaria, donde Ayolas había ordenado que lo esperasen hasta su regreso, y se bajaban ochenta leguas por el río abajo, hasta el puerto de Tapuá, que ellos llamaban por un nombre adecuado y expresivo que no podemos decir [puerto de la jodienda], y allí permanecían de quince a veinte días, holgándose con las indias [de la etnia guaraní y no payaguá], por lo visto tan amables y condescendientes como sus padres, hermanos y maridos”¹⁹. Y en una llamada a pie de página condena la conducta de Irala con lapidarias palabras: “Hay razones muy fundadas para creer que Irala desamparaba el puerto de la Candelaria, no solo para ir él y sus soldados a echarse entre los brazos de las indias a ochenta leguas de distancia, sino con el fin premeditado y alevoso de procurar la muerte de Ayolas y quedarse por tanto mandando en su lugar como Teniente de Gobernador”²⁰.

Lo curioso del caso es que Ayolas, luego de una fantástica travesía, semejante a la de Alejo García, volvió con el mismo cortejo de indios payaguá que lo habían acompañado hasta los veneros metalíferos del Alto Perú. ¿Por qué estos no lo mataron duran-

te el viaje, vistas las grandes riquezas que traía? ¿No habrá comprado voluntades Irala entre los payaguá de la Candelaria para que asesinaran a Ayolas a su regreso, sustrayéndole los tesoros hasta allí conducidos luego de inmensos sacrificios? Las interrogantes quedan abiertas. Quedan también documentadas las primeras andanzas de aquellos garañones, que preñaron miles de indias en Asunción dando origen a los “mancebos de la tierra”. Cierro aquí este paréntesis, a mi juicio bastante ilustrativo, para volver a la carta de Villalta.

Dicha relación, como pudo comprobarse por las cortas transcripciones ofrecidas, se refiere a los continuos trabajos, al azote de la necesidad, a la carencia perpetua de alimentos, a la desdichada entrada de Ayolas en pos de los metales preciosos y su muerte a manos de los indios payaguá, y luego, etapa que he dejado de lado, a las “pasiones”, esto es, los altercados entre Alvar Núñez Cabeza de Vaca y Domingo Martínez de Irala, a las sendas expediciones de cada uno de ellos tras la Quimera de Plata, a las injustas reparticiones de tierras (encomiendas) según Villalta, que figura entre los damnificados, “*quitándolas a aquellos que las conquistaron y derramaron su sangre por ganarlas*”²¹.

Al inventario de las hambrunas y trabajos padecidos por los viejos conquistadores, olvidados en la hora de la repartija, se suma un íntimo memorial de agravios. El tema asunceño, a partir del Paraíso de Mahoma y la gestión administrativa de Martínez de Irala, resuena en los capítulos que dedico a Ortiz de Zárate y Hernandarias, aquel preclaro criollo de conducta previsor y espíritu civilizador que envió un puñado de vacas y toros para colonizar zoológicamente las “tierras de ningún provecho” de la Banda Oriental.

Para cerrar esta historia de dobles infortunios –los de los indios masacrados y ninguneados y los de los conquistadores hambrientos y errantes– transcribo el testimonio de una de las pocas mujeres que acompañaron a las huestes de Mendoza. Estas españolas del pueblo llano venían como soldaderas, como cantineras, como cobijeras, como putas, hablando corto y mal, pero al cabo su resolución para enfrentar los colectivos infortunios las convirtió en varonas valerosas y abnegadas, en madres de moribundos, en auxiliares de los trabajos que los hombres desfallecientes ya no podían realizar, en arquetipos femeninos que no figuran en la epopeya por el solo hecho de su desdorosa profesión y su origen humilde.

Acá va entonces, como prueba de aquella olvidada hazaña, la carta que Isabel de Guevara envió a la Princesa Gobernadora Doña Juana desde Asunción el 2 de julio de 1556:

“Muy alta y muy poderosa Señora:

A esta provincia del Río de la Plata, con el primer gobernador de ella, don Pedro de Mendoza, hemos venidos ciertas mujeres, entre las cuales ha querido mi ventura que yo fuese la una; y como la armada llegase al puerto de Buenos Aires, con mil quinientos hombres, y les faltase el bastimento, fue tamaña la hambre que, al cabo de tres meses murieron los mil. Esta hambre fue tamaña, que ni la de Jerusalén se le puede igualar, ni con otra ninguna se la puede comparar. Vinieron los hombres con tanta flaqueza, que todos los trabajos los cargaban las pobres mujeres, así en lavarles las ropas, como en curarles, hacerles de comer lo poco que tenían, limpiarlos, hacer de centinela, rondar los fuegos, armar las ballestas cuando los indios venían a dar guerra, poner fuego en los versos [cañones de poco calibre] y levantar los soldados que estaban para ello, dar arma por el campo a voces [esto y no otro es el llamado “al arma”], sargenteando y poniendo en orden a los soldados, porque en ese tiempo, como las mujeres nos sustentábamos con poca comida, no habíamos caído en tanta debilidad como los hombres. Bien creará que fue tanta la solicitud que tuvieron que, si no fuera por ellas, todos habrían sido acabados, y si no fuera por la honra de los hombres, muchas más cosas yo escribiera con verdad y los diera a ellos por testigos. Esta relación bien creo que la escribirán a Vuestra Alteza más largamente, y por ello cesaré [de detallarla].

Pasada esta tan peligrosa turbonada determinaron subir el río arriba, así, flacos como estaban, y en entrada de invierno, en dos bergantines, los pocos que quedaban vivos. Y las fatigadas mujeres los curaban y los miraban y le guisaban la comida trayendo leña a cuestras de fuera del navío, y animándolos con palabras varoniles para que no se dejasen morir, que presto darían en tierra de comida, metiéndolos a cuestras en los bergantines con tanto amor como si fueran sus propios hijos, y como llegamos a una generación de indios que se llaman timbúes, señores de mucho pescado, de nuevo les servíamos en buscarles diversos modos de guisados, porque no les diese en rostro [causar enojo y pesadumbre] el pescado, a causa de que comían sin pan y estaban muy flacos.

Después, determinaron subir Paraná arriba, en demanda de bastimento, en el cual viaje pasaron tanto trabajo las desdichadas muje-

res, que milagrosamente Dios quiso que viviesen para ver que en ellas estaba la vida de ellos. Todos los servicios del navío los tomaban ellas tan a pecho que se tenía afrentada la que menos hacía que otra, sirviendo para marear la vela y gobernar el navío y sondear de proa y tomar el remo al soldado que no podía bogar, y desagotar el navío [cuando hacía agua], y poniendo por delante a los soldados para que no se desanimasen, les decían que para los hombres eran los trabajos de la guerra. Verdad es que para estas cosas ellas no eran apremiadas, ni las obligaban, y tan solo las hacían por caridad.

Así llegaron a esta ciudad de Asunción, que aunque ahora está muy fértil de bastimentos, por esos días estaba de ellos muy necesitada. Fue necesario entonces que las mujeres volviesen de nuevo a sus trabajos, haciendo plantíos [en el original dice rozas, esto es, quema de árboles para abrir calveros en la selva y preparar la tierra para arrojar el grano] con sus propias manos, sembrando y carpiendo y recogiendo el bastimento sin ayuda de nadie, hasta tanto que los soldados se guarecieran de sus flaquezas y comenzaran a señorear la tierra y adquirir indios e indias para su servicio, hasta ponerse en el estado en que ahora está la tierra.

He querido escribir esto y traerlo a la memoria de Vuestra Alteza para hacerle saber la ingratitud que conmigo se ha usado en esta tierra, porque el presente [es decir las regalías, las encomiendas, las prebendas] se repartió entre la mayor parte de los que hay en ella, así de los antiguos como de los modernos, sin que de mí y mis trabajos se tuviera ningún recuerdo, y me dejaron de fuera, sin darme indios ni ningún género de servicio. Mucho me quisiera encontrar libre, para presentarme personalmente delante de Vuestra Alteza, con los servicios que para Su Majestad he realizado y los agravios que ahora se me hacen. Pero eso no está en mi mano, pues estoy casada con un caballero de Sevilla, que se llama Pedro de Esquivel, que, por servir a Su Majestad ha sido causa que mis trabajos quedasen tan olvidados y se me renovasen de nuevo, porque tres veces le saqué el cuchillo de la garganta, como por allá se sabrá. Suplícole que mande darme mi repartimiento perpetuo, y en gratificación de mis servicios mande que se provea a mi marido de algún cargo, conforme a la calidad de su persona, pues él, de su parte, por sus servicios lo merece”²².

En esta patética y a la vez expresiva misiva Doña Isabel termina pidiendo prebendas al lejano poder transatlántico, como también lo hiciera Villalta en la suya. La posteridad conserva ambos

documentos como pedagógicos testimonios existenciales sobre aquellas tierras del hambre, abiertas a las locas esperanzas y a los amargos desengaños. Asunción, con el tiempo, aquietó la fiebre de los que corrían tras la Sierra de la Plata y los enfrentó a la carnal faena del mestizaje, a los sueños de vuelo corto, a la modestia cotidiana de una vida que los mancebos de la tierra acriollaron y amañaron para poder medrar en el trópico sudamericano. Pero, como se adelantó y luego se verá con más detalles, el papel civilizador de aquella ciudad fue insigne. Por ello es justo y necesario ensalzarlo en próximos capítulos. En ellos brillan con fuego propio las figuras de Irala, Garay y Hernando Arias de Saavedra, el uno creando una cultura mestiza en el Paraguay y los otros descorriendo el telón de misterio que ocultaba el escenario sobre el cual se iba a desarrollar la peripecia histórica de los charrúas de la Banda Oriental.

Entretanto ¿qué sucedía en el mundo entre los años de 1536 y 1537, fechas respectivas de las fundaciones del Puerto de Nuestra Señora Santa María del Buen Aire por el Adelantado Pedro de Mendoza y de Nuestra Señora Santa María de la Asunción por el capitán Juan Salazar de Espinosa?

En el Nuevo Mundo, Jacques Cartier remonta las aguas del San Lorenzo, iniciando así la colonización del Canadá francés, mientras el español Jiménez de Quesada y sus desarrapados, que habían navegado aguas arriba el curso del río Magdalena, trepan a la meseta de Bogotá para iniciar el saqueo del tesoro de las muiscas. En Europa, Enrique VIII le hace cortar la cabeza a Ana Boleña al par que el principado de Gales es incorporado a Inglaterra. Los daneses se convierten al luteranismo, por gracia de una resolución del Parlamento, en tanto que el eterno indeciso y notable humanista Erasmo de Rotterdam entrega su alma al Creador. También muere, a raíz de una pedrada en la cabeza mientras sitiaba una ciudad, el poeta soldado Garcilaso de la Vega. Escondido en la penumbra de las recámaras, Paracelso, mitad científico, mitad mago, escribe su *Grande medicina milagrosa*, y allá lejos y al aire libre de la perpetua guerra entre los hombres, luego de navegar por las aguas color violeta del Mediterráneo, el pirata Barbarroja se apodera nuevamente de Bizerta mientras que en el Celeste Imperio el piadoso Chetsung incendia, derrumba y destruye hasta los cimientos a los templos budistas.

En el año de 1537 Paracelso vuelve a la carga y escribe su *Astronomía magna*, es decir, una filosofía de la naturaleza según su premonitoria visión del mundo. De espaldas al saber de los magos y los alquimistas, porque dedicaba todo su tiempo a la conquista del poder, Cosme de Médicis comienza a regir los destinos de Florencia. Y en el fragor del combate entre los turcos y los venecianos que luchan para adueñarse del canal de Otranto, un experto en el arte de la guerra, Niccolo Tartaglia, escribe, para servir a la vez al César y a Dios, porque se trata de aniquilar a los infieles, su tratado de balística, al que bautiza con el premonitorio cuanto ambiguo nombre de *Nuove Scienza*.

Mucho más se podría decir de lo que pasaba por entonces en el convulso tercer planeta poblado por esa especie de alimaña bípeda e implume, que no es ni un ángel caído ni un antropoide erguido, autodenominada *Homo sapiens sapiens*. Pero como nuestro tema gira en derredor de la cuenca rioplatense y la Banda Oriental, a él regresamos sin más dilaciones.

II

Ortiz de Zárate y los charrúas: La *Ilíada* indiana

Puede parecer pomposa e inadecuada la denominación de este capítulo. Pero lo cierto es que allá por el mes de diciembre del año de 1573 y principios del de 1574 hubo en la esquina Sudoccidental de nuestro actual país una serie de acciones épicas que marcaron el futuro destino de los charrúas.

En dichas acciones primeramente salieron gananciosos los indios, al igual que los troyanos durante la cólera de Aquiles y su abandono del frente de guerra. Pero en la segunda etapa de la confrontación, luego de la llegada de Garay y sus jinetes, el triunfo español reproduce lo sucedido con la victoria de las armas griegas cuando, después de la muerte de Patroclo, el camarada de Aquiles, este regresa al campo de combate e impone su furor combatiente, inclinando la balanza a favor de los helenos.

Esta doble peripecia marcial fue cantada por Homero, el aedo jonio, en su famosa *Ilíada*, escrita unos ocho siglos antes de la Era Cristiana, y en el siglo XVI después de Jesucristo, por uno de esos verseadores que “hipan y sudan” para construir sus composiciones, como ironizaba Cervantes. Dicho personaje, un escritor de tercera fila, fue el Arcediano Martín del Barco Centenera, autor de un largo poema donde lo épico figura en medio de una barahúnda de otros pintorescos temas, denominado *Argentina y Conquista del Río de la Plata*¹.

Pese al abismo existente entre ambos productos literarios, el del griego y el del español, no puede negarse que el primer gran choque militar entre los charrúas de esta Banda y dos destacamentos de expedicionarios, uno venido de la Península —el vencido por los indios— y otro proveniente del solar paraguayo, si bien afincado en ese momento en la recién fundada Santa Fe —el vencedor de los indios— fue narrado en octavas reales grandilocuentes, y por lo general menesterosas de inspiración y poesía, por un sacerdote que acompañó al Quinto Adelantado nombrado por la Corona,

aunque en puridad fuera el tercero que efectivamente se hizo cargo de la gobernación en estas tierras².

Aquel Arcediano, que oficiaba como Capellán de la Armada colonizadora española y se las daba de poeta, narró las vicisitudes del torpe Adelantado que comandaba la numerosa expedición destinada a poblar la hasta entonces abandonada Banda Oriental, un engramillado coto de caza en manos de los indios de varias etnias. Dicho Adelantado era el vizcaíno Juan Ortiz de Zárate, un vasco empecinado si los hubo, y por añadidura sin dotes de mando.

La presencia de este representante de la Corona respondía a una nueva actitud de los españoles con respecto a su actividad militar y civil en el Río de la Plata. Se trataba ahora de poblar, de colonizar, de traer gentes, semillas y animales domésticos para echar raíces en las hasta entonces consideradas "*tierras de ningún provecho*", por contraposición a las "*ricas en plata y oro*" de México y Perú.

La nueva actitud con respecto al que iba a ser nuestro territorio se había puesto de manifiesto anteriormente con la fundación, o las fundaciones, de San Juan, una avanzadilla de pobladores venidos desde Asunción del Paraguay, gracias al espíritu prospectivo de Irala. Una segura San Juan de 1542 y otra, al parecer improbable, de 1552, ambas establecidas por el capitán Juan Romero y representadas por modestas rancherías y escasas sementeras, trataron de subsistir al ataque constante de los charrúas hasta su definitivo abandono. Un historiador argentino, Paul Groussac, cree que la segunda San Juan, asentada como la anterior en el Departamento de Colonia, fue el producto de la inventiva de Rui Díaz de Guzmán³. Este historiador, un criollo paraguayo, cuenta así el referido hecho:

"Después que el General Domingo Martínez de Irala volvió de la Mala Entrada⁴, propuso a los Oficiales Reales la grande importancia que había de tener poblado un puerto para escala de las embarcaciones en la entrada del Río de la Plata; y de común acuerdo determinaron se fuese a poblar, y para ello nombraron al Capitán Romero, hombre principal y honrado, con ciento y tantos soldados. Salió de la Asunción en dos bergantines hasta ponerse en el paraje de Buenos Aires; y tomando a mano izquierda a la parte del norte, pasó por junto de la isla de San Gabriel, y entró por el río del Uruguay, donde a dos leguas surgió en el de San Juan, y allí deter-

minó hacer la fundación que le estaba cometida, para lo cual nombró competentes Oficiales y Regidores, llamándola ciudad de San Juan, de que tomó nombre aquel río. Pasado algún tiempo los naturales de aquella tierra procuraron impedir la fundación, haciendo muchos asaltos a los españoles, de modo que no les daban lugar para hacer sus sementeras. Por cuya causa y la del poco seguro socorro que tenían, padecían grande necesidad y hambre, y haciéndole saber Juan Romero a Domingo de Irala, fue acordado despachar una persona de satisfacción, para que viese y considerase el estado de este negocio”⁵.

Llegó la persona despachada para auxiliar a los menesterosos habitantes de San Juan, un tal Alonso Riquelme, al mando de un navío llamado La Galera y sesenta soldados para comprobar el desastroso resultado de aquel “negocio”, en el entendido que negocio significa la negativa del ocio, o sea el ajetreo. ¡Y vaya que hubo ajetreo, y mayúsculo! Luego de innumerables y cotidianos percances aquella gente sanjuanina, “*muy enflaquecida*” y de continuo hostilizada por los charrúas y otros indios de la región, pues por allí merodeaban de continuo los guaraníes del Delta y los chaná-timbú-beguá, pudo retornar a sus hogares asunceños. Una vez más los naturales de la empastada comarca, recorrida por pedregosas cuchillas y tatuada por miles de corrientes de agua, habían impedido los intentos de conquista y colonización llevados a cabo esta vez desde el epicentro paraguayo, sembrador de ciudades.

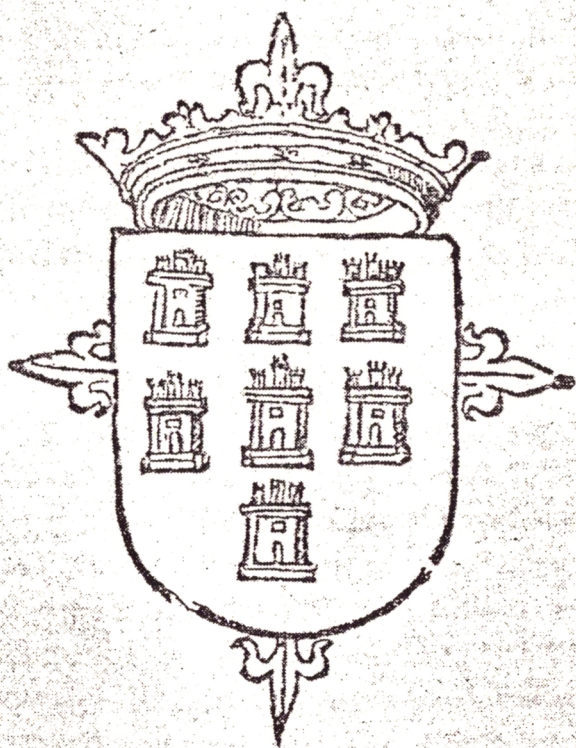
Comienza, veintiún años después de este episodio, que si no fue verdadero por lo menos confirma, en tanto que síntoma, los intentos de colonización centrífuga emprendida por los españoles y criollos radicados en Asunción, una nueva aventura tentada desde la Península Ibérica. No obstante la procedencia transatlántica del nuevo proyecto, Juan Ortiz de Zárate, el principal protagonista de la expedición, ya había residido en el Perú y casado allí con la noble sobrina de una *ñusta*, o sea una princesa incaica, que, por esos vericuetos del destino amerindio, sería también antepasada de Artigas⁶.

Luego de haber acordado con la Corona las cláusulas de su Adelantazgo, entre las cuales figuraban el compromiso de fundar cuatro pueblos “*para que los naturales de dicha tierra estén con más sujeción y quietud*”, zarpa Ortiz de Zárate de San Lúcar de Barrameda rumbo al Plata el 17 de octubre del año de 1572. Seis-

ARGENTINA Y CONQVISTA DEL RIO DE LA PLATA, CON OTROS ACAE.

cimientos de los Reynos del Peru, Tucuman, y esta-
do del Brasil, por el Arcediano don Martin del
Barco Centenera.

*Dirigida a don Cristonval de Mora, Marques de Castel Ro-
drigo, Virrey, Gouernador, y Capitan general de Portu-
gal, por el Rey Philipo III. nuestro Señor.*



Con licencia, En Lisboa, Por Pedro Crasbeeck. 1602.

cientos eran los embarcados entre los matrimonios, marinos, soldados, especialistas en oficios varios y padres franciscanos, de los cuales venían veintiuno. Viajaba también, como Capellán, el ya citado Martín del Barco Centenera, quien dos decenios después escribió una crónica poética dando cuenta de los sucesos del viaje. Esta evocación rimada fue posible gracias a los buenos oficios de una caudalosa imaginación y un etnocentrista espíritu observador, y todo ello traído a cuenta, junto y revuelto a la vez, por el magín memorioso del cronista, muy a menudo escapado hacia el reino de la fantasía.

Esta nutrida carga humana y los consabidos trebejos para la guerra y la labranza, ocuparon cinco navíos. No llegaron indemnes al prefijado destino, como casi siempre sucedía en aquellas travesías acechadas por la enfermedad y azotadas por las tormentas:

*"La mar sube por cima las estrellas
Los cielos hacia abajo se bajaban;
Las olas parecía que centellas
Por cima de las aguas arrojaban.
Lloraban las mujeres y doncellas;
Los hombres grande grito levantaban..."*

Así narran las octavas reales⁷ del Arcediano una de las tempestades padecidas por la flota, que al cabo perdió un navío en las costas del Brasil, aunque su tripulación se salvó y avisó a Rui Díaz Melgarejo, entonces por esos lugares, que Ortiz de Zárate se encaminaba al Plata. Como se verá luego, esta noticia resultó providencial para los expedicionarios que recalaron en nuestras comarcas.

El 26 de noviembre del año de 1573, según la carta de Hernando de Montalvo, a la que volveré más tarde, y luego de un viaje lleno de sinsabores, llegan las cuatro naves restantes hasta San Gabriel, en el actual departamento de Colonia. Allí un viento huracanado, meteoro habitual en las clásicas pamperadas de la zona, barrió a la nave capitana, la empujó hacia la orilla, y la puso "al través"⁸ en la ribera coloniense. Alrededor de esta improvisada fortaleza de madera se instalaron los recién llegados, quienes levantaron precarias chozas y una empalizada de palo a pique a modo de muralla: "*Y así quedando hecha fortaleza! La gente sale a tierra sin pereza*".

Pero no solo la Capitana queda varada en tierra. La Almirante, anclada en un lugar de bajos fondos, al descender las aguas también se recuesta y encalla.

Los charrúas, mezclados con los guaraníes que por entonces figuraban como aliados en ese hacerse y deshacerse de pactos de amistad y mutua ayuda indígenas, se acercan a los recién venidos. No los atacan ni los hostigan. Los agasajan, ofreciéndoles lo mejor de su pesca y caza. Se equivoca el Arcediano cuando expresa que los mueve el temor de ver tanta gente armada. Todo lo contrario: los anima la hospitalidad con que siempre han recibido a los extraños personajes de piel blanca y recubiertos de metal que venían encaramados en islas de madera flotantes y andantes:

*"Estando Capitana y Almirante
Entrambas al través, sale la gente
A tierra, do se aloja alegre y planta
Haciendo sus chozuelas prestamente.
El Zapicano ejército se espanta
De ver tantos cristianos de presente,
Y acuden con gran copia de venados
Avestruces y sábalos, dorados".*

No hay tal Zapicano ejército en derredor de los recién llegados. Nadie viene en son de guerra ni con avíos marciales. Acude a la playa una multitud de indígenas para recibir a los españoles. Y no tienen temor ni espanto, pues de lo contrario hubieran huido tierra adentro. Cumplen con una regla de cortesía, con el canon de la hospitalidad. No lloran como los chaná-timbú-beguá, que viera Lopes de Sousa en Maldonado, para agasajar a los extranjeros con un ritual de bienvenida, o sea la "salutación lacrimosa" común a muchas tribus guaraníes y guaranizadas.

Realiza de inmediato el Arcediano la que ha resultado ser la primera descripción detallada de algunos rasgos culturales de la etnia charrúa. García de Moguer los había designado respectivamente *chaurrucies* y *charruases*, señalando su ubicación y hábitos alimenticios, entre los cuales no figuraba el consumo de carne humana. Luis Ramírez nada había dicho sobre ellos; más aun, no los había siquiera citado en la carta a su padre. Lopes de Sousa, que recorrió todo el litoral platense, tampoco los nombra, aunque los indios emplumados y pintados de las costas de San José que salieron a su encuentro desde sus casas de estera probablemente fueran

charrúas. Ulrich Schmidel, por su parte, ofrece una estimación de los hombres de armas —unos dos mil— existentes entre los *zechuruas* y agrega unos someros detalles acerca del vestido femenino, aclarando luego que tales indios solo comen carne y pescado.

En la epopeya del Arcediano estos bravos indígenas son presentados con más detalles:

*La gente que aquí habita en esta parte
Charuahás se dicen, de gran brío,
A quien ha repartido el fiero Marte
Su fuerza, su valor y poderío.
Lleva entre esta gente el estandarte
Delante del Cacique, que es su tío,
Abayubá, mancebo muy lozano,
Y el Cacique se nombra Zapicano.*

Comienzan a aparecer los sonoros nombres guaraníes que designan a los jefes charrúas. ¿Imposición de la *lingua geral*? ¿Invento de nuestro verseador cronista, seducido por los atractivos guaranismos utilizados por los lenguaraces? ¿Mezcla circunstancial de contingentes charrúas y guaraníes? ¿Nombre interno en idioma charrúa y nombre externo en guaraní, para que el así designado sea reconocido por todos los hablantes del *avañeé*, la “lengua de los hombres verdaderos”? No tiene salida este intríngulis, que va más allá de un mero asunto idiomático. Lo cierto es que por ese entonces charrúas y guaraníes tenían buenas relaciones y las pusieron de manifiesto en la lucha que estalló prontamente por obra y gracia de la ignorante arrogancia de Ortiz de Zárate y la debilidad de su contingente armado.

Del Barco Centenera caracteriza a los charrúas con encendidos versos:

*Es gente muy crecida y animosa,
Empero sin labranza y sementera;
En guerras y batallas, belicosa
Osada y atrevida en gran manera
En siéndoles la parte ya enfadada.
Do viven la desechan, que de estera.
La casa solamente es fabricada
Y así presto do quieren es mudada.*

Los charrúas son cazadores, pescadores y recolectores. No cultivan la tierra ni tienen secretas sementeras de mandioca y otros cultígenos en los calveros de los bosques nativos formados por

CANT. XV.

Fortuna si quisieres estar queda,
 Quan presto el Charuaba se acabaria,
 Si el Capitan Garay viera tu rueda,
 Con su lanca bien se la clauaria:
 En vn cerro vna esquadra estaua queda
 De Indios a la mira que baria,
 El Capitan por ellos va rompiendo,
 Y en el todos a puja rebatiendo.

Rompiolos, y al rompellos fue berido,
 Miraronle los Indios si caya,
 Y viendo como en tierra no ha caydo,
 Sin orden cada qual alli buya,
 El Capitan tras ellos ha corrido,
 En esto su caualllo ha falecido,
 Y muerto feneciose la pelea,
 De quel Indio no poco se recrea.

Acuden los soldados como vieron
 Caer su Capitan con el caualllo,
 Depresto en otro al punto le pusieron,
 Procuran al real luego lleuallo:
 Los barbaros al punto se huyeron,
 La trompa a recoger toca: dexallo
 Conuiene al enemigo, en estos cuentos
 Murieron segun vi mas de dozientos.

Reco.

 SALA URUGUAY
BIBLIOTECA NACIONAL


árboles retacones, de hoja dura y brillante, dispuestos en franjas a lo largo de los ríos. Esta vegetación no corresponde a la de la selva, como recientemente ha escrito Carlos Maggi al referirse al escenario habitual de las juveniles andanzas de Artigas, que mejor convendría ubicarlas en la penillanura herbácea que ocupa el 90% de la superficie de nuestro territorio. La selva, o mejor la pluvisilva, es decir, la vegetación trópico-ecuatorial de gran porte, característica de una zona climática cálida y húmeda llamada *Sylva Horrida* por el naturalista Martius, no pudo prosperar nunca en estas latitudes. Las cosas por su nombre, pues.

Coinciden García, Schmidel y del Barco Centenera al comprobar que los charrúas no practicaban el cultivo. No es cierto, por consiguiente, que los charrúas fueran en un principio incipientes plantadores —y no agricultores u horticultores, pues la agricultura utiliza el arado y el abono mientras que la horticultura suma a éste la azada y la irrigación— ni que la embestida española los haya arrojado de sus tierras de labor. Quienes así lo afirman no saben un jeme de etnología ni han leído a los cronistas. Estos lejanos testigos, si bien yerran muchas veces en sus juicios de valor, obsesados por la principalía del “nosotros”, aciertan casi siempre en sus juicios de realidad. Claro que a veces describen el signo sin comprender el significado del símbolo subyacente, trabucando de tal modo, y sin quererlo, la realidad: Schmidel, como ya se dijo, confunde con heridas los tatuajes y pinturas faciales de las mujeres de la etnia chaná-timbú-beguá. Pero para interpretar estas pifias están los antropólogos, y no los indigenistas aficionados, que anteponen la opinión subjetiva a la realidad objetiva. En cuanto a las casas de esteras, esta modalidad constructiva, derivada del paravientos, fue común entre los pueblos litorales de la cuenca rioplatense, próximos a los remansos y bañados, abundantes en juncuales. Hecha esta necesaria pausa, sigamos con la caracterización de los charrúas:

*Tan sueltos y ligeros son que alcanzan
Corriendo por los campos los venados,
Tras fuertes avestruces se abalanzan
Hasta de ellos se ver apoderados:
Con unas bolas que usan los alcanzan
Si ven que están a lejos apartados,
Y tienen en la mano tal destreza
Que aciertan con la bola en la cabeza.*

Sobre la velocidad de los indios de las llanuras y penillanuras rioplatenses coinciden los cronistas en que eran capaces de alcanzar a los venados. Pero quizá olvidan decirnos que esta hazaña no se cumplía a campo traviesa. Las técnicas del ojeo, que consisten en quemar el pasto o espantar los animales mediante el concurso del grupo de cazadores hacia las rinconadas formadas por las corrientes de agua, facilitarían aquella hazaña cinegética. Los herbívoros, así cercados, entrechocándose, sin espacio para armar la carrera, entonces sí podían ser corridos y alcanzados a pie. En cuanto al boleó del ñandú me parece que el buen Arcediano yerra. Con dos o tres bolas unidas entre sí con los consabidos tientos es posible atrapar las patas del ave corredora y derribarla. Pero que una sola bola le pueda acertar en la cabeza a un ejemplar de esta especie, gambeteadora por excelencia, ya suena como demasiado virtuoso, y aun como fantástico. Con dos o tres bolas, en las que una de ellas sirve de "manija", todo lo demás es posible, y así lo apunta el cronista:

*A cien pasos que es cosa monstruosa
Apunta el Charuaha adonde quiere,
Y no yerra ni un punto aquella cosa
Que tira, que do apunta allí la hiere;
Entre ellos aquel es de fama honrosa,
A cuyas manos gente mucha muere,
Y tantas cuantos mata cuchilladas,
En su cuerpo se deja señaladas.*

En esta octava real se habla de dos cosas distintas. Por un lado se insiste en la puntería del charrúa con las bolas o boleadoras y por el otro se anota un rasgo que nadie después ha repetido. Se trata de las marcas que los guerreros se hacían a cuchilladas en sus cuerpos para llevar la contabilidad de los enemigos muertos. Sobre este particular puedo ofrecer un ejemplo, aunque de signo contrario. Un charrúa sobreviviente de las encerronas de la Cueva del Tigre (Salsipuedes) y Mataojo, recogido por mi abuelo en su casa de Buricayupí, Paysandú, cuando ya tenía alrededor de ochenta años, exhibía las orejas secas de los enemigos que había matado y reyunado luego. En este caso se trata de una contabilidad inversa, es decir, no practicada en el propio cuerpo sino con el de quien había sido su víctima. No obstante, debe considerarse como un hábito particular y no como una costumbre generalizada.

Cabe pensar también, y por aquí el razonamiento va con mejor rumbo, que el origen de las heridas fue mal interpretado por el Arcediano. En efecto, los charrúas se inferían heridas en los brazos, atravesando las carnes con palos aguzados, cuando moría un pariente. Se trataba de un ritual integrante de la funebria y no de la ostentación de su calidad de eficientes matarifes.

Sigue el vate con su caracterización de la etnia charrúa, aunque lo que va a leerse colinda con el territorio de la pura imaginación, dado que nadie, ni antes ni después, describió entre nuestros indios esta extraña práctica del *scalp*, o sea la extracción del pericráneo con el cuero cabelludo a él adherido:

*Mas por eso no dejan de quitarle
Al cuerpo del que mata algún despojo,
No sólo se contenta con llevarle
Las armas o vestido al que echa el ojo.
Que el pellejo acostumbra a desollarle
Del rostro, qué maldito y crudo antojo,
Que en muestra de que sale con victoria
La piel lleva y la guarda por memoria.*

Sobre esta práctica vuelve el Padre Lozano, quien al referirse a las “bárbaras” costumbres de los charrúas, dos siglos después de lo expresado por del Barco Centenera, escribe: “*Los títulos de mayor nobleza son haber ejecutado más muertes en sus enemigos, a quienes, en matando, desollaban la piel de la cabeza, y las guardaban como perpetuos blasones*”⁹.

Todavía resta un testimonio, esta vez de nuestro conocido Ulrico Schmidel, quien, en el capítulo 41 de su crónica atribuye a los *guatatas* (mataguayos o matabos), una nación de origen pámpido, y por ello emparentada somáticamente y culturalmente con los charrúas, semejante modo de engrandecer su valor mediante la extracción y exhibición de las pelambres de los contendientes caídos en el combate. A pesar de esta coincidencia, repito que ningún cronista, salvo del Barco Centenera, describió la inclinación de los charrúas a coleccionar tan macabros trofeos. Un autor uruguayo que tuvo la excelente idea de escribir un estudio sobre el Arcediano y su epopeya, cree firmemente en la existencia de tan espantable costumbre entre los charrúas¹⁰.

Pero no nos alarmemos demasiado, sea cierta o no la práctica de dicho ritual guerrero. Los descendientes de los piadosos Padres

Fundadores de los futuros Estados Unidos de Norteamérica, aquellos que dijeron que “el indio bueno es el indio muerto”, pagaban el equivalente de un dólar por la cabellera de un adulto y medio dólar por la de un niño de la población nativa que habitaba por ese entonces entre los Apalaches y el Atlántico. Y sin ir tan lejos, existen legendarios (¿o míticos?) testimonios acerca del tratamiento que los indios “no bautizados” –los infieles ajenos a la etnia guaraní– daban a sus enemigos en el Paraguay, según narra en su carta al rey el Padre Martín González en el año de 1575:

“Y además de esto sabrá Vuestra Alteza que [...] los dichos indios no bautizados suelen llevar a los otros indios que cautivan y toman en la guerra delante del Gobernador o Capitán General [el tubichá o caci-que] que va a la dicha guerra, y el dicho Gobernador o Capitán los manda desollar las caras y cortar las orejas y las manos. Y a otros les desuellan las cabezas estando vivos y se llevan el cuero de ellos los indios no bautizados para ponerlos por grandeza en la puerta de sus casas. Y así los envían a sus tierras entre sus parientes para que les pongan temor y espanto. A otros les atan los pies y las manos a las colas de cuatro caballos y tirando cada uno para su parte les hacen cuatro cuartos estando vivos. Y a otros les hacen otros tormentos que no es lícito declararlos aquí”

En otra parte del poema, su autor acentúa la crueldad de los charrúas al afirmar que tratan a los cautivos con saña sanguinaria, pues... *sácanle los ojos, pies y manos/ le cortan con malvada y cruel crudeza...*

No termina aquí el denuesto del religioso al repertorio cultural de los charrúas. Hay algo peor, a su juicio, pues se trata de castigos infligidos en el propio cuerpo:

*Otra costumbre tienen aun más mala
Aquestos Charuahaes, que en muriendo
Algún pariente, hacen luego cala,
En sí propios su carne dividiendo
Que de manos y pies se corta y tala
El número de dedos, que perdiendo
De propincuos parientes va en su vida
El Charruaha por orden y medida.*

Aquí se hace referencia a lo antes anotado acerca de las cicatrices que registraban el inventario de las muertes causadas a los enemigos.

Pero ahora describe puntualmente la "tala", el martirio de la propia carne en signo de duelo. Yo pienso que no se trata de dos cosas diferentes sino de una exageración del cronista, que si bien podía dar cuenta de las costumbres indígenas no todas las veces supo interpretar lo visto. Las cosas no son lo que parecen, como lo han afirmado los filósofos y comprobado los hombres al advertir que más de una vez, a lo largo de su vida, han confundido la cáscara con el grano y el vestido con el cuerpo.

La costumbre de cortarse las falanges de los dedos de ambas manos fue documentada por muchos cronistas e historiadores de los charrúas. Pero eso de cortarse los dedos de los pies ya suena a disparate. La carencia de falanges en los dedos de los pies impide caminar. Y aquellos nómadas impenitentes, que recorrían grandes distancias dentro y fuera de la que es hoy la superficie del Uruguay, necesitaban de sus pies para nomadizar a campo traviesa, para moverse en el monte "como los gatos", al decir de Bernabé Rivera, y para el ataque o la fuga, según la circunstancia.

Ya los charrúas han quedado presentados. Lo que viene ahora es el comienzo de una epopeya de tres siglos. Así como la *Ilíada*, recordada al principio, cuenta la cólera de Aquiles, a quien Agamenón, jefe de los aqueos, le había quitado la esclava Criseida, "la de hermosas mejillas", y tras ello los sucesos acaecidos en noventa y un días de lucha entre griegos y troyanos, esta saga rioplatense, puesta en verso endecasílabo por el Arcediano del Barco Centenera, describe el primer gran choque bélico entre los españoles y los dueños indígenas de este suelo, que por entonces no era uruguayo sino parte de una innominada extensión de la cuenca rioplatense. Es en las solitarias comarcas del actual departamento de Colonia donde se ubica el escenario de las dos grandes batallas entre los intrusos europeos y los hijos de América pradiál, la de las inmensas llanuras empastadas y cuchillas de suaves relieves. Del Barco Centenera, al igual que Ercilla en *La Araucana*, procura narrar los sucesos promovidos por la resistencia de un pueblo, el charrúa, tan fiero y celoso de su libertad como los antiguos mapuches aposentados en el Sur de Chile, quienes por igual levantaron una muralla de cuerpos y de espíritus ante la fuerza, la destreza, la audacia y la crueldad de la conquista española.

¿Cómo y cuándo salta la chispa que incendia los ánimos y precipita el choque armado entre los invasores y los indios? Todo

indica que se trató de un acontecimiento fortuito, aunque no tan insignificante según el parecer de Bauzá.

En efecto, un grumete azotado por el Adelantado a raíz de un hurto, huye en una canoa indígena que Ortiz de Zárate cuidaba celosamente, más como medio de transporte acuático que como trofeo, y rema hacia la parte de la costa donde se halla el campamento charrúa. Los indios lo acogen con su habitual hospitalidad, reiterada a lo largo de su historia, aun en los momentos más críticos. Obedientes a esa norma no acceden al pedido de devolución del huésped tal como, arrogantemente, exigen los españoles. Ignorantes del carácter sagrado que los charrúas atribuían a los refugiados en sus tolderías, Ortiz de Zárate y su estado mayor entran en cólera y, acto seguido, aplican la ley de Talión, es decir, ojo por ojo y diente por diente. Entonces, para forzar el retorno del desertor mediante un canje, capturan a un sobrino, o un primo según otras versiones, del cacique Zapicán. Este prisionero es un muchachito de dieciséis años, de nombre Abayubá, todo un guerrero no obstante su poca edad.

Los charrúas, consternados y alarmados a un tiempo, procuran parlamentar. Zapicán reúne veinte hombres de consejo, es decir, un grupo de jefes que representan el poder tranquilo y el espíritu deliberante de la tribu, los hace acompañar por un lenguaraz guaraní que les servirá de intérprete, y envía esos embajadores al real español. Procurarán explicar a los extranjeros recién venidos que la ruptura de las normas de hospitalidad supone una transgresión moral, y que el secuestro de Abayubá, a quien reclaman, configura una represalia no merecida. Ortiz de Zárate permanece irreductible. No escucha las razones indígenas, despidе a los emisarios de modo destemplado y, por añadidura, para rematar sus desaciertos, toma prisionero al lenguaraz guaraní.

Los charrúas se exasperan, aunque insisten con la vía diplomática, y esta vez a mayor nivel representativo. La cosa será de jefe a jefe. Zapicán en persona se entrevista con Ortiz de Zárate, pide la libertad de Abayubá y acompaña su pedido con una gran cantidad de víveres, producto de la caza y de la pesca. Los hambrientos españoles se ablandan y se avienen a entregar al muchacho cautivo, que es muy amado por los suyos. Pero insisten en el mecanismo del canje. Devolverán a Abayubá si los indios hacen lo mismo con el marinero desertor y la codiciada canoa. Metidos en un bre-

te, los charrúas acceden al trueque pero cambian de talante y actitud. Se acaba la pacífica convivencia de los intrusos con los dueños de la tierra. Luego de cortar el envío de provisiones se realiza un consejo de notables, y, de acuerdo con su resolución, Zapicán y los suyos toman el camino de la guerra.

Los charrúas no eran tan simples ni tan bárbaros como las crónicas o historias escritas por los españoles nos lo presentan. Antes de lanzarse al combate trazaron un cuidadoso plan de operaciones.

En primer lugar había que evitar la llegada de refuerzos. Sabían los charrúas que los españoles asentados en la recién fundada Santa Fe (1573) y en Asunción podían desplazar fuerzas hacia el Sur, para ayudar a Ortiz de Zárate, en caso de que fuera atacado. Entonces había que echar mano a maniobras diversionistas, y así lo hicieron con astucia y tino.

El desarrollo de este plan fue narrado por Francisco Bauzá, quien, siguiendo casi al pie de la letra el lenguaje emperifollado de los viejos cronistas e historiadores, lo describe con lujo de detalles:

“Para realizar [Zapicán] su bien meditado proyecto, tuvo vistas con Yamandú, caudillo isleño del Paraná [era el cacique —o mejor tubichá, pues esta voz es propia del *avañeé* y aquella pertenece a los arawacos antillanos— de los guaraníes deltaicos o chandules] quien comprendió perfectamente la idea del charrúa y se prestó a secundarla. Convinieron ambos, pues, que Yamandú se presentase a los españoles de Zárate con la oferta de servirles de correo para noticiar cuanto sucediese a las gentes de Juan de Garay, que poblaban la ciudad de Santa Fe en esos momentos. Bajo el resguardo de esta comisión Yamandú debía de comunicar su paso a Terú, caudillo de las islas del río de la Plata, las ideas de Zapicán, convidándolo a alzarse contra Garay, para imposibilitarle socorrer al Adelantado. Corría de la discreción de Yamandú, el detener o entregar la correspondencia que Zárate le confiase, según la oportunidad le pareciera conveniente, aguijoneando siempre a Terú para que pusiese en confusión a los españoles de Garay con un rápido y atrevido alzamiento. La diligencia del enviado acreditó luego su discreción así como la suspicacia del individuo a quien se dirigía: Terú se alzó en armas contra los españoles y Garay se encontró sitiado en Santa Fe, reducido al espacio que ocupaba, y obligado a poner en contribución las dotes sobresalientes de su valor a prueba de contrariedades.

Desembarazado de las principales atenciones y habiendo tomado aquellas medidas que la prudencia aconsejaba, pudo Zapicán comenzar sus hostilidades en gran escala. Preveía que la escasez de víveres obligaría a los españoles a alejarse de su campamento fortificado, y esperaba batirles entonces con ventaja. No se equivocó en sus cálculos; 40 españoles, empujados por la necesidad, abandonaron las trincheras de San Gabriel y se internaron a forrajear tierra adentro. Zapicán, que le esperaba, salió de improviso al llano, y ordenando a los suyos una evolución militar que cercó completamente al enemigo, comenzó la batalla"¹¹.

¿Fue realmente así como efectivamente tejieron esta trama los indios comandados por el astuto Zapicán? En las frases de Bauzá resuena lo dicho por del Barco Centenera, luego glosado por el padre Lozano¹², pero existe otro testimonio contemporáneo escrito secamente y por ende menos detallado, en el que se ofrecen también algunos datos etnográficos acerca de los indígenas ubicados en los alrededores de San Gabriel. El redactor de esta carta, pues de una misiva se trata, y enviada nada menos que al Rey, fue el tesorero Hernando de Montalvo, quien formaba parte del cuerpo expedicionario, el cual, dicho sea de paso, era un hato de pícaros y menesterosos (*"la escoria de Andalucía"*). En efecto, según informaba Francisco Ortiz de Vera, se trataba de gente tan desvalida *"que en mi vida he visto armada donde tanta pobreza se me presentase de todas partes"*.

La versión de Montalvo, que transcribo al final de este capítulo, es diferente a la clásica de del Barco Centenera, seguida por Lozano y Bauzá, cuyo último destino fue el de las páginas de la otrora muy difundida *Historia Patria* de H.D.

No obstante, lo que en este caso interesa es su caracterización de los charrúas. En primer término, según el decir de Montalvo, se trata de gente "gandul". Esta voz tiene origen árabe. Proviene de *gandur*, muchacho que vive sin trabajar y propenso a tomar las armas. En español significa holgazán, vagabundo. Montalvo califica al charrúa de gandul pues anda de un lado para otro, viviendo de la caza, la recolección y la pesca. Confirma una vez más, desde el arranque, que los charrúas no tenían ninguna especie de cultivos.

Otro rasgo digno de ser tenido en cuenta, según establece Montalvo, es la utilización de fogatas para comunicarse con otros indígenas. De Sousa fue más preciso: se trata de "humos" o, mejor, de

un manejo especial de los mismos mediante el uso de cueros u otros materiales que den paso, intermitentemente, como si fuera una especie de telégrafo Morse visible en los aires, a “humadas” espaciadas de tal modo las unas de las otras que su “lectura”, digámoslo así, permita interpretar el mensaje transmitido. Claro está que esas humaredas controladas son el producto de hogueras alimentadas con ramas y hojas verdes, cuya difícil combustión provoca una gran cantidad de humo.

Estamos ya en estado de gracia para retornar a del Barco Centenera y a su narración de los primeros combates en los que, como ya se dijo, resultaron triunfadores los charrúas:

*Los nuestros por la falta de comida
A yerbas como suelen van un día,
Los indios al encuentro de corrida
Les salen y mataron a porfía
Cuarenta, y el que escapa con la vida
Es porque al enemigo se venía,
A pura pata dos se escabulleron,
Y el caso de esta forma refirieron.*

El poeta explica, a modo de disculpa, que los españoles salidos en procura de alimentos vegetales, cuyo valor nutritivo, apunto yo, es escaso, no llevaban armas pues las que había en el real eran inservibles. No resultaban “de provecho” pues estaban destruidas por el “moho y el orín”. Entonces, con tono dolido, prosigue:

*La más gente que a yerbas ha salido
Sin armas, y sin fuerzas, y sin brío,
Con solos los costales han partido,
Los más casi desnudos y con frío,
Pues llega el Abayuba encrudecido,
A su lado, con él viene su tío,
Y entrambos tal estrago van haciendo
Que las yerbas del campo van tiñendo.*

Le faltó decir al poetastro que las yerbas se van tiñendo con la derramada sangre española, pero la cosa se sobreentien- de. Los dos sobrevivientes que huyeron “a pura pata” le cuentan al Adelantado la suerte corrida por sus compañeros. Despacha éste entonces a Pablo de Santiago con doce hombres. A la patrulla avanzada pronto se suman los cincuenta soldados del Sargento Mayor Martín Pinedo. Amedrentado aquél al encon-

trarse con el tendal de españoles muertos, quiere volver caras, pero el Sargento Mayor lo trata de cobarde, y en el momento que están desenvainando las espadas para entablar un duelo, se les vienen encima los charrúas. La descripción bombástica que hace del Barco Centenera del “ejército” charrúa no se compadece con la realidad de aquella carga a la carrera, acompañada por el intimidatorio aullido de los indios:

*El zapicano ejército venía
Con tropas y bocinas resonando,
Al sol la polvareda oscurecía,
La tierra del tropel está temblando,
De sangre el suelo todo se cubría,
Y el zapicano ejército gritando
Cantaba la victoria lastimosa
Contra la gente triste, dolorosa*

Describe a continuación el desarrollo del combate y cómo en él van cayendo los capitanes y soldados. Así como Homero narraba las hazañas singulares de los héroes griegos y troyanos, del mismo modo el Arcediano destaca el “crudo estrago” hecho por la fuerza, la destreza y el coraje de Abayubá, de los hermanos Cheliplo y Mililión, del “carnicero” Tabobá, y nombra también a los españoles que sucumben ante la saña guerrera de los indígenas. Más de un lector se habrá preguntado si estos nombres responden a la realidad o si son un puro invento del Arcediano, quien mucho tiempo después de acaecido narra un combate en el que no estuvo presente. Donde calla Montalvo, él fabrica un sonoro repertorio de apelativos guaraníes, casi seguramente brotados de su magín antes que del nomenclátor charrúa.

Del mismo modo los antropólogos serios, más exigentes que los recopiladores de ayer y de hoy que creen ciegamente en la autoridad de la letra, dudan de la existencia de aquella charanga charrúa, representada por trompas y bocinas. Trompas usaban los guaraníes del Paraguay y bocinas o *potutos* —es● es caracoles marinos gigantescos— los indígenas de las culturas andinas. Entre los restos materiales de las antiguas poblaciones indoamericanas que ocupaban la Banda Oriental los arqueólogos no han encontrado ningún indicio de estos instrumentos. Es muy posible que para insuflar dramatismo y magnificencia a la carga de los guerreros charrúas (y sus aliados guaraníes) el Arcediano, cediendo a la ten-

tación de una mentirosa licencia poética, haya extrapolado las fanfarrias de los ejércitos europeos, adjudicando de tal forma a los indios semejantes pompas militares.

Hay un hecho que vale la pena destacar de este encuentro, tan luctuoso para los españoles. Se trata de la resistencia heroica de un espadachín solitario que, mal herido por los enemigos que lo cercaban, es respetado por los charrúas, llevado al campamento, curado por la farmacopea y medicina indígenas, y luego rescatado de las tolderías y devuelto a las vapuleadas filas zaratinas. Sobre la primera parte de este episodio, cuando el corajudo Domingo Lares les hacía la pata ancha a los indios, dice el Arcediano:

*Aquí Domingo Lares valeroso
En sangre, y en valor, y en valentía,
Anduvo con esfuerzo y animoso
Reprimiendo del indio la osadía:
Y viéndole ya andar tan orgulloso,
Los indios acudieron a porfía,
Y a puja a cual más puede le hirieron,
Y quebrado el un brazo le prendieron.*

Detengámonos un instante en este pasaje. El Padre Lozano, sin duda, lo leyó tal cual nosotros los hacemos a partir de un texto que no ha conocido variantes desde que fue impreso. Pero veamos como lo adereza y lo malea:

"A poca distancia, peleaba todavía envuelto en sangre y valor el esforzado Domingo Lares, y recayendo sobre él todos los que habían vencido a sus compañeros, le rindieron al cabo, teniendo cortado un brazo, y admirados de su valentía, le perdonaron la vida y curaron con esmero; que aun en corazones bárbaros y enemigos se sabe el valor granjear la afición y el respeto. Sintióse entre los nuestros gravemente su prisión, porque fuera de ser noble de nacimiento, era muy querido de todos por sus prendas naturales de prudencia, recato y valentía"¹³.

Nada dice el Arcediano sobre la cuna y dotes personales de este valiente ayuda de cámara y criado de Ortiz de Zárate. Lozano se los endosa para adornar su figura con virtudes aristocráticas y por añadidura cambia el brazo quebrado, tal vez por un tiro de bolas, por un brazo cercenado. Esta exageración, sin duda, torna el episodio más heroico y espectacular. Pero tergiversa la verdad. Así se escribe, o mal escribe, la grafohistoria... Estemos prevenidos,

pues: la historia acontecimiento, la de la realidad objetiva, ha sido sometida, desde que se contó o escribió, al error de los mal informados y, sobre todo, a la mala fe de quienes la deforman o callan, según sus intereses o los de sus patrones. Y para terminar, dado que cada generación adereza la historia con los valores y los prejuicios imperantes en su tiempo, veamos cómo resuena esta aventura en el megáfono amplificador de nuestro Bauzá, cuyo fallecimiento acaecido hace cien años se recuerda en este mes de setiembre, mientras redacto estas páginas. He aquí su versión del hecho. Lectura mediante podrá advertirse entonces –“toda historia es historia contemporánea”– a qué recursos retóricos e ideológicos apela nuestro compatriota para narrar desde el punto de vista criollo un episodio que engrandece igualmente a los españoles y a los charrúas, eximidos ahora de la condición de bárbaros atribuida por Lozano.

“Pero antes de concluirse la acción vieron con extrañeza que, sañudo en medio de su silencio y con un brazo de menos [¿quebrado o cortado?], combatía un español contra los enemigos que tenía al frente. Llamábase aquel hombre Domingo Lares, noble de nacimiento y muy amado por sus camaradas por las prendas que adornaban su alma generosa. Sintieron los indígenas a la vista de tan gloriosa desventura, la influencia que ejerce todo designio esforzado sobre los espíritus que aquilatan igual temple, y se levantó por el campo un grito de admiración, verdadero tributo de agasajo con que el patriotismo vencedor saludaba a la intrepidez vencida. Agrupáronse en derredor del bravo que así sostenía el honor de las armas castellanas, y por un movimiento unánime se arrojaron sobre él, llevándole en triunfo a sus chozas, donde fue asistido y cuidado al par de los amigos más fieles”¹⁴.

Regresemos nuevamente al escenario general, terminados ya los combates de los que tan mal parados salieron los españoles.

Después de esta infamante derrota, el Adelantado y sus seguidores, disminuidos en 100 hombres, que así se calcula el número de los caídos en la “doble jornada” de aquel nefasto día, se repliegan a la isla de San Gabriel el día 6 de enero del año de 1574.

Luego de una serie de episodios menores se une a los refugiados el capitán Rui Díaz Melgarejo, un experimentado gallo de riña, un soldado de fortuna, díscolo y caminador, que por todas partes husmeaba para asentar su planta peregrina y el grupo de hombres y mujeres con el que ora navegaba, ora hacía pie en tierra, fasti-

diando a los indios. El arribo del navío con refuerzos y provisiones comandado por un señor de la guerra, alivió la angustia de quienes escapaban a la furia charrúa.

Melgarejo se hizo de inmediato cargo de la situación. Aconsejó el traslado a Martín García, isla más alejada de la costa Norte, y a San Salvador, en tierra firme, donde concentró a las mujeres. Mientras tanto, Juan de Garay, que residía en la por él recién fundada Santa Fe, recibe de "*ciertos indios que [...] tenía por amigos pacificados*" según sus palabras, el pedido de auxilio de Ortiz de Zárate, a quien le contesta por el propio Yamandú y sus acólitos, la cual constituye la primera expedición de correos a cargo de indígenas desde los tiempos de Colón, según anota el padre Sallaberry¹⁵.

No se crea que Garay pudo reunir un gran ejército. Sólo partió con treinta y cuatro hombres, de los cuales veintidós cargaban arcabuces. Pero llevaba consigo los temibles caballos. No obstante, al cabo de la travesía hacia el Sur —la que realiza en balsas donde cargaron la tropa, la caballada, el parque y los aprovisionamientos— había ganado cuatro soldados más y perdido ocho caballos. De tal modo entrarían en combate treinta y nueve hombres, incluyendo al propio Garay, y doce caballos.

Es el momento de volver a del Barco Centenera, quien nos ofrece una detallada y dramática versión del encuentro donde combatieron por un lado media docena de viejos veteranos acompañados por un diestro grupo de "mancebos de la tierra" —mestizos paraguayos—, quienes venían en auxilio del Adelantado, con armas de fuego y caballería, y por el otro los indios, los valerosos representantes del pueblo aborígen, empuñando sus armas primitivas:

*Doce caballos solo se ensillaron,
El Capitán con once compañeros,
Que muchas de las sillas se mojaron,
Salieron veintidós arcabuceros:
Los bárbaros a vista se llegaron
Con orden y aparato de guerreros,
Con trompas, y bocinas, y atambores,
Hundiendo todo el campo y derredores.*

El Arcediano insiste en el orden de combate indígena, concebido a la europea, a cuyo frente se despliega un atronador conjunto

de instrumentos musicales de aire y percusión. Pero Garay, que sí representa la estrategia y la táctica combatientes de los ejércitos disciplinados, traza el plan de batalla y dispone a su gente:

*El capitán mandó que se emboscasen
Los once de a caballo, hasta tanto
Que los alegres bárbaros llegasen
A tiro de arcabuz, porque de espanto
De ver a los caballos no tornasen:
Y el Capitán se puso al otro canto
Con sus arcabuceros, atendiendo,
Y el enemigo vienesa metiendo.*

Mientras Garay realiza su maniobra, para “cebarlos”, los indios, cuya lengua dice entender un poco el Arcediano ausente del combate, como que estaba en Martín García, increpan duramente a los españoles y mestizos:

*Con solo matar veinte de vosotros
Pues sois de tanta fama y nombradía,
La vida por bien dada de nosotros
Tendremos todos juntos este día:
¿Podéis ser más valientes que los otros
Cuyo valor poco ha que fenecía?
Salid a los vengar, acobardados,
Cornudos, mujeriles y apocados.*

Iguals denuestos se lanzaban a los pies de Ilíón los troyanos y los griegos. El Arcediano quiere sazonar su epopeya con todos los elementos empleados por Homero, típicos de los singulares desafíos en el campo de batalla.

Pero no eran solo los charrúas quienes insultaban a los miembros de los ejércitos transatlánticos. Un viejo historiador español, López de Gómara, cita los denuestos que los indios antillanos lanzaban a los recién desembarcados de las carabelas:

“Acudían ...a la marina con armas [...] y voceando reciamente a los nuestros, llamándolos hijos de la espuma del mar, sobre que andaban, o que no tenían padres; hombres desterrados o haraganes, que no paraban en cabo ninguno para cultivar la tierra para tener qué comer; y decían que no querían en su tierra hombres de cabellos en las caras, ni vagamundos que corrompiesen sus antiguas y santas costumbres; y ellos eran muy grandes putos, por lo cual tratan mal a sus mujeres”¹⁶.

Entretanto Garay cree que ha llegado el momento de entrar en combate y, al grito de Santiago, Santiago, se precipita sobre los indígenas, iniciando un "bello lance" que hará entre ellos "gran estrago".

*Seguíanle los once de tal suerte
Que juntos se metieron y mezclaron
En medio el enemigo dando muerte
A todos cuantos indios encontraron,
Rompieron una escuadra grande y fuerte,
En que de setecientos se pasaron,
Salieron de otra banda cien flecheros
Con ánimo gallardo muy ligeros.*

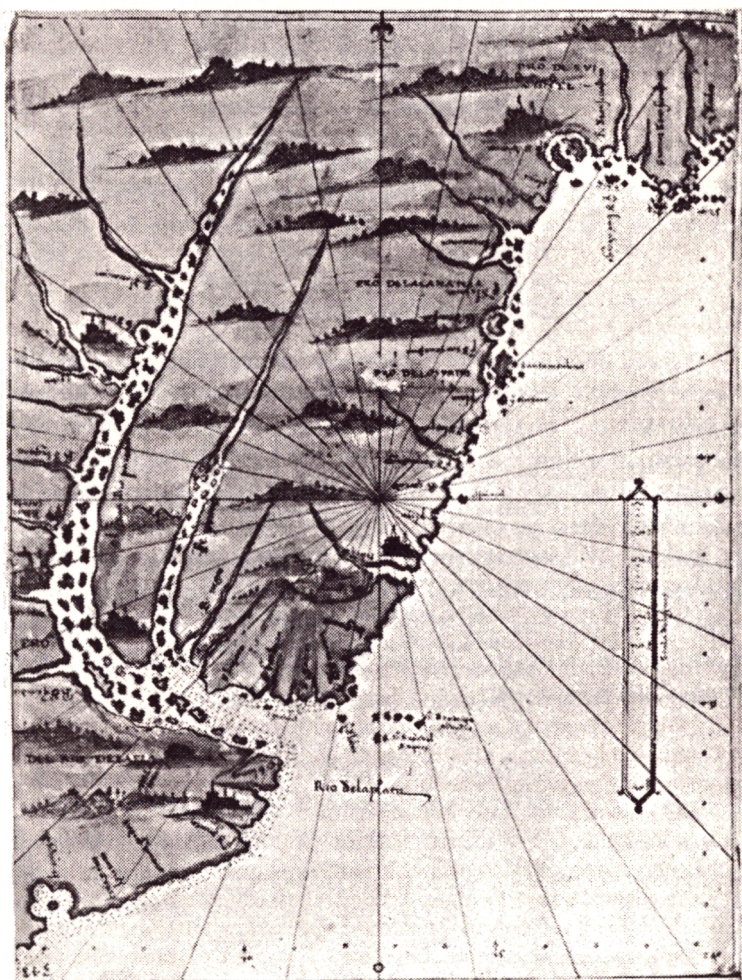
El combate se entabla entre treinta y cuatro españoles y ochocientos indios, según esta versión. Otra, la de Salcedo de Cueva, quien intervino en la batalla, afirma que solamente doce jinetes desbarataron a dos mil indios, sin duda para destacar sus propios méritos en desmedro de la verdad histórica. Lo cierto es que los europeos tenían, a partir de la Reconquista de España, montada una máquina de matar, tal como Cortés lo había demostrado en la batalla de Otumba, donde muy pocos y cansados sobrevivientes de La Noche Triste derrotaron a fuerzas indígenas inmensamente superiores en número. De igual modo sucedió con el puñado de hombres comandados por Garay. Las boleadoras no pudieron esta vez contra la destreza de los lanceros y espadachines, contra el fuego graneado de los arcabuces y, sobre todo, contra el empuje avasallante de los caballos. Una vez más la guazábara¹⁷ indígena hubo de ceder ante el armamento letal y la disciplina militar de los europeos. Pero no nos adelantemos, pues el Arcediano, al mejor estilo épico, nos da detallada cuenta de aquella carnicería:

*Sobre ellos nuestra gente revolviendo
Pelea, y ellos rostro y cara hacen,
Los otros al socorro muy corriendo
Acuden, mas los nuestros los deshacen
volvieron a romperlos, y rompiendo
Los mozos su deseo satisfacen,
Que tantos por el suelo van rodando,
Cuantos caballo y lanza van tocando.*

*Aquí veréis al indio atravesado
Por medio la garganta, y allí junto
El otro todo el casco barrenado,
Saliéndole los sesos luego al punto,*

*Por medio de los pechos traspasado
Estaba Tabobá, y casi difunto,
Y tanto de la lanza se aferraba,
Que ya perderla Leyva imaginaba.*

*Allega Menialvo con su espada
Y dale un golpe tal que desafierra
La lanza al enemigo, y aún pegada
La lanza con la mano deja en tierra,*



Mapa de Rui Díaz de Guzmán, de 1605. Biblioteca Nacional

*El indio ve su mano destrozada,
Y quiere escabullirse de la guerra,
Mas no le da lugar; que tras su mano
Tendido lo dejó Leyva en el llano.*

*Y como recobró Leyva su lanza
Habiendo a Tabobá muerto, con priesa
Revuelve Abayubá sobre él, y lanza
El mozo un bote tal que le atraviesa
El ombligo, y el indio se abalanza
Por la lanza adelante, y hace presa
Con el diente en la rienda, de tal suerte
Que la corta y fenece con la muerte.*

*El viejo Zapicán que ve tendido
A su sobrino en tierra, bien quisiera
En Leyva se vengar, mas ha acudido
El bravo Menialvo, que le diera
Un golpe tan terrible, que partido,
Por medio, por encima la cadera,
en dos partes quedó, fue cuchillada
de brazo poderoso y fuerte espada.*

Acerca de la fuerza y destreza de los espadachines españoles puede acudirse al Poema de Mío Cid. Allí se cuentan hazañas semejantes, con el agregado de que, no obstante la protección de las cotas de mallas, los sarracenos caían a ambos lados de la silla, partidos en dos por los terribles mandobles que les asentaban los castellanos. Pero sigamos con este combate, en todo favorable a las armas españolas, donde se narra la muerte de los más bravos guerreros charrúas, aquellos campeadores indianos bautizados con retumbantes nombres por el poeta español, para sazonar la epopeya con caudillos ilustres, aunque sean “perros”, como los llama en la siguiente octava real:

*Añagualpo que estaba muy pujante
En suerte la ha caído al vizcaíno,
El bravo indio se puso de delante
Con pica que parece un grande pino,
El mozo le encontró luego al instante
Con su lanza, y aún hizo tal camino
Por medio de los pechos de aquel perro,
Que la espalda pasó su fino hierro.
Su lanza sacó tal y tan bermeja,
Que el hierro pura sangre parecía,*

*Dos pasos de este puesto no se aleja
Cuando un indio de fama le seguía,
A esperarle el mancebo se apareja,
Que es indio muy gallardo y de valía
Al mozo ha acometido Yandinoca,
Y el métele la lanza por la boca.*

*Arévalo gallardo va hiriendo
La gente que jamás fue conquistada,
El hierro de su lanza va tiñendo,
En sangre con los sesos mixturada,
Con fuerza va Aguilera discurriendo
Aquí y acá, y allá de una lanzada
Al indio deja tal que parecía
Que el indio so la tierra se hundía.*

Sigue el Arcediano narrando las hazañas del trujillano Mateo Gil y el cordobés Hernán Ruiz, hasta que desemboca en el episodio del valiente Magaluna (Magalona), que a todos se les animaba:

*Con gran fuerza por medio Magaluna
De cinco o seis soldados se metía,
Al encuentro le sale Juan de Osuna
Con su espada, que lanza no traía,
Al mozo favorece la fortuna,
Que el indio con su pica tal venía,
Que si el caballo un brinco no pegara
Por medio de los pechos le pasara.*

*La pica suelta el indio muy corrido,
Y al pecho del caballo se ase y garra,
El mozo que le vido tan asido
La daga de la cinta desamarra,
Con ella fuertemente le ha herido,
Y tanto las entrañas le desgarran,
Que Magaluna altivo, bravo y fuerte
Cayó en tierra herido de la muerte.*

Sigue la enumeración de los héroes singulares y sus hazañas. Así pasan Juan Sánchez, Rasquin y Caraballo. Españoles viejos – Garay ya tenía 47 años cumplidos–, mozos criollos y mancebos de la tierra parecen competir a cual más se distingue en el combate, que cuesta doscientos muertos al contingente indígena, vistos caer por sus ojos según narra el muy mentiroso Arcediano, quien transforma los relatos ofrecidos por los protagonistas en testimonio perso-

nal de la batalla. Antes de terminar el encuentro con los que yo pienso no llegaban a quinientos indios, extrañamente en esta ocasión sin boleadoras, lo que hace sospechar que muchos no eran charrúas, Garay es herido gravemente y de inmediato le matan el caballo. Acuden con premura sus hombres, le ofrecen otra cabalgadura, y puede escapar así de una muerte cierta, de haber quedado a pie.

El relato de Garay es mucho más escueto que el del entusiasta panegirista del coraje y destreza guerrera de los represores. Dice lo siguiente, casi con desgano, sin aludir para nada a su ardor en el combate:

“Castigué y desbaraté a los indios, que habían muerto a los españoles [es decir, a los integrantes de las dos partidas de Ortiz de Zárate, atacados anteriormente por los charrúas] con harto riesgo de mi persona; porque me mataron el caballo y estuve caído y mal herido entre los enemigos, de donde rescaté cinco o seis españoles, que los habían cautivado”.

Es extraño que tanto del Barco Centenera como el Capitán Juan de Garay no hablen de muertos en las filas hispanas. Sin duda que los hubo, pues no podían ser los indios, que multiplicaban por lo menos por diez esa pequeña fuerza de 39 hombres y 12 caballos, tan ineficaces en el combate o estar tan mal armados que sus flechas, lanzas y macanas no hicieran alguna mella entre las filas atacantes.

Antes de dar fin a estos episodios, tan luctuosos para los indígenas, el Arcediano ofrece algunos interesantes datos acerca del prestigio que aureolaba a Zapicán y sobre las tribus serranas que le obedecían y sus aliados paganos, sin duda los guaraníes que, como ya dije, a mi parecer abundaban en el citado combate:

*Recógese la gente muy gozosa
De ver quedar el campo muy poblado
De la soberbia sangre belicosa
Del Indio en estas partes señalado:
Era cierto esta gente muy famosa,
Su fuerza y su valor tan estimado,
Que toda la provincia le temía
Y muy grande respeto le tenía.*

*El Capitán que a todos gobernaba
Fortísimo, y valiente era en la guerra,
Por aquesta razón le respetaba,
Sin su gente gran parte de la tierra,*

*Y aunque él en estos llanos habitaba,
Tenía alguna gente allá en la sierra,
Los cuales a su tiempo le servían,
Y a su mano y dicción siempre acudían.*

*Con esto estaba el perro tan pujante,
Que a todo el mundo junto no temía,
Juzgándose a sí solo por bastante
Contra la tierra toda y Monarquía:
El nombre de Cristiano, y lo restante
Pensaba de acabar solo en un día,
Y no le faltaba ayuda de paganos,
Que vienen de los pueblos más cercanos.*

Ya estamos al final del minúsculo episodio que fue transformado por el poeta español en una *Ilíada* americana. Antes que Dumas llamase Nueva Troya al Montevideo sitiado de la Guerra Grande, del Barco Centenera había exaltado los episodios marciales de una epopeya de bolsillo la cual, empero, posee un singular significado en el área rioplatense. Según el fraile poeta, los indios, escarmentados por la derrota, despueblan el lugar y “temerosos” huyen tierra adentro.

Entonces Ortiz de Zárate se decide a echar raíces, para no desamparar en las bocas del río de la Plata las comunicaciones con Santa Fe y Asunción. En consecuencia, aunque en ello se le había adelantado el previsor Rui Díaz Melgarejo, manda edificar la Ciudad Zaratina a orillas del San Salvador y pretende llamar Nueva Vizcaya a la región abarcada por su adelantazgo. Ninguna de las iniciativas prospera. El caserío, luego de la partida de Ortiz de Zárate hacia Asunción languideció sin remedio, sitiado por los charrúas que no dejaban crecer las sementeras, y, sobre todo, asediado por los círculos concéntricos de la soledad, el aislamiento y la inopia.

Empero, el hastío no se conocía porque lo enjugaba la zozobra: el merodeo indígena no dejaba dormir, ni trabajar, ni descansar. Tampoco había esperanza alguna de levantar cabeza en esa tierra de indios bravos e insumisos, a cuyo asedio guerrero se sumaba una naturaleza arisca, a la que los colonos no sabían sacar fruto ni requerir a fondo como lo hacían los nacidos en su seno. Por ello hacia el 1576 se despuebla San Salvador. Melgarejo, que ayudó a fundarla, se encarga de transportar los últimos habitantes y sus pobres petates. La aventura del Quinto Adelantado había terminado.



Hay otra versión de la misma, mucho menos pomposa que la del Barco Centenera. Se trata de la carta del Tesorero Hernando de Montalvo a quien ya hice referencia. Transcribo (y convierto en legibles para el lector que busca la simplicidad expresiva) los fragmentos relacionados con este tema.

"Cesárea Católica Real Majestad:

[...] por carta de los jueces y oficiales de la Casa de Contratación que residen en la ciudad de Sevilla tendrá vuestra real majestad entendido el número de las gentes que se asentaron en el puerto de Sanlúcar de Barrameda ante Francisco Rodríguez, escribano de la dicha casa, ante el cual vino con don Francisco Tello a despachar la armada del Adelantado Juan Ortiz de Zárate para las provincias del Río de la Plata. Los cuales soldados y muchachos de poca edad y mujeres que se asentaron quedaron en España algunos de ellos pues no se embarcaron [...] la gente, así hombres como mozos de poca edad para conquistadores y pobladores de estas provincias que se podían embarcar en España serían hasta trescientos pocos más o menos a mi parecer. La mayor parte de esta gente fue la escoria de Andalucía por lo mal que han aprobado [es decir, por lo ínfimo de su extracción social y sus pocas capacidades para la empresa]. Las mujeres así casadas como solteras serían hasta cincuenta".

Abunda luego la carta en las vicisitudes del viaje hasta que

"Entró la dicha armada en la boca de este río de la Plata el 20 de noviembre de dicho año [1573], la cual boca desde la punta de tierra firme que llaman de los Castillos hasta la otra punta de tierra firme que es de la Banda del estrecho de Magallanes tiene 20 leguas de boca y a la entrada no se le halla fondo [...] es tierra toda muy rasa de montañas y arboledas. Es muy airosa, pues en demasía corren todos los aires [vientos]. Así fue la armada caminando con todo recato por no saber el canal y de dicha isla de las Corvinas [isla de Lobos] a una pequeña montaña de arena que se viere hay ocho leguas [en realidad son veinticuatro]. Este se llama monte de Santo Ovidio [cerro Montevideo] y llega hasta el río".

Narra luego la llegada a la isla coloniense de San Gabriel y da cuenta de los rasgos físicos de la costa y las profundidades del río de la Plata. La carta es errática, pues salta de inmediato a lo sucedido en la Ciudad Zaratina de San Salvador para retornar, en su

zigzagueante andar por el tiempo, al “*suceso de la Capitana y Almiranta*” y a la llegada de Ortiz de Zárate “*con su armada de cuatro navíos a dicho puerto el 26 de noviembre del año de 1573 a las tres horas de la tarde*”. Luego se refiere al encuentro con los naturales de la tierra, a los que califica duramente, pues no es gente labradora sino errante y desocupada, según su europocéntrico parecer:

“Estando el dicho Adelantado con su gente frontero de donde dio al través la nao capitana a media legua de donde estaban los otros navíos surtos, habiendo venido ciertos indios que llaman charrúas que habitan en la ribera de este río, gente gandul que no siembran ni tienen sitio conocido como alavares [los árabes nomádicos, o sea beduínos, que van de un lado a otro, sin asentarse en ninguno]. Mantiénense de pescados y venados y avestruces, y de estos vinieron tres o cuatro canoas a los navíos con aquella comida a rescatar a donde [por] el Adelantado y la gente les fue hecho siempre buen tratamiento dándoles rescates por cualquier cosa que daban. Y así vinieron hasta aquel puerto de San Gabriel y allí les hizo decir el Adelantado al cacique mayor de ellos por el tesorero y capitán Francisco Ortiz de Vergara, faraute [esto es lenguaraz, intérprete] que si había algún indio que quisiese llevar unas cartas adonde estaba poblado un capitán llamado Juan de Garay con ciertos cristianos que habían bajado desde la ciudad de Asunción, cerca de la de Tucumán... [las cuales] daban también aviso de cómo viviesen con todo recato con estos indios [guaraníes] y más de los charrúas, que son gente cautelosa, y así mandó ofrecer el dicho Adelantado al dicho cacique dádivas y dándole algunas de presente porque llevase dichas cartas al dicho capitán Juan de Garay, dándole aviso por ellas de su llegada a la tierra y a aquel puerto. [Decíale] que bajase con alguna gente y comida y caballos por la gran falta que de todo traía. El cacique se ofreció enviarlas de ahí a tres o cuatro días y traer respuesta de ellas, y así se fueron con lo que les dio [el Adelantado]. El cacique no lo cumplió. Antes se ausentó y andaba haciendo llamamiento a todos los indios comarcanos para venir a dar en el Real, como lo hicieron. Y yendo un día el tesorero Francisco Ortiz de Vergara y el Piloto Mayor con ciertos soldados por orden del Adelantado a recorrer un río que dicen de San Juan que está a cinco leguas de San Gabriel para ver si podían meter allí los navíos que habían quedado para fondear en el puerto, hallaron que estaba cerrada la entrada de él con arena. Allí toparon al cacique y capitán de

los dichos indios charrúas que venían de hacer llamamiento a los otros indios sus vecinos y hacían grandes fuegos, que son las señas que ellos tienen para sus juntas. Con buenas palabras lo metió el dicho tesorero Francisco Ortiz en su barca y lo trajo al Real donde estaba el Adelantado, y fueron de parecer de tenerlo preso. Lo uno por no haber cumplido lo que prometió en llevar las dichas cartas y lo otro por entender que andaba de mala manera. Y como los dichos charrúas supieron de la prisión de su capitán vino el cacique mayor de ellos al Real y al Adelantado, pidiéndole que soltase a su capitán y primo hermano, que ellos le darían quien llevase las dichas cartas que no habían podido antes, y que le traerían un cristiano que ellos tenían, el cual era un grumete que tres días antes el Adelantado mandara azotar por cierto hurto que había hecho, y que también traerían la canoa que les había pedido, y así lo hicieron. El Adelantado soltó luego al capitán indio, aunque fueron de contrario parecer algunos capitanes que el dicho Adelantado llamó para tal efecto [una consulta al estado mayor, para conocer sus opiniones]. Sostenían que hasta no se llevasen las cartas y se trajese respuesta de ellas no lo soltasen. El principal de este parecer fue el dicho tesorero y capitán Francisco Ortiz de Vergara, como persona que bien conocía a los indios de este río, y faraute de ellos, quien siempre dio buenos avisos de lo que él entendía de la tierra y asimismo de la mar. Pero como el Adelantado es tan recio de su mala condición que no admite parecer de nadie y solo quiere el suyo [no lo escuchó] y así han sucedido [por su tozudez] los notorios infortunios y trabajos grandes a esta armada y gente de ella.

Este capitán indio y cacique mayor [Montalvo nunca da su nombre, ni el de los demás integrantes de su séquito] y los demás indios sintieron tanto esta prisión que se quisieron vengar como en efecto lo hicieron. Aguardaron la oportunidad para ello, la cual fue que por la grande necesidad que toda la gente tenía de comida no se daban más que las solas 12 onzas de ración sin otro sustento alguno. Se había hallado ciertas yerbas que en la similitud y gusto parecían acelgas, y otras, bledos de los de España, y dio la gente en ir las a coger a una legua del Real porque según las daban [faltan palabras: está roto el papel de la carta] y esa no se hallaba más cerca, las cuales se comían cocidas con agua sola y sin sal. El Adelantado les hacía ir cada día por ellas, mal aderezados de armas, mecha, balas y pólvora. También iban algunos frailes por la necesidad que pasaban aunque aquel día Nuestro Señor fue servido de que no fueran pues los llamó el Adelantado [...].

Un día martes 29 del mes de diciembre del año de 1573 se emboscaron en unos grandes pajonales hasta doscientos indios charrúas y guaraníes, y así como los cristianos llegaron a las dichas yerbas que estaban junto al pajonal donde los indios estaban emboscados; entonces cayeron estos sobre nuestra gente, de la que mataron y prendieron hasta 42 personas. Escaparon solamente dos, y mal heridos, los cuales dieron aviso en el Real. El Adelantado mandó tocar arma y salió la gente lo más armada que pudo. El Adelantado dio orden que fuese un capitán llamado Pablo de Santiago con 15 soldados y luego, tras él, el Sargento Mayor Martín de Pinedo con 54 soldados, todos estos armados con los arcabuces y rodela que en el Real había, aunque tan mal aderezados de pólvora y lo demás como los primeramente salidos. Dio orden al Sargento Mayor que él y el dicho Capitán Santiago fuesen con aquellos soldados donde habían ido [los de la anterior y emboscada partida] por las yerbas, y que los muertos y heridos que hallaren los trajesen al Real, y se viniesen retirando con ellos. Llegados los capitanes allá toparon con algunos de los muertos, que fueron los que se defendieron [...]. Hubo diferentes pareceres entre los capitanes: el uno que diesen en los indios, y el otro que se retirasen escaramuceando. Como gente de poca práctica, por no tener experiencia, cayeron en el desorden. Cayéronle encima los indios y dieron en ellos. Echaron a huir los capitanes y tras de ellos la gente, de las cuales mataron y prendieron en aquel día casi 90, y murieron también los capitanes [...].

Sabido por el Adelantado de tan gran pérdida en la poca gente que había en su armada quiso ir sobre los indios con los pocos que le quedaban. Fuéle esto estorbado por las personas particulares que con él estaban, pues si hubiera salido habría acabado con toda la gente del Real. Los que podíamos ir con él éramos pocos, y los que quedaran en el Real eran los enfermos, los frailes, clérigos, mujeres y niños. De tal modo aquel día se puso en condición de perder todo el Real sin quedar nadie. En la noche del día siguiente comenzó el Adelantado a embarcar toda su ropa y luego la gente [un orden de prelación que revela el torpe egoísmo y la carencia de sentido humanitario de Ortiz de Zárate, quien primero salva sus meros efectos personales y luego piensa en sus acompañantes] y retirarla a la nave capitana que estaba dada al través cerca de tierra [...] y allí estuvimos diez días hasta que el Adelantado con toda la gente se pasó a la isla de San Gabriel¹⁸.

La carta de Montalvo, como ya dije, no sigue el orden cronológico normal. Salta de un asunto a otro, de un tiempo pasado a un tiempo presente. Divaga, asesina la sintaxis, apenas puede con la organización de las frases, si bien este es un defecto común en los tinterillos de esa época. Para ser escribano era harto desordenado aquel memorioso amanuense. En efecto, luego de referirse a varios asuntos, retorna al relato y agrega los episodios de la Isla Martín García, adonde el Adelantado se instaló después de haber dejado la de San Gabriel. Una vez más destaca la mala conducta de Ortiz de Zárate, pues mientras el común de las gentes apenas podía moverse de hambre *“el Adelantado comía y dormía en uno de los dichos navíos con sus deudos y criados que eran los más gordos y sanos que había”*.

Narra también el episodio de Yamandú que llegó a *“la dicha isla [...] con doce canoas y ciento veinte indios en ellas con color de decir que traía comida para rescatar con los cristianos, sabido por ellos la necesidad que teníamos todos”*. Las intenciones eran otras, pero los refugiados, pese a su debilidad, no dejaron caer las armas de sus manos. Esperó algo más el cacique guaraní, quien levantó el cerco, pues eso era efectivamente lo que había tendido durante esas tensas jornadas. El caso es que había divisado grandes fogatas en tierra y ordenó a los suyos remar a toda velocidad para regresar a las tolderías, temiendo que Rui Díaz Melgarejo las hubiese incendiado.

Esta versión, escrita casi tres años después de los hechos, presenta un panorama distinto al del Arcediano. No da el nombre de ningún indio combatiente, salvo el de Yamandú, que no era charrúa sino guaraní, ofrece una trama de acontecimientos que no concuerdan con los caudalosamente expuestos (¿o urdidos?) por el poeta, y confirma mi afirmación de que eran guaraníes y charrúas los que hicieron la vida imposible al Adelantado hasta que Garay llegó con sus caballos, su media docena de españoles viejos y sus pujantes mancebos de la tierra, aquellos mozos ensalzados por el Barco Centenera, para derrotarlos en una acción de mayor nombradía que importancia histórica. En grandes líneas el desmañado relato de Montalvo confirma los contrastes sufridos por la gente bisoña del Adelantado, aunque nada se dice del combate ganado por Juan de Garay, hecho indudable, aunque vestido por el Arcediano con un ropaje fastuoso.

Mientras acontecían estos frustrados intentos pobladores, el mundo seguía andando y los hombres padeciendo los avatares del poder. En el año de 1574, que corresponde al del triunfo de Garay sobre una coalición local de guaraníes y charrúas, los españoles que combaten en Flandes pierden Leyden y los que luchan en el Mediterráneo deben resignar la posesión de Túnez, tomado por don Juan de Austria el año anterior, ante el empuje de los turcos. En Francia muere Carlos IX y estalla la quinta guerra religiosa. Y mientras los tártaros saquean a Ucrania, Tiziano termina el retrato de Felipe II, contrariado por las derrotas militares que minan su imperio, y allá lejos, en el trópico indostánico, los árabes, comandados por Akbar, comienzan la ocupación de Bengala. Los contrastes sufridos por los españoles en el Viejo Mundo no son óbice para que se robustezca su presencia en América, refrendada intelectualmente por la monumental obra de Juan López de Velasco, *Geografía y Descripción General de las Indias*, emprendimiento finalizado ese año luego de tres anteriores de ímprobos trabajos. No obstante, dicho libro, que parece imposible haber sido planeado, documentado y escrito por un solo hombre, no fue impreso una vez terminado el manuscrito. Recién se editó el año de 1892 en Madrid, con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América.

III

Hendrick Ottsen, el holandés errante

A lo largo del siglo XVI varias naciones de Europa noroccidental, cuyas relaciones con los reinos hispánicos eran hostiles, enviaron sus barcos hacia el Caribe y el Río de la Plata. Los empujaban distintos motivos: los ingleses andaban tras los galeones españoles cargados de tesoros indianos y los holandeses, que tanto padecieron con las rapiñas y excesos de los Tercios de Flandes, procuraban vender los productos manufacturados en sus florecientes establecimientos industriales. Los unos venían en son de rapiña; los otros, por razones mercantiles.

Las Indias Occidentales eran ricas en oro y plata, y en el caso de las colonizadas por España, sólo podían comprarle a la metrópoli. La política económica y el dominio político, por las razones del artillero, iban de la mano.

Las flotas de galeones españoles, a la ida repletas de artículos fabricados en el Viejo Mundo y al regreso cargadas con lingotes de oro, se habían transformado en codiciadas presas. Por ello los navíos ingleses de la época isabelina habían organizado un sistemático saqueo de los puertos del Caribe, área desde donde partían las flotas hacia la Península ibérica, acción que complementaban con el asalto de los barcos en alta mar. Y mientras se sucedían estos abordajes, llevados a cabo por piratas que en su país de origen eran llamados corsarios (del latín *cursus*, carrera, incursión), o sea bandoleros al servicio de la Corona que, a veces los colmaba de honores —si bien había facinerosos espontáneos y autónomos, sin Rey ni Ley—, las otras naciones, en particular Holanda y Francia, miraban con ojos ávidos las infinitas posibilidades de ganancia que ofrecían las Indias Occidentales. En consecuencia, procuraban recalar en sus costas, meterse en las hendijas de los imperios hispánicos allí asentados, instalar en secreto factorías costeras y desde allí catapultarse hasta los misteriosos e incitantes interiores. Los ingleses, comandados por Sir Walter Raleigh, buscan Eldorado en las tierras venezolanas, los franceses de Villegagnon fundan una fugaz

Francia Antártica en la bahía de Guanabara y los holandeses se asoman al Río como Mar antes de lanzarse sobre el Nordeste brasileño, donde se establecieron desde el año 1624, a partir de la ocupación de Bahía, hasta el año 1654, la fecha de su desalojo por los embravecidos lusitanos y mestizos *crioulos*.

Warhafftige Beschreibung der vnglückhafften Schiffarht eines Schiffes

von Amsterdam / die Silberne Welt genannt / welches nach
Ersuchung des Gestadts Guinea von seinem Admiral durch Ungewitter
abgetrieben vnd nach Rio de Plata zu gefahren / wie es nemlich daselbst vor einem Fle-
cken Bonas Aeres, durch ein falsche Freundschaft des Spanischen Subernators / seinen
Verwalter sampt etlich andern verlohren / Auch im zurück fahren / an dem Meerbusen
Todos los Santos ganz vnd gar in der Portegaleser Hände gerathen / von welchem es
also empfangen / daß allein der Schiffman Heinrich Ottsen / nach 30. Monden
so er auff dieser Kense armselig zugbracht / wieder
in Hollandt angeländet.

Auß Niederländischer Erzählung gemeltes Schiffmans /
in Hochteutscher Sprach beschrieben

Durch M. Gotthart Arthus von Danzig.

Auch mit schönen Kupfferstücken gezieret vnd an Tag geben /

Durch Dietrich de Dry seligen hinterlassene Wittib vnd zween Söhne.



Gedruckt zu Frankfurt am Main bey Wolff
Nichtan. M. DC. IIII.

Portada del libro de Ottsen. Un indio cabalga un gigantesco armadillo
un "tatú carreta" de exagerado porte.

En el Río de la Plata no existían, en el caso de los piratas, los mismos atractivos que los ofrecidos por el Caribe. Pero igual surgían en sus costas para abastecerse de agua y, mucho más tarde, cuando ya apacentaba una prodigiosa cantidad de ganado vacuno en nuestro territorio, el pirata francés Esteban Moreau había establecido, hacia el año de 1720, una factoría en Maldonado para hacer *bucan*, o sea charque.

Justamente esta actividad determina la distinción entre filibusteros y bucaneros, que en las islas antillanas habían fundado la famosa Hermandad de la Costa. Los filibusteros (cuyo nombre viene del holandés *vrijbuiter*, libre hacedor de botín, saqueador, por intermedio del francés *flibustier*), atacaban a los navíos españoles en alta mar, abordándolos y robándolos, o sitiaban y tomaban las plazas fuertes costaneras. Como se comprenderá, para hacer frente a las largas navegaciones necesitaban provisiones de boca, y el principal de dichos alimentos se conocía con el nombre de *bucan*.

El *bucan*, término arawaco para designar a la carne seca, era elaborado en tierra por los bucaneros de las islas, quienes cazaban a los vacunos a balazos. Este ejercicio los había convertido en muy hábiles tiradores. Cuando los filibusteros iban al abordaje de galeones españoles bien artillados subían a bordo a los bucaneros, cuya excelente puntería daba cuenta de los servidores de los cañones.

La Hermandad de la Costa funcionaba sobre las bases económicas del trueque: a cambio del *bucan* los filibusteros entregaban parte de los tesoros obtenidos en sus correrías a quienes trajinaban detrás de las vacas, las abatían a mosquetazos y luego fabricaban, a partir de un proceso practicado por muchos indios de las Américas —el *pemmican* de los pieles rojas, el *charqui* de las culturas andinas (*charqui* significa seco en quechua) y el *bucan* de los arawacos antillanos— las provisiones cárneas para las largas travesías.

Pues bien, estos piratas ingleses que frecuentaban el Río de la Plata en el siglo XVI llegaron en abril del año de 1578, poco tiempo después de la fracasada empresa de Ortiz de Zárate, hasta las costas de Maldonado. Al mando de la flota venía el legendario Francis Drake, quien había emprendido la vuelta al mundo tras las doradas estelas de los navíos españoles. El capitán Drake y los

suyos ya andaban escasos de agua. Debían desembarcar y abastecer de nuevo los toneles casi vacíos. Por eso el curtido navegante se regocijó al divisar el Cabo de Santa María, es decir, la actual Punta del Este. Rebautizó entonces a la península que se hince como un alfanje en un Océano de aguas verdes, surcado por las ballenas antárticas. La llamó el Cabo de la Alegría.

Se han conservado varios relatos, debidos a los tripulantes de aquella armada, acerca de las cosas halladas en este Río de la Plata, al decir de Francis Fletcher, "*uno de los más famosos de todo el mundo*". Y digo cosas porque no hay una palabra acerca de los indígenas. No los vieron, aunque sí encontraron sus huellas. Francis Pretty, otro de los viajeros que acompañaban a Drake apuntó en su diario los siguientes detalles:

"En el Cabo de la Alegría, sitio donde nuestro General hizo provisión de agua, la temperatura es agradable y el aire es fresco. La región atrae por lo hermosa y su tierra es notablemente fértil. Abundaban los ciervos de grandes y fuertes cuerpos [es decir, los *guazú pucú*] aunque no divisamos ningún hombre. No obstante, cuando nos metimos tierra adentro, descubrimos huellas humanas en el suelo blando, y ellas, por su tamaño, correspondían a gentes de alta estatura".

Nada más. Los indios no se hicieron ver, ni hubo humos que comunicaran la presencia de extranjeros en la costa. Solamente esas huellas. Los indios, desde lejos, vigilaban, desconfiaban, contemplaban detrás de los árboles las naves ancladas, semejantes a flotantes islas de madera, y a los hombres barbados de ellas descendidos que se adentraban en los pastizales, brillando sus cascos y petos de metal en el sol de la tarde.

Los lobos son el tema preferido por los redactores de esos testimonios fugaces. Narran cómo los mataban a garrotazos, para aprovechar su carne y el aceite, bueno para "amortiguar las inflamaciones de los miembros". Dicen un poco más sobre la flora y mucho sobre los caracteres de la costa y las profundidades del agua. Es posible que hayan llegado a la bahía de Montevideo, en la que mucho más tarde sería la significativa fecha del 19 de abril. Dicha bahía es "profunda" y se halla defendida por un arrecife, que casi seguramente era la Isla Libertad. Pero del Cerro, que tal vez consideraron como un insignificante promontorio, no hay mención alguna.

Hacia el año 1582 arriba al Río de la Plata una flota de naves inglesas, una de las cuales comanda un sobrino de Francis Drake. Es un muchacho de veintidós años este John Drake cuyo barco encalla en el Banco que más tarde, recordando el suceso, se llamaría del Inglés, o Inglés a secas. Dieciocho náufragos se salvan en un bote y rumbean a tierra. Una vez desembarcados tienen un encuentro con los indios, casi seguramente charrúas, quienes matan a cinco marinos y cautivan a los restantes. Estos permanecen en poder de los naturales casi un año y medio. Así, hasta que en una ocasión John y otro tripulante, más o menos de su edad, roban una canoa, al parecer de poca eslora, y atraviesan el río hasta la costa bonaerense, luego de tres días y tres noches de incesante remar, y para colmo en ayunas. Sólo la juventud de los fugitivos logró ese milagro. Este hecho es conocido gracias a una narración de un capitán portugués. Pero no ha quedado ninguna semblanza escrita de estos náufragos acerca de quiénes eran y cómo eran los indios que los habían tomado prisioneros. Tampoco ha sobrevivido ningún testimonio, si lo hubo, de los que permanecían cautivos de los charrúas, a quienes una presunta expedición de cincuenta hombres salidos a caballo desde la Costa Sur, o sea la argentina, procuró rescatar, sin que haya noticias del desenlace de este intento, si es que efectivamente se llevó a cabo...

Con lo anterior queda resumido el paso de los piratas que, a partir de entonces y hasta bien entrado el siglo XVIII, recalaron en nuestros litorales platenses y atlánticos. Ha llegado el turno del holandés errante, Henrich Ottsen, quien nos ha legado un interesante diario de viaje, lleno de aventuras, desventuras, negocios truncos, miserias, prisiones y muertes, algunas de cuyas etapas transcribo y comento de inmediato.

El motivo de la larga y azarosa navegación de dos naves holandesas que zarparon en conserva, esto es, juntas, para auxiliarse mutuamente, hacia los puertos del África y de América, era el de la compra y venta de todo cuanto se pudiera adquirir u ofrecer. Aquellos audaces mercachifles oceánicos se exponían a las asechanzas provenientes de la naturaleza y a los peligros derivados de la hostilidad de los hombres, con tal de obtener ganancias leoninas. Pero no siempre les iba bien. O mejor, casi siempre retornaban, si lo hacían, como sobrevivientes de terribles aventuras. Tal fue lo que

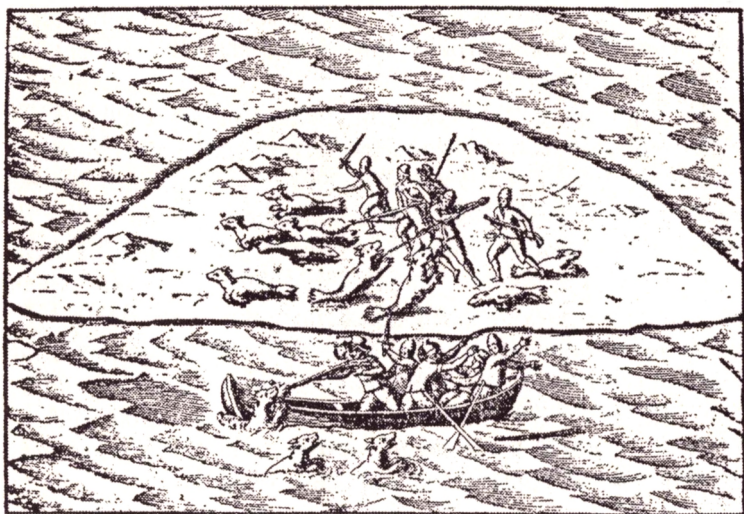
sucedió con el “holandés errante” —y este sí que no se había escapado de una leyenda—, cuya navegación al Plata constituye el tema del presente capítulo.

En la portada del libro de Henrich Ottssen, publicado por vez primera en Holanda hacia el año 1603 figura un título extensísimo, y tanto, que resume el asunto tratado en su texto. Dice así: *Corto y verídico relato de la desgraciada navegación de un buque de Amsterdam llamado el Mundo de Plata, el cual después de reconocer la costa de Guinea fue separado de su almirante por el temporal, y después de muchos peligros cayó finalmente en manos de los portugueses de la Bahía de Todos los Santos donde fue completamente saqueado y destruido. Ocurrido desde el año de 1598 hasta el de 1601*¹. Vamos al inicio de la narración, pues en ella se da cuenta de los *dramatis personae* y de las características de los barcos, así como de sus propósitos y destinos:

“En el año de 1598 después del nacimiento de Cristo, dos buques fueron revistados, en las aguas de Amsterdam, en presencia del Burgomaestre y algunos regidores de dicha ciudad, los cuales debían navegar hacia la Guinea y de ahí al Río de la Plata. Ambas naves contaban por junto una tripulación de cien hombres; en la mayor, nombrada el Mundo de Oro [*De Gulden Werelt*], cuyo Almirante se llamaba Laurencius Bicker, y el Piloto Jacob van Muyen, se encontraban 64 hombres, y además el buque tenía 180 toneladas. Por su parte el otro barco, nombrado el Mundo de Plata [*De Silveren Werelt*], cuyo factor [sobrecargo] se llamaba Cornelius van Hems-sirch, y el piloto Hendrick Ottsen, llevaba a bordo 36 hombres y el buque era de 80 toneladas.

Estas dos naves, que iban debidamente provistas de artillería y provisiones de todas clases, así como de bastimentos, salieron, pues, el 5 de agosto de Amsterdam para el Texel, donde quedaron ancladas hasta el 1° de setiembre, habiendo de dirigir su rumbo hacia Hitlandt [las islas Shetland], que está detrás de Inglaterra”.

Después de sufrir una serie de aventuras y desventuras a su paso por las Islas Canarias, las de Cabo Verde, la isla de Santiago, las costas de la actual Liberia, la Isla del Príncipe y de perder de vista a la nave del Almirante, al que buscan infructuosamente, Ottsen y los suyos se dirigen hacia el Río de la Plata, con la esperanza de hallarlo más tarde en ese punto. El 6 de mayo recalán en la isla de Ascensión, en medio del Atlántico, y el día 23 del mismo mes



Los holandeses matan lobos marinos (Ottsen).

“una ballena enorme vino a chocar contra ellos pasando por lo menos tres veces bajo el buque y sacudiéndolo bastante, como bien lo sintieron los que iban dentro”.

No buscaron los holandeses el litoral brasileño. Enfilaron directamente hacia el Sudoeste hasta que

“el 14 de julio divisaron la costa de América, de lo que se alegraron no poco, habiendo hasta entonces corrido gran peligro [provocado por las feroces tempestades del Atlántico Sur, a la altura del paralelo de Santa Catalina, a la que dejaron de lado puesto que navegaban muy lejos de la costa brasileña] y sintiendo ya la escasez de agua. Fueron aproximándose a la tierra; y cuando estuvieron a media legua de la costa, reconocieron que era la isla de Castilla [es decir, Castillos Grandes, ya en el área atlántica del actual Uruguay]; a poco echaron el ancla y fondearon en la tarde a 15 brazas, mezclado de conchuela colorada y negra y toda clase de piedras menudas.

Como en esos lugares la estación era de invierno, en que las borrascas se suceden casi cada día, tuvieron que someterse a las leyes de la necesidad; aferraron pues sus velas e hicieron todos los preparativos para el invierno con el fin de no ser tomados de improviso.

Esta isla de Castilla, según puede uno darse cuenta de ello, mide,

poco más o menos, dos leguas de largo [un verdadero disparate, pues es muy pequeña]; es un país llano sin matorrales ni árboles; por el Norte se encuentra una colina [¿una duna de arena de gran porte, dado que estos movibles cuerpos orográficos pueden alcanzar hasta sesenta o setenta metros de altura?], y la playa tiene aspecto rojizo; se ve también por el lado Norte un peñasco que parece un castillo en ruinas; otras dos peñas redondeadas se alzan también por el lado Sur. La tierra firme se extiende por el Oeste desde donde la vista alcanza a la isla, que se desarrolla en longitud, del Sudsudoeste al Nornoroeste; en su parte media tiene un aspecto blanquecino. En cuanto a la tierra firme, se extiende hacia el Oeste Sudoeste y se encuentra como a dos leguas de dicha isla; es una comarca llana sin árboles”.

La descripción es somera, por no decir raquítica. Los holandeses no dejan el navío ni divisan indicios de presencia humana en la costa, de la cual están bastante alejados, algo así como una legua y media según el diario de Ottsen. A poco de navegar avizoran desde la cofa (del árabe *quffa*, canasto, plataforma ubicada en lo alto del mástil) a la Isla de Lobos y allí, como todos los marinos que entraban o salían por ese tiempo al Río de la Plata, hacen provisión de carne para comer y de cueros para mercar.

“El 22 de junio a la mañana emprendieron la marcha, y después de navegar unas cuatro leguas, tuvieron que parar nuevamente por la calma y falta absoluta de viento, sobre 15 brazas de buen fondo, a una legua de distancia de la Isla de Lobos, y media legua del Cabo de Santa María [la actual Punta del Este], es decir, punto de por medio entre estos dos lugares, ahí donde principian los parajes del Río de la Plata.

Como estuviesen anclados en ese punto oyeron un ruido que venía de la Isla de Lobos; fueron, pues, en canoa a reconocer la causa y ver si se encontraba allí alguna gente. Pero, cuando estuvieron cerca de la isla, vieron gran cantidad de lobos marinos que se precipitaron sobre ellos con gran furia, como leones rugidores; también se erguían en sus dos patas traseras como osos salvajes, infundiendo mucho miedo a los holandeses. Con todo, recobrando valor, se pusieron a tirar tranquilamente en el montón, de suerte que cayeron muertos cuatro o cinco: cuando los otros vieron esto se pusieron en fuga perseguidos por los holandeses que los herían a diestra y siniestra con sus sables y espadas. Así mataron o voltearon varios, y trajeron al buque nueve de los más pequeños y que luego

comieron; más tarde mataron algunos que eran del tamaño de un cerdo grande; pero los que trajeron al buque eran medianos y del tamaño de una puerca ordinaria, pero curiosos de ver y de color extraño...”.

Dejan de Isla de Lobos y se trasladan hasta la situada en la Bahía de Maldonado, llamada de las Palmas por los hermanos de Sousa, *Green Island* por los navegantes ingleses y Gorriti por los españoles, en honor al Comandante de Montevideo, Francisco Gorriti, allá por mediados del siglo XVIII. Ellos la denominan, como por entonces se decía, Isla de Maldonado. Desde allí salen a pescar y a buscar agua en la costa, donde corre “*un arroyo risueño*” que algunos historiadores actuales identifican con el de Maldonado. Pero leamos lo que dice el marino para atar cabos y reconstruir el escenario descripto:

“La tierra firme, en que hallaron el arroyo de agua dulce, demora al Nornoroeste de la isla cerca de la cual estaban anclados. [El arroyo Maldonado está justamente en la dirección opuesta]. Ocuparon todavía el día siguiente en hacer provisión de agua fresca; y también el 14 de julio por la tarde algunos de ellos fueron nuevamente a cazar algunos cisnes de dicho arroyo, logrando traer cinco al buque. El agua del arroyo es fresca y buena; pero encontraron con abundancia la que necesitaban en la misma isla, que, como hemos dicho, no estaba sino a distancia de un tiro de mosquete, en tanto que el arroyo quedaba a doble distancia”.

Consultando viejos mapas de la Bahía de Maldonado, como los que figuran en el libro de Fernando Capurro² pueden distinguirse dos arroyos, casi cañadas, que desembocan en aquella. Es muy posible que el más cercano a la isla de Gorriti fuera el aludido en el diario de viaje de Ottsen, pues la Barra del arroyo Maldonado, la cual puede alcanzarse sólo después de salvar el obstáculo del Cabo o Punta que marca el comienzo del Río de la Plata, se halla a un triple o cuádruple de distancia y en otra dirección, según las orientaciones registradas por la brújula.

Sigue la navegación sin especiales novedades. El 18 de julio dice Ottsen que “*descubrieron la Isla de Flores*” la cual ya había sido, si no descubierta, nominada por un marino portugués, Esteban Flores, hacia el año de 1512.

“El 18 de julio mandaron un bote con algunos hombres para reconocer la isla; éstos volvieron a la tarde trayendo algunas aves que

habían tomado en dicha isla, la cual, por otra parte, no tiene ninguna producción especial.

El 19 tuvieron nuevamente un vientecillo favorable y pasaron por consiguiente entre la isla de Flores y el continente hasta Monte Seredo, que es una montaña elevada; y una vez llegados a ella pusieron rumbo hacia el Sur”.

En el volumen anterior, al referirme a los nombres del Cerro Montevideo, dije que los holandeses, y así consta en los mapas, lo denominaban Monte Serede o Seredo, sin duda por deformación de su primitivo nombre.

No los atrae a los marinos la bahía de Montevideo ni tienen curiosidad alguna por los seres y cosas existentes al pie de aquella minúscula montaña, un modesto cerro que la exageración del viajero promueve a una categoría que no le cuadra, pero que bien se compagina con lo maravilloso, lo extraño y “nunca visto” con que los europeos quieren adornar sus viajes hacia tierras extrañas.

“El 21 descubrieron un barco o pequeño buque tras el cual corrieron con el bote, intentando hablar con él; pero como no pudieron alcanzarlo, lo persiguieron con su buque, aunque en vano, pues no lograron cogerlo. Supieron más tarde que dicho barco llevaba destino al Brasil y que iba cargado con un tesoro fiscal de 80.000 pesos de a ocho [moneda de plata equivalente a ocho reales antiguos]. A la tarde arribaron por el lado Sur, anclando a unas dos millas de la costa en cuatro brazas de buen fondo”.

Fracasado el intento de asaltar la nave, como piratas-mercaderes que eran (pirata proviene del latín *pirata*, y este del griego *peiratés*, bandolero marino, derivado de *peiráo*, yo me aventuro, yo me juego) continuán la navegación el día 27, ya a la vista de la costa argentina, y ven al anochecer “*un humo en tierra*”, señal de que los indios ya estaban al tanto de su presencia y la comunicaban a otras tribus del contorno. Al otro día

“fueron a tierra en canoa con una parte de la gente, en dirección al punto donde divisaran la noche antes aquel humo o vapor, para ver si daban con algunos seres humanos. Pero fue en vano, pues no encontraron a nadie; sólo vieron correr entre las malezas algunos ciervos y búfalos, y encontraron una enorme ballena muerta en la playa. Sin más volvieron al buque y siguieron su ruta a lo largo de la costa”.

Esta vez los indios, ya escarmentados, no se dejaron ver. Desde Buenos Aires, refundada en 1580 por Garay, se les perseguía con saña. No había búfalos en estas tierras, como desbarra el holandés, sino vacas. Y tantas que hacia el año 1603 se realiza el primer embarque de productos vacunos, que se suma a la proverbial explotación de la corambre. En efecto, una Real Cédula del 20 de agosto de 1602 había autorizado la exportación de quinientos quintales de cecina —angostas tiras de carne saladas y secadas al sol— y quinientas arrobas de sebo para Brasil, Guinea y “*otras islas circunvecinas*”. Las vacas, por ese entonces, se habían convertido en semovientes “*minas de cuero y carne*”.

El 30 de julio los marinos holandeses “*divisaron la tierra de Bonas Aeres, que viene a ser un país sin árboles [...] llano y abierto, y divisaron también allí algunas casas*”.

Los problemas políticos y comerciales que se desataron en Buenos Aires, regida entonces por el Gobernador Diego Rodríguez de Valdés, fueron muchos y complejos. Pero no es oportuno entrar en ellos, como tampoco corresponde narrar las penalidades sufridas por los holandeses en el Brasil, donde termina la aventura con todos los tripulantes prisioneros y el barco confiscado primero e incendiado después.

El camino de retorno desde las posesiones españolas a las portuguesas es semejante al de venida. No bajan a tierra, divisan el Monte Seredo, anclan en sus cercanías y soportan luego los furiosos vientos y oleajes del Río de la Plata que casi los estrellan contra la “*desierta*” Isla de Flores. A poco de navegar hacia las posesiones portuguesas comienza la mortandad entre los tripulantes. Más tarde, al llegar a la Bahía de Todos los Santos, se precipitaría sobre todos ellos el azote de la más negra desventura. Y para rematar “*el 1º de enero del año de 1600, no bien los de la armada acabaron de vaciar el buque holandés, le prendieron fuego*”. Dos años después, luego de soportar penurias y humillaciones sin cuento, gracias a la intercesión de un prominente extranjero y la generosidad de un capitán hamburgués en viaje hacia Europa, que embarcó a los pocos holandeses que aún restaban, el desdichado Ottsen regresa a su patria y allí escribe la historia de una “*desgraciada navegación*”, cuyo tramo rioplatense se ha transcripto y comentado.

Como el lector ha podido comprobar, no hay mención alguna a los indígenas de esta zona. No los vieron, ni siquiera de lejos.

Salvo el remoto trasunto de unos humos en el horizonte, están ausentes del diario de navegación los indios de ambas costas, tanto los guaraníes como los charrúas y chaná-timbú-beguá. No obstante, y como cosa extraña, se les representa en una lámina, reproducida en la página 84, y se les describe del siguiente modo:

“Estos salvajes, que ponemos bajo los ojos del amigo lector, en dos ejemplares dibujados del natural, eran de color rojo, con los cabellos atados en tres trenzas y el rostro muy desfigurado por agujeros que presentaban en la barba, en los cuales tenían introducidos unos pequeños huesos como glándulas. Tenían también agujereado el centro de la nariz cuyas cavidades no se distinguían; igualmente agujereadas las orejas y atravesadas con dientes de cerdo harto extrañas de mirar. No hablan mucho; en verano andan del todo desnudos, pero en invierno se hacen un vestido con animales salvajes, cosiendo cinco o seis pieles juntas. Son caníbales y comen los animales con todos los intestinos. En cuanto a su religión, nos es desconocida; pero es de suponer que vivan como bestias salvajes. Su arma es una honda que emplean para arrojar sus piedras, hallándose en seguida sin armas ni defensa alguna”.

Dicha lámina no tiene nada que ver con el viaje del holandés. El impresor tomó una de las ilustraciones correspondientes a los Grandes Viajes, que De Bry editara en Alemania, y se la endosó lindamente al relato de Ottsen. En cuanto a las figuras, el indígena abrigado con pieles bien puede ser un chaná-timbú-beguá, que siempre vestía un manto de pieles. O quizá un charrúa. El de la otra costa tal vez corresponda a un querandí. Los cerdos domésticos no se conocían entre los indios. Es de presumir entonces que sus orejas estaban atravesadas por dientes de chancho salvaje o *pecarí*, si el dato es fidedigno.

Pero lo que no tiene desperdicio es la mescolanza de rasgos descriptos en el texto, todos repulsivos, todos enderezados a la descalificación del Otro, una bestia androide carente de humanidad. Canibalismo, repugnantes costumbres alimenticias, fealdad del rostro, adornos deformantes y ridículos, vida semejante a la de los animales salvajes, probable carencia de religión: todos estos signos de brutalidad y abyección caracterizan a los indios rioplatenses en esta caricatura trazada para causar espanto a los civilizados europeos y promover el desprecio hacia los salvajes americanos.

El viaje de Ottsen cierra el siglo XVI. Las “tierras de ningún

IV

El criollo Hernandarias, primer explorador del Uruguay

Asunción del Paraguay, cuna del mestizaje, fundadora de pueblos y carozo social de la primera etapa de la dominación española en la cuenca del Plata, estaba aislada. Su mediterraneidad, su carácter de isla cultural europea y crisol de etnias, la condenaban a ser el centro geopolítico de un entorno sometido al doble imperio del indígena alborotado y de la naturaleza ensoberbecida. Lejos del Atlántico, al que atrevidos exploradores partidos de ese *Omphalos*, o sea ombligo, procuraron llegar sembrando núcleos poblados en medio de selvas hostiles; lejos del Pacífico, que dilataba su inmensidad salobre tras la muralla de los Andes; lejos del Río de la Plata, al cual la conducían los caminos andantes del Paraná y el Uruguay, ríos que pese a su navegabilidad no podían obviar el doble obstáculo del tiempo y la distancia, Asunción necesitaba un puerto que la comunicara con Europa.

Ortiz de Zárate, venido desde la otra orilla del Atlántico, había intentado establecerlo, pero fracasó en su empresa. La Ciudad Zaratina, como vimos, fue un fantasma de la esperanza.

Debemos señalar ahora la peripecia precursora de un vizcaíno, Juan de Garay, y narrar la de su sucesor, el criollo Hernandarias, el “hijo de la tierra”, primer explorador de la Banda de los Charrúas.

Juan de Garay, vasco al fin, y como tal tozudo, emprendedor y temerario, puso sus ojos en el Sur, echó los cimientos de Santa Fe, a orillas del Paraná, en el año 1573, batió a los indios en San Salvador, como se dijo en el capítulo II, y finalmente llegó a las márgenes del Plata para refundar Buenos Aires en el año 1580.

Pero se necesitaba aún más. Había que proteger las costas de la Banda Oriental de las incursiones extranjeras, erigiendo un fuerte en la Isla de Maldonado, según se llamaba entonces la isla de Gorriti, y asegurar la alimentación de los futuros pobladores de la tierra adentro, hasta entonces una extensión desconocida, asediada por los presagios de su inutilidad.

Para realizar esta tarea se necesitaba un caudillo de valía, una mente prospectora, un brazo fuerte. Y este tipo de personaje no abundaba en aquellos entreverados tiempos de colisión entre los representantes agresivos de Europa con los atropellados indios de América. Pero ya maduraba un nuevo tipo humano, producto del aquerenciamiento de los hijos del español en las comarcas y pagos, y de ahí las voces paisano y país, del Nuevo Mundo.

Ese hombre al que al finalizar el capítulo anterior llamé "del destino", ese criollo que a fines del siglo XVI ya gozaba de un bien ganado prestigio en la ancha zona, era el paraguayo Hernando Arias de Saavedra, quien, al igual que su coterráneo, el historiador Ruidíaz de Guzmán, utilizó por vez primera, al referirse a su terruño, la voz «patria».

Hernandarias, que así gustó llamarse, apocopando sus dos nombres de pila, había nacido en Asunción del Paraguay en el año 1561. Era, por la rama materna, nieto del frustrado Adelantado Juan de Sanabria, que murió en España antes de zarpar hacia la región de su adelantazgo, que comprendía la hasta entonces abandonada Banda Oriental¹, y de Doña Mencía Calderón, una matrona de armas llevar. Sus padres fueron Martín Suárez de Toledo y María de Sanabria, pero quiso adoptar el nombre y apellido del abuelo paterno, Hernandarias de Saavedra, un prominente sevillano.

La figura de este criollo singular concilia las dos corrientes culturales que convergían en el vertedero demótico de Asunción del Paraguay: la herencia hispánica y la circunstancia americana, las raíces de una tradición señorial y el entorno de un paisaje físico y humano que ponía a prueba el coraje y la baquía de quien se aventurara por aquellas tierras otrora en manos de indios y todavía defendidas por los resueltos hijos de una etnia hostigada.

Ya a los diecisiete años, bajo las órdenes de un jefe encandilado por la Quimera de Oro, se dispone a partir a la conquista de la legendaria Ciudad de los Césares. El intento aborta porque los indios incendiaron a Tucumán, aunque la idea siguió viva en la mente aventurera del muchacho. Se foguea luchando contra los "infieles" de piel bronceada, como era de rigor en esos tiempos. Se le ve en las campañas de la Pampa, del Chaco, de la Mesopotamia, de Maldonado, adónde llega al mando de cinco navíos para conducir hacia Buenos Aires al Gobernador de Tucumán y su gente, allí

varados. Por lo demás, todos quienes han sido sus capitanes, Hernando de Lerma, Juan de Garay, Alonso de Vera y Aragón, reconocen sus cualidades militares, su espíritu generoso para con los indígenas vencidos, sus deseos de cristianizar y “civilizar” a los naturales, sus esfuerzos para plantar el árbol del progreso en medio de aquel yemo físico y humano, tan lejos de Dios y tan cerca de los demonios de la soledad y el hastío.

En tres ocasiones llega a ser Gobernador de la jurisdicción del Paraguay y el Plata, alternando su mandato con otros dignatarios. Comienza esa carrera en el año 1589 y la finaliza en 1621, con interregnos más o menos extensos, en los cuales siempre estuvieron presentes, dominando el escenario, su visión de político y su mano enérgica de estadista.

Llegó hasta la Patagonia buscando aquella ciudad de los Césares que se le había escapado durante su juventud y que tampoco encontró ahora a orillas del Nahuel Huapí; recorrió la tierra para “pacificarla” —esto significa premiar a los indios amigos y acabar con los indios hostiles—; fundó y ayudó a fundar núcleos poblados; intentó proteger a los naturales de los abusos y exacciones de los encomenderos; soportó enfermedades que desfiguraron su rostro y lo dejaron sordo de por vida; cabalgó incansablemente en todas las direcciones de su gigantesco dominio, y, en lo que a nuestro país se refiere, fue uno de los introductores del ganado en la Banda Oriental.

Miraba hondo y veía lejos aquel criollo previsor. Cuando un pirata extranjero, el escocés David, se cuela y comete sus fechorías en el puerto de Buenos Aires, aquella “*ciudad pequeñita*” que por entonces era la futura reina del Plata, Hernandarias propone, para evitar la repetición de estos ataques y los desembarcos de filibusteros en el vestíbulo marino, levantar un muro de contención en la “*Vanda de los charrúas*” —así lo escribía—, construyendo con ese fin un poblado al pie del cerro Montevideo. Su pretensión no era militar sino preventiva. Los vigilantes allí afincados, denominados siglo y medio después “bomberos” por el padre Pedro José de Parras y Félix de Azara, quienes siguieron al así llamarlos el uso del pueblo, podría de tal modo “*dar aviso por mar y tierra si se descubriesen algunas velas de enemigos que es más cierto el venir por aquella Banda que por esta*”. No solo serviría para el espionaje la nueva población. Hernandarias pensaba que debía con-

vertirse en una cárcel donde irían a parar los delincuentes de Buenos Aires y alrededores.

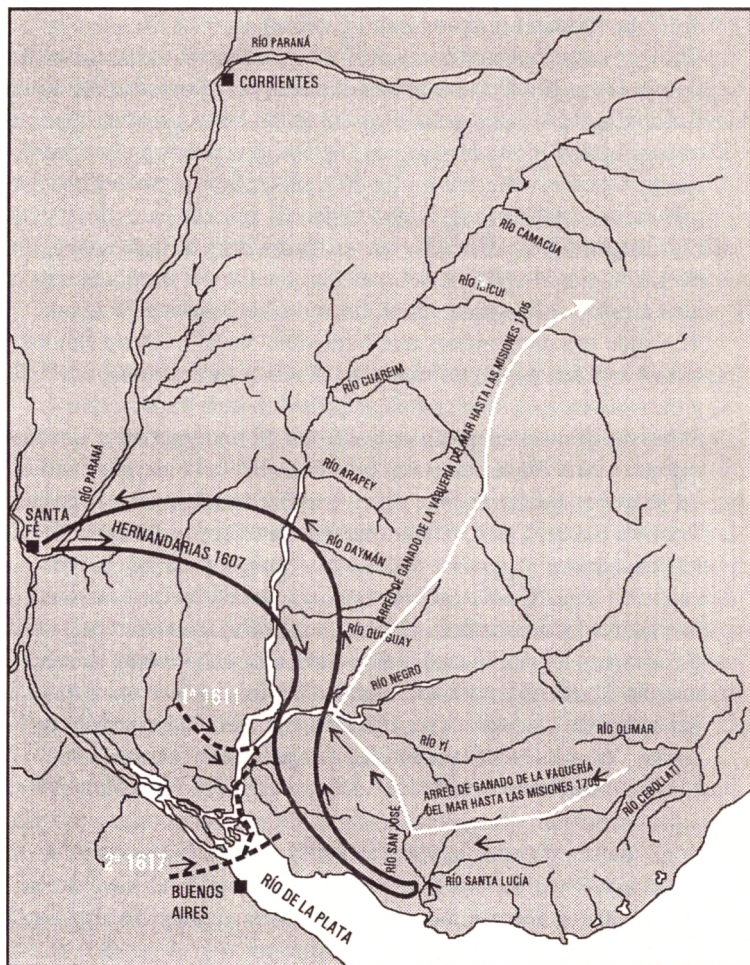
Para realizar estos planes, y otros que tenía en mente, Hernandarias que conocía el arrojo de los charrúas, decidió viajar a la Banda Oriental. Pero no lo hizo en 1603, como dice una difundida leyenda que echó a rodar el Padre Lozano, repetida y agrandada por el Deán Funes y Francisco Bauzá.

Según esa invención, los charrúas habrían acabado con los quinientos hombres de armas venidos con Hernandarias, el único sobreviviente de la hecatombe. Por ese entonces no había tanta gente de armas en toda la región. Reunir un ejército con quinientas bocas de fuego, transporte, pertrechos, víveres, parque e intendencia resultaba una empresa imposible. Por su lado, los fidedignos datos de la historia, tanto la factual como la escrita, no registran ninguna expedición como la fabricada por el magín calenturiento —¿o interesado?— del jesuita Lozano. En efecto, todo lo que señalara a los charrúas como desalmados genocidas, él lo propagaba a los cuatro vientos, tal era el odio que les profesaba.

La que efectivamente se realizó fue la expedición llevada a cabo en la Banda Oriental durante los meses de noviembre y diciembre del año de 1607. Hernandarias la planeó cuidadosamente. Sobre los preparativos y trayectoria en nuestro territorio dice el Padre Juan Faustino Sallaberry lo que sigue en el fragmento que transcribo al pie de la letra, sin hacer lo que otros autores, quienes copian sin citar lo expresado en las páginas de su libro:

“Hacia principios de Noviembre de 1607, emprendió Hernandarias su célebre campaña del Uruguay. Con antelación equipó una compañía, o batallón, que, para aquellos tiempos, era un verdadero ejército, de 70 soldados españoles [en un documento veinte años posterior a la empresa Hernandarias habla solamente de 50 soldados]. Con ellos partió [...] de Santa Fe. Atravesó el Paraná, toda la Mesopotamia Argentina de Oeste a Este, y el río Uruguay, sin la menor novedad y sin perder un solo hombre. Llevaba en su convoy 20 carretas y algunas canoas. [Faltó decir que también iban los necesarios bueyes, para la tracción de aquellas, y quizá algún caballo, aunque de estos nadie haya hablado en los documentos conocidos]. Pasado el Uruguay, encargó a sus capitanes que siguiesen explorando río abajo, y él se volvió personalmente a Santa Fe, en compañía de dos soldados, desandando en dos días un trayecto de cincuenta leguas. [Esto prueba que los tres iban montados].

Allí permaneció tres días, y en seis, volvió a Buenos Aires, de donde había salido, interrumpiendo la real visita, para emprender la Campaña. Reanudó los asuntos de la visita, mientras su gente bajaba por la margen izquierda del Uruguay, hasta enfrentar a Buenos Aires, como se los había ordenado antes de volverse a Santa Fe.



Ruta de la expedición de Hernandarias a la Banda Oriental (1607) y primeros tiempos de la ganadería, según W. Reyes Abadie y A. Vázquez Romero (*Crónica General del Uruguay*, Tomo I).

Al tener noticia de que los Setenta se hallaban al Norte del gran Estuario, frente a Buenos Aires, se incorporó a ellos Saavedra. Los Setenta le informaron que el río era navegable y apacible: sus costas fértiles y poco pobladas, aunque a distancia se notaba el humo de los fogones y fogatas en las márgenes de los ríos y arroyos, afluentes del Uruguay, lo que revelaba la presencia de los naturales hacia sus vertientes. Los Setenta le informaron que la fuerza del Uruguay está de Santa Fe para arriba: aluden sin duda, a los raudales del Salto Oriental [o sea el Salto Grande].

Castigar a los Charrúas que tantos asesinatos y robos habían cometido en la margen Norte del Plata, llamada por Hernandarias, Banda de los Charrúas; resguardar esas costas de las excursiones de contrabandistas y piratas; averiguar los abrigos, puertos y resguardos que pudieran establecerse, a fin de entablar la defensa del Uruguay y el comercio directo de España y Brasil con esa parte de la colonia, que formaba el balcón-vigía en contra del enemigo, y la puerta de salida, para los frutos del país, hasta entonces embotellados en las entrañas del continente, en las inmediaciones de la Asunción, de donde era poco menos que imposible darles salida a Europa y Brasil, sus dos mercados más inmediatos y naturales: tal era el fin y el objetivo, que se proponía el prócer de esta expedición.

Atravesó Hernandarias con su gente los 25 ríos y arroyos, que desembocan en el Plata, desde San Juan hasta Santa Lucía, entre los cuales debemos enumerar entre otros, San Pedro, Riachuelo, Minuanes, Rosario, Sauce, Cufre, Pavón, Pereira, San Gregorio, Tigre, González, otro Sauce, Agraciada y Catalán. Aunque él no los nombra, los supone, ya que los iba encontrando, no sin entorpecer la marcha de los Setenta [que a esa hora ya eran ciento ocho o ciento diez], a cada dos o cuatro leguas, lo cual indica que iba siguiendo muy de cerca la margen izquierda del Plata, estudiando todos sus recovecos, para no dejar impune y sepultado en la ignorancia, ningún escondrijo de los piratas. Ya antes habían pasado San Salvador y Río Negro.

Llegó al río y puerto de Montevideo, y le cambió el nombre en río y puerto de Santa Lucía, por hallarse allí ese día [el correspondiente al santoral] y por haber rescatado un español de mano de los Charrúas. Este dato nos da a entender que llegó a la Barra de Santa Lucía el 13 de Diciembre, o algún día antes, del año 1607, como lo constataremos al final de este párrafo.

Hernandarias sondeó a su sabor la bahía o ensenada, que hoy con impropiedad, llamamos Barra de Santa Lucía, y halló que medía 9 brazas de profundidad con salida limpia a alta mar. La isla que cie-

rra su boca y que hoy llamamos isla del Tigre, la abriga de todo género de vientos, como dice exactamente Saavedra y la hace un puerto muy capaz y de excelentes condiciones para la navegación del siglo XVII.

Por el español rescatado el día de Santa Lucía supo Hernandarias que los Charrúas, en número de 300 [¿adónde estaban las decenas y decenas de miles de aquellos indios mandioqueros, matemáticos, astrónomos e iniciados en misterios, según cuentan los inventores de una mítica Charrulandia que hoy propagan a todo viento, asesinando la historia, desfigurando la etnología y engañando a los crédulos?] habían huido río arriba por el cauce del Montevideo, que se llamará en adelante Santa Lucía, y los persiguió tenazmente, dándoles alcance a los seis días [¿ya utilizaban los indios el caballo, dada la velocidad de la fuga?], y los castigó, mostrándose con ellos severo, contrastando ese rigor con la generosidad que había desplegado con los indios [¿guaraníes y/o chaná-timbú-beguá, ocupantes por entonces del tramo costero Río Negro-San Gabriel-Montevideo?] que habían ido encontrando en su trayecto hasta llegar al Santa Lucía.

Hernandarias describe las costas del Uruguay y del Plata y el interior de nuestro país como lo mejor que había encontrado en la colonia y en los dominios españoles entre nosotros. Pondera la facilidad de penetrar tierra adentro por río; las enormes ventajas de poder arribar directamente con los navíos a las estancias y cargar en las mismas los productos de exportación, pasando sin intermediarios del productor al consumidor. Asegura que para defender tanta riqueza basta muy poca gente y apunta la idea de poblar a Santa Catalina; o sea la idea muy suya de desalojar a los portugueses de Santa Catalina y de la Cananea [de las que se habían apoderado aprovechando que desde 1580 habían desaparecido los límites americanos entre las coronas de España y Portugal al fusionarse los dos reinos] para arriba [o sea hacia el Norte].

Hernandarias, con esta campaña, descubrió nuevos caminos. Sentó el principio de que uno de los mejores puertos hasta entonces descubiertos era el que hoy llamamos Santiago Vázquez [...]. Castigó y pacificó a los Charrúas [...]. Pidió viniesen de Castilla pobladores, en general solteros, por ser muchas las jóvenes hispanas y pocos los varones de la colonia, garantizando a la corona que no les faltaría dote, y que el mayor de los aciertos, era descentralizar las haciendas de la Asunción y acercarlas a las márgenes del Plata, por las razones antes apuntadas”².

Esta narración, muy ceñida y diciente, que ya cuenta con más de setenta años de escrita, nos introduce de forma directa a la famosa carta que Hernandarias dirigió al Rey Felipe III ocho meses después de su aventura, en la que no perdió un solo hombre, o por lo menos no lo confiesa. La carta, fechada el 2 de junio de 1608 dice así:

“Señor:

En lo que a V.M. escribí habrá 20 días, cuyo duplicado va con esta, di cuenta de lo que hasta allí se ofreció de que darla: además de remitirme a ellas, la daré ahora con esta ocasión del despacho de la visita, de lo que más se ofrece y me pareciese convenir, y particularmente en esta de lo que prometí en otra acerca del descubrimiento de la banda del Norte, que es la costa de los Charrúas, que ahora ocho meses hice, y cumpliendo con esto, digo:

Que salí a la ligera de este puerto, en el ínterin que los contadores proseguían las cuentas y se recibían algunos descargos de la secreta a los visitados, fui a la ciudad de Santa Fe, de donde con toda diligencia saqué la gente que tenía prevenida, para el descubrimientos del Uruay [Uruguay], que está como 50 leguas de travesía, por tierras de aquella ciudad por caminos no descubiertos en 20 carretas y llevando con ellas canoas, no sin gran trabajo, que son unos bajeles que usan los naturales, para pasar aquel río, que es grande y caudaloso. [Una carreta llena de avíos no se puede cargar en una canoa y sí en una balsa formada por varias canoas y una tablazón encima de ellas. De tal modo se construye una plataforma flotante o almadía. Piénsese también en los bueyes, en los posibles caballos, en los soldados y sus impedimentas. La carga que transportaba esta expedición era, por consiguiente, voluminosa, incómoda y pesada]. Llegué a él y puse de la otra parte setenta soldados que llevaba, sucediéndome todo bien y sin pérdida alguna.

Y porque la visita me daba cuidado, y por no hacer yo falta en esta parte de ella, y por los sucesos que en descubrimientos suele haber, me pareció bien encomendar aquella gente a mis capitanes, y despacharlos con la orden de que viniesen descubriendo a ponerse en cierto paraje frontero de este puerto [Buenos Aires], en la banda de los Charrúas, y yo venirme a él; y así, dejándoles esta orden, atravesé otra vez la tierra a la ligera, con solo dos soldados, y me volví a Santa Fe, desandando en sólo dos días las leguas que había andado en muchos; y allí sólo estuve tres días en mi casa, dando orden en lo necesario, y en seis, bajé a este puerto [Buenos Aires].

Llegado aquí, di los cargos de cuentas, y otros, a los oficiales reales; y en tanto que los contadores proseguían con los papeles que se debía ver, y haciendo los cargos de adiciones que vieron [malversación de dineros, o sea que en todo tiempo se cocinan habas] y dando los oficiales los descargos [de rigor], habiendo tenido aviso de que ya estaba la gente en la otra banda de los Charrúas, en la parte que le señalé, me partí con alguna [los cuarenta antedichos] de esta ciudad, y llegué a juntarme con la que estaba en la Banda del Norte de los Charrúas.

La noticia que de este río, nombrado Uruay [Uruguay] trajo esta gente, que bajó río abajo, fue ser río apacible, de buena navegación, y muy agradable y de buenas tierras y partes para población; aunque hallaron pocos naturales [¿adónde estaban los cien mil charrúas, aquellos selváticos plantadores propuestos por los indianistas de entrecasa?], entiéndanse que apartados del río; en otros más pequeños los hay, porque había fuego y humos, y la fuerza de dicho río está [la latitud] de Santa Fe para arriba.

De allí fui continuando el descubrimiento de aquella Banda de los Charrúas por la costa de este gran Río de la Plata, o mar, de la parte del Norte [en la parte del Sur, según había declarado Francisco de Torres, testigo del hecho, Solís fue ultimado por los indios ubicados en ese punto cardinal, o sea la ribera argentina] siguiendo siempre la costa, con el cuidado que llevaba de descubrir puerto de mar, para poner espías, para que esta ciudad [Buenos Aires] pudiese tener por ellos aviso de los corsarios que, según se entiende, se han de arrimar siempre a aquella banda, como lo hicieron el año pasado, y por castigar los naturales que allí han cometido tantos homicidios y hecho tantos tan grandes daños, que son los que mataron al Almirante de la armada, que son los que V.M. estos años pasados, con la armada para el socorro de Chile [algunos irreflexivos historiadores han sostenido que dicho almirante fue Solís, olvidando que Felipe III, o sea V.M. mal podía haber ordenado lo que dispusiera Fernando el Católico en el año de 1515] y de la que don Alonso de Sotomayor trajo a su cargo, le mataron más de otros 20; y de la que trajo Juan Ortiz de Zárate, otros cien más, y le tuvieron tan perdido que si no fuera socorrido por el General Juan de Garay, mi suegro, y del capitán Rui Díaz Melgarejo, pereciera y no pudiera entrar en este gobierno.

La costa es buena y de muchos pastos, y de muchos ríos que vienen de la tierra firme a la mar, o a este río grande, que nos dieron no poco trabajo en pasarlos, ayudados para ello de mil trazas [recur-

sos], hallando siempre a dos y a cuatro leguas unos de otros, hasta llegar a un río y puerto que llaman Montevideo, al que le quedó por nombre Santa Lucía, por habernos hallado allí aquel día y haber cobrado un español que estaba cautivo entre los naturales.

Este puerto de Santa Lucía estará a unas 30 leguas de esta ciudad [Buenos Aires]. Tiene un río que entra tierra adentro, y junto a la boca, en el mar, una ensenada o bahía y una isla pequeña en medio de la entrada, que la abriga y asegura de todo género de vientos y capaz de tener una gran suma de naves, que pueden venir y entrar en él a vela; porque no hay bajíos a la entrada y tiene de hondo 9 brazas, todo lo cual pude sondar muy a mi satisfacción porque hallé allí algunas canoas de los naturales de aquella costa. En suma me parece uno de los mejores puertos y de mejores calidades que se debe haber descubierto porque, además de lo dicho, tiene mucha leña y pueden los navíos entrar muy cerca de la tierra. Y la belleza de aquel río tierra adentro es grande y capaz de tener muchos pobladores, con grande aprovechamiento de la labranza y crianza, por la gran bondad y calidad de la tierra.

En los demás ríos que se pasan hasta llegar a este puerto también pueden entrar navíos, en unos de más porte que en otros, y de tal calidad, que desde tierra se puede saltar a bordo y cargar lo que se quisiere.

Y por no haber dado lugar la aspereza de peñascos que de aquel puerto en adelante había en la costa [los existentes en Punta Espinillo, Punta Colorada, Punta Yeguas, etc. hasta llegar a las estribaciones del Cerro Montevideo, al cual no llegó, ni a la bahía del actual puerto de nuestra ciudad capital], a seguidilla fui siguiendo por este río de Santa Lucía la tierra adentro la cual hallé de tan grandes calidades de buenos [¿pastos o puertos? Aquí falta una palabra], así para tener dentro gran suma de navíos, con tantos pobladores que más no se podrían desear. Fui siguiendo 300 indios que por el español que tenían cautivo tuve noticia que habían salido huyendo, por la [información] que habían tenido de mi llegada. Al cabo de 6 días les di alcance, e hice el castigo que en otra parte he referido, que ha sido de grande importancia [sin duda toda una matanza], porque ahora hay seguridad en aquella costa. Con los indios de ella que acuden a este puerto [se refiere a los indios mansos, casi seguramente a los de la etnia chaná-timbú-beguá o a los guaraníes] así como los otros que fui hallando hasta aquel río de Santa Lucía fui usando de liberalidades. De tal modo unos han conocido el castigo [los indómitos charrúas] y otros lo bueno que se hizo

con ellos [los indios mansos]. Así los españoles que dieren en aquella costa serán recobrados y traídos. Y volví por la tierra adentro, recorriéndola toda. [Se interna en el corazón mediterráneo de la Banda desandando el camino de ida, pero nada cuenta de las parcialidades indígenas halladas, ni del clima, ni del relieve, ni de la hidrografía y paisajes que salieron a su paso, salvo la genérica valoración que a continuación realiza].

Y aunque de lo dicho se deja entender cuán buena es [la tierra] y las cualidades de ella para poblarla, hay otras muy particulares, como son el ser buenas para labores, que con haberlas muy buenas en esta gobernación [la Banda Occidental del Uruguay] ningunas son a aquellas semejantes, porque se da de todo, con gran abundancia y fertilidad, buena para todo género de ganados. Hay muchos arroyos, quebradas y riachuelos cercanos unos de otros y mucha leña y madera [lo que significa que los bosques indígenas eran mucho más dilatados y espesos que los vistos por Darwin doscientos veinte años más tarde], de gran comodidad para edificios y estancias en que se criarán gran suma de ganados y para hacer molinos, que es lo que falta. Y todo con gran comodidad, que se puede embarcar desde las propias estancias a bordo de los navíos gran suma de corambres y otros frutos de la tierra, que se darían en gran abundancia.

Y sirviéndose V.M. de que se pueble esta tierra, en pocos años vendría a ser muy próspera y de mucho provecho, porque, por la comodidad de la tierra, y buena y fácil navegación desde ella a esos reinos de España y del Brasil, se podrían navegar los frutos de ella y suma de corambre, de lo que no traería daño al Brasil ni España, sino mucho provecho, y la real corona le tendría e iría en aumento, además del gran servicio que se le haría a Dios Nuestro Señor, en que los naturales circunvecinos se fuesen atrayendo al conocimiento de nuestra santa fe católica, que en la tierra adentro hay gran suma de ellos. [En su encomiástica alabanza a todo lo encontrado en esta tierra, que de pronto exagera para halagar los oídos reales, el “muy” y el “mucho” no se le caen de la boca. ¿Serían tantos los naturales existentes en la Banda de los Charrúas, o Hernandarias exagera su número para que se intente la cristianización de los indios a la mayor brevedad, como sucedía por entonces en las recién nacidas Misiones del Paraguay, estas sí repletas de guaraníes? De haber una gran “copia” de indígenas de seguro que tal particularidad aparecería en el relato, escueto y parcial en grado sumo. Hernandarias enviaría más tarde ganado vacuno de sus estancias para

convertir las gigantescas dehesas orientales en pingües prolongaciones de sus haciendas santafesinas, ya que el rey no movió un dedo para atender sus consejos]. Y para que de esta población se siguiese otro gran bien y servicio de Dios, habrían de ser solteros los más de los que se enviasen a ella y hombres de Castilla que se acomodasen a la labranza y la crianza, los cuales se pudieran casar con las hijas de conquistadores [como se advierte, no era amigo del mestizaje con las hijas de la tierra] de esta provincia del Paraguay, que hay muchas hijas de principales padres, las que no tienen remedio [es decir colocación, destino, o sea casamiento con mozos españoles] a las cuales todos les darían [en calidad de dote] sumas de ganado, que por estar tan a trasmano de la Asunción y tan fuera de trato no son de provecho. Trayéndolos a esta nueva provincia se harían de mucho, lo cual no sería dificultoso por estar abiertos, o por lo menos descubiertos, los caminos que yo he hecho. Para esto bastaría poca gente [lo que supone la ausencia de grandes concentraciones indígenas] y en breve tiempo se iría ampliando, y se podría poblar Santa Catalina [en el litoral brasileño], que es otro famoso puerto de mar, que está en la propia costa, no lejos de este que digo, donde los naturales tienen gran deseo de ser cristianos [¿?] y recibir agua de bautismo. Nuestro Señor lo ordene como se consiga su santo servicio y el de V.M., cuya real persona guarde y prospere en grandes reinos, como los cristianos y vasallos de V.M. deseamos.

De Buenos Aires, Río de la Plata, 2 de julio 1608. Hernandarias de Saavedra³³.

Este documento debe leerse entrelíneas. Está redactado por un criollo que sueña con la expansión geopolítica del imperio español, en ese momento fusionado en América con el portugués. Dicha relativa unidad era burlada por el mutuo forzamiento de las fronteras, coyuntura que aprovechan los bandeirantes, quienes ganan de mano a los españoles en movilidad y audacia, para acabar con los núcleos poblados del Guairá y poco después con las primeras misiones jesuíticas del Oriente. Hernandarias proponía marchar desde la Banda Oriental hasta Santa Catalina, tras los ganados, operación que al cabo quedó en puro proyecto.

De todos modos el inquieto paraguayo no se arredró frente al silencio de la Corona. Hizo llevar de sus estancias santafesinas unas pocas cabezas de vacas y toros en los años de 1611 y 1616 al litoral de la Banda Oriental bañado por el bajo Uruguay. Esos ganados, multiplicados prodigiosamente al Sur del *Hum* (Río Negro),

recibieron pronto el refuerzo de la ganadería jesuítica, la cual ocupó con su marea de guampas y pezuñas todo el Norte del río Negro.

Ese ganado vacuno, y el caballar que ya se andaba diseminando en los pastizales de tierra adentro, cambiaron la vida de los indios. Las vacas les dieron alimento abundante y fácil al par que los caballos los transformaron en jinetes veloces, ubicuos y consustanciados con el nuevo aliado, tal como años atrás expuse ampliamente en un libro sobre el tema⁴.

Es incorrecto, pues, decir, como se ha estilado con el pensamiento puesto, etnocéntricamente, en los hombres blancos o en los mestizos aculturados por los españoles, que tras los ganados vinieron los hombres, y que el ganado fue la punta de lanza de una nueva *Weltanschauung* criolla, según se denomina en alemán la concepción del mundo. Antes de iniciarse la explotación del cuero, la grasa y la crin por parte de los faeneros, los accioneros, los changadores y los propietarios de los "inconmesurables" esparcidos en la Banda Oriental, ya los indígenas habían aprendido a confraternizar con la fauna alóctona, incorporando la vaca y el caballo a sus géneros y estilos de vida. Aindiaron, si cabe así decir, a las bestias de aquella pecuaria rebarbarizada, en especial a los potrillos nacidos de caballos y yeguas baguales, amansados mediante el manoseo "de abajo" en las tolderías y los palenques. Del mismo modo, inversa y complementariamente, los indígenas, particularmente los charrúas, se incorporaron al sistema simbólico implantado por el vacuno y el equino en el nuevo complejo zooantrópico que inauguraba su trayectoria económica, social y cultural en la Banda Oriental, hasta entonces tierra de nadie para el español y de todos los indios para el indio. Esta Banda Oriental, un planeta empastado, un ondulante potrero, un espacio luminoso acotado por ásperas y cenicientas serranías, una techumbre de cielos abiertos navegados por las nubes, un lozano mentidero del sol y de la luna, sería pronto el escenario de una intensa peripecia humana.

* * *

Mientras Hernandarias y su gente exploraban las tierras hasta ayer sólo disputadas por charrúas e indios litorales de la macroetnia chaná-timbú-beguá, a los que se sumaban los guaraníes y guayanás (kaingang), en el año de 1607 sucedían muchas cosas en el

ancho mundo, ignorado por los actores de este drama rioplatense.

En la propia América, pero en el área donde habían desembarcado los Padres Fundadores, provenientes de Inglaterra, se establece en Virginia el poblado de Jamestown, la primera localidad perdurable en los futuros EE.UU. Los *mujik* y los cosacos rusos, protagonistas de una revuelta campesina contra el zar Basil Shuisky, dan término a la *jacquerie* al ser ejecutado su jefe Bolotnikov. Pero no todo era terrible en la vieja Europa, al iniciarse el XVII, el "Siglo de Hierro". Las buenas maneras de mesa iniciadas en Italia se extendían hacia los comensales de Francia e Inglaterra quienes, en vez de engullir a mano los alimentos sólidos, aprendían a utilizar, con inicial torpeza y cortés novelería, los servicios ofrecidos por los pulcros tenedores.

El dramaturgo inglés Shakespeare, fecundo y festejado como siempre, da a luz Coriolano, Timón de Atenas y Antonio y Cleopatra. Monteverdi, uno de los grandes en el mundo de la música italiana, estrena Orfeo, la ópera más importante de la época antigua del género. Y mientras en los salones de la nobleza y los teatros populares se mezclaba el solaz con el ocio, cosidos con el dorado hilo del arte, los navegantes hacían lo suyo, desafiando fríos y tempestades: el inglés Hudson navegaba más al Norte de Spitzbergen, entre heladas banquisas, y el español Fernández de Quirós timoneaba su maltrecha nao desde las Nuevas Hébridas, en medio del embravecido Pacífico, hasta las costas de América.

El Paraíso de Mahoma

Hay dos tipos de testimonios acerca del desenfrenado mestizaje impuesto por los españoles en su serrallo guaranífico. Unos registran el hecho del colectivo amancebamiento, al que juzgan con más o menos indulgencia. Otros destacan el lado sombrío, o sea el Infierno, al que aparentemente ignoraban los beneficiarios de aquel mentido Paraíso. Dicho infierno, denunciado por el Padre Martín González, revela los terribles abusos cometidos contra las mujeres y los cotidianos sufrimientos padecidos por los indios mansos.

Veamos primeramente lo que dicen los conquistadores:

“...estos son guaraníes y sírvennos como esclavos y nos dan sus hijas para que nos sirvan en casa y en el campo, de las cuales y de nosotros hay más de cuatrocientos mestizos entre varones y hembras, porque vea vuestra merced si somos buenos pobladores, lo que no conquistadores; a mí, por lo menos, no me parece bien”. [*Carta de Alfonso Riquelme de Guzmán a su padre* (1545)].

“...es tanta la desvergüenza y poco temor de Dios que hay entre nosotros en estar como estamos con las indias amancebados que no hay Alcorán de Mahoma que tal vergüenza permita, porque si veinte indias tiene cada uno con tantas o las más de ellas creo que ofende, que hay hombres tan encenagados que no piensan en otra cosa, ni se darán nada por ir a España aunque estuviesen aquí tantos años por estar tan arraigado entre nosotros este mal vicio”. [*Carta de Gerónimo Ochoa de Eizaguirre enviada a los Miembros del Consejo Real de Indias* (1545)].

“Una manera de mantenernos en esta tierra, la cual me parece muy perjudicial a nuestras conciencias, y aun a la población de la tierra, y ésta si Dios y Vuestra Majestad no la pueden excusar, la cual es para hacer sementeras tenemos en nuestras casas muchas indias y algunas muy parientas, y vivimos tan castamente que Dios lo remedie, y por tenerlas nosotros los indios dejan de multiplicar”. [*Carta del factor Pedro de Dorantes al Rey* (1545)].

Le toca el turno ahora a la denuncia del clérigo, quien revela los horrores cometidos por los españoles contra las mujeres y los hombres guaraníes.

“Después que prendieron a Cabeza de Vaca, le han quitado por fuerza los españoles a los naturales más de cien mil mujeres e hijas. Y cuando yo salí de allá quedarían vivas bien las cuarenta mil dellas, y las demás han muerto con los malos tratamientos que les han hecho los españoles, que las pringan y queman con tizones, atándolas de pies y manos y las meten hierros ardiendo y hácenles otros géneros de crueldades que no es lícito declararlas. Y a otras con muchos azotes y palos que les dan, hasta pararles las carnes muy negras, y con salmuera las lavan y les echan ventosas y se las sajan para sacarles aquella sangre molida; otras tienen colgadas de los pies y las dan humo a narices; otras descalabran, de tal manera que mueren; a otras dánles estando preñadas, porque se ha empreñado de otros españoles o mestizos o indios y les matan las criaturas en el cuerpo, y muchas dellas mueren; a otras que son sus muy queridas, porque empreñan, después de haberles dado con aborrecimiento las envían a los campos y heredades a trabajar, lo que no hacían antes, y procuran de darles tan excesivos trabajos por vengarse que mueren las criaturas y muchas dellas mueren; otras con las grandes cargas que les hacen traer de bastimentos o leña las hacen mover. Demás de esto sabrá Vuestra Majestad que son muy grandes trabajos los que les dan que las hacen cavar con azadones o palas todo el día; y después a las noches cuando vienen las hacen hilar algodón dándoselo por peso y así lo vuelven a dar hilado por tasa. Están todo el día con ellas. Con los fríos y soles trabajan, y si alguna descansa le dan de palos. Otros les dan tarea de lo que han de trabajar y cuando no lo acaban les dan de azotes y palos. Demás hay al presente otra manera de nuevos trabajos que más las muelen y matan: que en pilones o brazos con unos palos muelen cañas, porque no hay otro artificio para ello, de que hacen azúcar para hacer confituras y conservas y otras maneras de frutas. Y en esto se gasta mucha leña y se la hacen traer a cuestras. Y visto por estas mujeres que los españoles las tratan tan mal, de muy aburridas y como gente que no tiene tanto entendimiento, muchas determinan matarse a sí propias: unas comiendo tierra, ceniza y carbones y pedazos de ollas y platos, y otras no comen ni beben por acabar la vida más presto; otras se van a los bosques y desesperan [ahorcan] con cuerdas. Y viendo esto algunos de los españoles las meten en unos ces-

tos grandes con cuerdas colgadas en alto. Y allí les dan que hilen y trabajen y duerman y así están apartadas de donde no pueden comer tierra ni lo demás. Y si alguna se va a su tierra tienen alguaciles para que vayan por ella. Y traída, después de azotada la meten en cepos o grillos o cormas [*sic*] que tienen en sus casas los españoles para ellas y para los varones. Y cuando no aparece la india traen al padre o a la madre, si lo tienen, y si no al principal, y los meten en el cepo hasta que la traen.

Ansí mesmo los españoles matan a muy muchos indios, si sienten que han tenido cópula o la quieren tener con algunas destas mujeres. A unos públicamente; a otros, debajo cautela [con cautela] a los campos, y métenlos y échanlos con pesas al pescuezo en él. Y después perecen. Y ansi otros muchos han muerto por otras muchas maneras dándoles a beber ponzoñas.

Ansi mesmo algunos de los españoles, como tienen indios en sus casas para servirse dellos (como adelante diré), los castran. A unos, porque han venido a entender que tienen cópula carnal con estas indias, y a otros porque no la tengan. Y como los dichos naturales no alcanzan oro ni plata para dar tributos lo dan del sudor de sangre con muy grandes trabajos insoportables. Y para esto hácenlos estar los españoles en sus casas, apartados de sus mujeres y hijos, y algunos tienen un año y dos y más que no van a sus tierras. Unos pescando, otros curando caballos, otro guardando ganados, otros trayendo leña, otros haciendo azúcar y lo demás que he dicho. Tiénenlos en sus estancias heredadas sembrando y labrándolas dos veces en el año y cogiéndolo y trayéndolo a cuestras a casa. Y así los hacen estar y trabajar como si fuesen propios esclavos o negros comprados. Y si alguno de ellos se va a su tierra a su mujer y hijos, y los que no la tienen a holgarse, envían por ellos y venidos los meten en cepos y grillos y allí los tienen muchos días y los azotan. Y el que manda lo hace y consiente y envía por ellos a sus tierras. Y cuando algún indio no quiere dar su mujer o hija que le piden, échanlo en el cepo o grillos hasta que la trae”.

[Informe del padre Martín González
al Rey, 1575, (fragmentos).]



Capítulo I

(1) Morales Padrón, *Historia del descubrimiento y conquista de América*. Editorial Nacional, Madrid, 1973.

(2) Vidart Daniel, *Los muertos y sus sombras. Cinco siglos de América* (Segunda Parte, Plantas recolectadas y cultivadas), Banda Oriental, Montevideo, 1993. Por más amplios y particularizados desarrollos ver Patiño, Víctor Manuel, *Plantas cultivadas y animales domésticos en América Equinoccial*, Imprenta Departamental, Cali, 1963; Cartay, Rafael, *Historia de la alimentación en el Nuevo Mundo*, Editorial Futuro, San Cristóbal (Táchira, Venezuela), 1991; Parodi, Lorenzo R. *La agricultura aborigen argentina*, Eudeba, Buenos Aires, 1966; Sauer, Carl, "Cultivated Plants of South and Central America", In *Handbook of South American Indians*, vol. 6. Bureau of American Ethnology, Washington, 1946.

(3) Acerca de la historia de los adelantados en España y América consultar Altamira, Rafael, *Diccionario castellano de palabras jurídicas y técnicas tomadas de la Legislación Indiana*. (Artículo Adelantado) Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1951. Ots Capdequí, José María, en su *Manual de Historia del Derecho Español en las Indias y del Derecho propiamente Indiano*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1945, enumera las funciones de los Adelantados: "En la generalidad de las capitulaciones de descubrimiento nuevo y población se concede el título de Adelantado por una o dos vidas –y en ocasiones a perpetuidad– al Jefe de la expedición colonizadora. Este Adelantado tenía facultades para repartir tierras y encomendar indios así como para nombrar –libremente o con limitaciones– las personas que hubieren de desempeñar en la provincia por él descubierta los oficios menores. El Adelantado era al propio tiempo Gobernador, Capitán General y Alguacil Mayor de su provincia, o sea que ejercía en la misma el gobierno político y administrativo y el mando militar. Estaba autorizado para promulgar Ordenanza [...] y podía poseer troqueles propios para acuñar moneda. Gozaba también de ciertas exenciones tributarias y podía erigir dos o tres fortalezas".

(4) La voz lansquenete se compone de dos palabras alemanas: *land*, tierra, país, y *knecht*, mozo, servidor, peón. En un principio el *landsknetch* era el auxiliar apeado de los caballeros, esto es, los *reitres*. Cuando la infantería se convierte en un cuerpo de ejército disciplinado, fundamental en el desarrollo de los combates, el lansquenete, al apuntar el siglo XVI, se transforma en un émulo de la renombrada infantería suiza. Los Austrias españoles lo incorporan a sus fuerzas armadas, dadas su pericia, valentía y crueldad en las batallas. Es por ello que figuran en los contingentes reclutados por Mendoza.

(5) Dicho facsímil (*Wahrhaftige Historien. Einer Wundderbaren Schiffart*, 1602) fue editado por la *Akademische Druck u. Verlagsanstalt*, Graz, Austria, en el año de 1962.

(6) Schmidel, Ulrich. *Viaje al Río de la Plata (1534-1554)*. Notas Bibliográficas y biográficas por Bartolomé Mitre. Prólogo, traducción y anotaciones por Samuel A. Lafone Quevedo. Cabaut y Cía., Editores. Buenos Aires. 1903.

- (7) Schmidl, Ulrico. *Derrotero y Viaje a España y las Indias*. Traducido y comentado por Edmundo Wernicke. Prólogo de Josué Gollán H. Instituto Social. Universidad Nacional del Litoral. Santa Fe. 1938.
- (8) Herrera, Antonio de. *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y en la Tierra Firme de el Mar Océano (1601-1615)*. Editorial Guaranía, Asunción del Paraguay. 1945.
- (9) Lafone y Quevedo, Samuel A. Comentario al libro de Schmidel. Ver nota 6.
- (10) D'Orbigny, Alcides. *Viaje a la América Meridional*. Editorial Futuro, Buenos Aires, 1945.
- (11) Citado por Edmundo Wernicke en sus anotaciones a Schmidel. Ver nota 7.
- (12) Sobre los guayakí existe mucha bibliografía. Indico algunos libros accesibles: Chase - Sardi, Miguel; Brun, Augusto; Enciso, Miguel Ángel. *Situación socio-cultural, económica, jurídico-política actual de las comunidades indígenas en el Paraguay*. C.I.D.S.E.P. Universidad Católica, Asunción, 1990; Súsni, Branislava; Chase - Sardi, Miguel. *Los indios del Paraguay*. Editorial MAPFRE, Madrid, 1995; Clastres, Pierre. *Ethnographie des Indiens Guayakí*. *Journal de la Société des Américanistes*, N° 57. Musée de L'Homme, París, 1968; Vellard, J. *Une civilisation du miel. Les indiens guayakis du Paraguay*. Librairie Gallimard, París, 1939.
- (13) Fernández de Oviedo, Gonzalo. *Historia General y Natural de las Indias (1535 - 1547)*. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1959.
- (14) Gumila, P. José. S.I. *El Orinoco Ilustrado y Defendido (1741)*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Caracas, 1963.
- (15) Herrera, Antonio de. *Op. cit.*
- (16) Ver nota 6.
- (17) Gandía, Enrique de. *Historia de la Conquista del Río de la Plata y del Paraguay*. Librería de García Santos, Buenos Aires. 1932.
- (18) Id. *ibid.*
- (19) Id. *ibid.*
- (20) Id. *ibid.*
- (21) Carta de Francisco de Villalta. Apéndice A de la versión del libro citado en la nota 6.
- (22) Carta de Doña Isabel de Guevara. Apéndice C del libro citado en la nota 6.

Capítulo II

- (1) del Barco Centenera, Martín. *Argentina y Conquista del Río de la Plata y otros acontecimientos de los Reinos del Perú, Tucumán y Estado del Brasil*. Pedro Crasbeeck, Lisboa, 1602.
- (2) Los Adelantados, hasta Ortiz de Zárate fueron: 1º, Pedro de Mendoza; 2º, Alvar Nuñez Cabeza de Vaca; 3º, Juan de Sanabria, que muere antes de embarcarse para América; 4º, su hijo Diego de Sanabria, que no se hace cargo del Adelantazgo y luego de diversos percances marinos y terrestres se afina en Potosí; 5º, Juan Ortiz de Zárate. En los hechos Zárate es el tercer Adelantado que llega a estas tierras. No está mal, pues, considerarlo el tercer Adelantado efectivo.
- (3) de Guzmán, Ruidíaz. *Argentina. Historia del Descubrimiento, Conquista y Población del Río de la Plata (1612)*. Imprenta de la República del Paraguay, Asunción, 1845.

(4) Así se llamó la realizada por Domingo Martínez de Irala en 1550. Salió en busca de la Sierra de la Plata y por noticias de los indios Frentones, o sea los Nogogayés, se enteró, como cuenta de Guzmán, "que estaban metidos en los confines de la gobernación de Diego de Rojas, y que a mano derecha estaban las amplísimas provincias del Perú, de donde entendieron que por aquella parte no había más que descubrir, y así decidieron volver por el Norte y proseguir su derrota". Partió entonces hacia "la provincia del Dorado" pero lo frenaron las lluvias, el hambre y las enfermedades. No le quedó otro remedio que regresar a la ciudad de Asunción.

(5) de Guzmán, Ruidíaz. *Op. cit.*

(6) Los estudios realizados por Luis Enrique Azarola Gil (*Crónicas y Linajes de la Gobernación del Plata*, Lajouane y Cia., Buenos Aires, 1927) permiten afirmar que la abuela paterna de Artigas era descendiente de la ñusta incaica Beatriz Tupac Yupanki.

(7) Los ocho versos endecasílabos de la octava real riman así: el primero con el tercero y el quinto; el segundo con el cuarto y el sexto, y finalmente el séptimo con el octavo. Su fórmula es ABABABCC.

(8) Dar con la nave "al través" es varar en la tierra. Hernán Cortés no incendió sus naves sino que las puso "al través" en la costa mexicana del Golfo, como lo expresa claramente Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*.

(9) Lozano, Pedro. *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán* (1745). Imprenta Popular, Buenos Aires, 1874-1875.

(10) de Giorgi, Diógenes. *Martín del Barco Centenera, Cronista fundamental del Río de la Plata*. Ediciones del Nuevo Mundo, Montevideo, 1989.

(11) Bauzá, Francisco. *Historia de la Dominación Española en el Uruguay* (1895-1897). Talleres Gráficos El Demócrata, Montevideo, 1929.

(12) Lozano, Pedro. *Op. cit.*

(13) Lozano, Pedro. *Op. cit.*

(14) Bauzá, Francisco. *Op. cit.*

(15) Sallaberry, Juan Faustino S.J. *Los charrúas y Santa Fe*. Gómez y Cia. Impresores, Montevideo, 1926.

(16) López de Gómara, Francisco. *Historia General de las Indias*. (1552). Calpe, Madrid, 1922.

(17) Guazábara o guasábara es una voz del idioma arawaco, hablado por los indios del área antillana y Circumcaribe. Designa al entrevero, al combate, a la gritería, al tumulto.

(18) Carta del Tesorero del Río de la Plata, Hernando de Montalvo, al Rey Felipe Tercero. *Anales de la Biblioteca*, N° X, Buenos Aires, 1915.

Capítulo III

(1) Ottsen, Henrich. *Un buque holandés en América del Sur*. Editorial Huarpes. Buenos Aires, 1945. Esta traducción al español fue efectuada a partir de la alemana publicada en Francfort del Meno hacia 1604, por la imprenta de De Bry e Hijos. De aquí proceden las ilustraciones, en las que se incluyen grabados de otros viajes, como sucede con el de los indígenas y costas, cuyo nomenclátor difiere, desde el punto de vista ortográfico, con el de Ottsen.

(2) Capurro, Fernando. *San Fernando de Maldonado*. Monteverde y Cía. Montevideo, 1947. Véase el mapa de la pág. 45.

Capítulo IV

(1) García Moyano, Guillermo. *La Tierra de Sanabria. Vocación autonómica de la Banda Oriental*. Editorial Selecciones. Montevideo, 1944.

(2) Sallaberry, Juan Faustino, *Los charrúas y Santa Fe*. Gómez & Cía. Impresores, Montevideo, 1926.

(3) Hernandarias. Carta al Rey (1608) in Sallaberry, *Op. cit.*

(4) Vidart, Daniel. *Caballos y jinetes. Pequeña historia de los hombres ecuestres*. Arca, Montevideo, 1965.



Índice

I. Mendoza en “el país del hambre”	5
II. Ortiz de Zárate y los charrúas: La Ilíada indiana	38
III. Hendrick Ottsen, el holandés errante	72
IV. El criollo Hernandarias, primer explorador del Uruguay	85
Apéndice	99
Notas	102

Lectores de Banda Oriental

OCTAVA SERIE

1. Henry Trujillo: *La persecución* (novela)
2. A. Conan Doyle: *El vampiro de Sussex* (cuentos)
3. Enrique Estrázulas: *Los fuegos de Ansina* (cuentos)
4. Daniel Vidart: *El Uruguay visto por los viajeros*
I: Paranaguazú: el río como mar
5. Guy de Maupassant: *Miss Harriet y otros relatos*
6. Milton Schinca: *Mujeres Desconocidas de montevideano*
7. Juan Carlos Onetti: *Jacob y el otro*
8. Alberto Paredes: *Trampas al solitario*
9. Alfredo Zitarrosa: *Por si el recuerdo*
10. Daniel Vidart: *El Uruguay visto por los viajeros.*
II: "Tierras de ningún provecho".



Se terminó de imprimir en **TRADINCO S.A.**
en el mes de octubre de 1999
Minas 1367 - Tel. 409 44 63 - Montevideo
Dep. Legal Nº 317.041 / 99
Edición amparada en el decreto 218/996
(Comisión del Papel)

Vidart, Daniel D., 1920 - (unorg.)
Hectores de Banda Oriental - Octava Serie.



SALA URUGUAY
BIBLIOTECA NACIONAL

Desde las desventuras de Mendoza y Ortiz de Zárate, narradas respectivamente por Schmidel y del Barco Centenera, hasta la primera travesía de la "Banda de los Charrúas", realizada y contada por Hernandarias, las crónicas recogidas en este volumen presentan el choque físico y cultural entre los invasores hispánicos y los indios de la cuenca del Plata.

Se destaca especialmente el papel de Asunción, matriz del mestizaje y madre de ciudades, y la gesta de los "mancebos de la tierra", quienes se constituyeron en los representantes carnales y culturales de la fusión entre las humanidades del Viejo y del Nuevo Mundo.

Vidart, atento al dato antropológico y a la restitución de la verdad histórica, narra, comenta y juzga las etapas y modalidades del enfrentamiento entre los indígenas, por un lado, y los contingentes hispánicos y criollos, por otro.

El desarrollo de estos episodios tiene la vivacidad de una novela y el impacto de una dramática peripecia social.



LECTORES DE BANDA ORIENTAL / 8ª SERIE
EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL